
Grupo Editorial
Portal
Dueño de mis
Bebés
LOS HERMANOS VAUGHN · LIBRO II
JÉSSICA MACEDO

JÉSSICA MACEDO

Dueño de mis Bebés

LOS HERMANOS VAUGHN · LIBRO II

Grupo Editorial Portal

Copyright ©2025 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Está prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra -física o electrónica- sin autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley nº 9.610/98 y castigado en el artículo 184 del Código Penal.

Diseño gráfico de portada e interior

Jéssica Macedo

Copydesk

Patty Trigo

Consulte

Sonia Carvalho

Traductor

Matías San Miguel

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que existieron realmente en algún momento de la historia para ambientar la escena. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

A mi lectora Karoline.

Resumen

Sinopsis
Prólogo
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis

Capítulo treinta y siete
Capítulo treinta y ocho
Capítulo treinta y nueve
Capítulo cuarenta
Capítulo cuarenta y uno
Capítulo cuarenta y dos
Capítulo cuarenta y tres
Capítulo cuarenta y cuatro
Capítulo cuarenta y cinco
Capítulo cuarenta y seis
Capítulo cuarenta y siete
Capítulo cuarenta y ocho
Capítulo cuarenta y nueve
Capítulo cincuenta
Capítulo cincuenta y uno
Capítulo cincuenta y dos
Capítulo cincuenta y tres
Capítulo cincuenta y cuatro
Capítulo cincuenta y cinco
Capítulo cincuenta y seis
Epílogo
Informazioni sull'autore
Leggi anche:
Social network (dall'editore)

Sinopsis

Narcisista con complejo de dios, algunos me llaman así, pero la verdad es que soy excepcional en lo que hago. Haber nacido siendo un Vaughn me dio oportunidades, pero ser médico siempre fue mi vocación, mi destino. Salvo innumerables vidas como neurocirujano.

La medicina siempre ha sido mi propósito. Ganando premios y volviéndome destacado, creía que no necesitaba nada más para sentirme completo, hasta que mi hermano mayor regresó. Ver a John con sus hijos despertó en mí el deseo de convertirme en padre.

Millonario, estaba convencido de que podría cuidar muy bien de un niño solo. Sin embargo, en lugar de adoptar, quería un bebé con mi propio ADN y para lograrlo acudí a una clínica de reproducción asistida. Así fue como Karoline Denver se cruzó en mi camino.

Se suponía que ella sería solo una madre subrogada. No quería involucrarme con ninguna mujer. Karoline no era más que un medio para un fin: mi bebé. Sin embargo, la convivencia puede hacer que nada salga como estaba planeado.

Cumplir un contrato que yo mismo establecí será un desafío enorme.



Karoline

Prólogo

La lluvia fina que corría por mi abrigo disimulaba las lágrimas que me ardían en los ojos de tanto frotarlos. Si llorar pudiera devolverme a mi madre, habría derramado muchas más. Pero cuando su ataúd descendió en la tumba embarrada, supe que ya no había nada más que pudiera hacer.

Durante dos años luchamos juntas contra el cáncer. Fuimos hasta el final, pero ella ya no tenía fuerzas y terminó dejándome sola. Con su muerte, los problemas estaban lejos de terminar, y mi voluntad ya no era la misma.

Cuando el sepulturero empezó a cubrir la pequeña fosa, me di la vuelta y caminé por el sendero de piedras hasta el portón de hierro. Mi viejo auto estaba estacionado a unas cuadras de la entrada del cementerio. Era de las pocas cosas que aún me quedaban, ya que habíamos vendido casi todo para pagar las facturas médicas al descubrir que el seguro de mi madre no cubría el cáncer. Quizás habríamos ganado en los tribunales, pero tampoco teníamos dinero para contratar un buen abogado.

Abrí mi bolso buscando la llave del auto. Tenía clientes que atender y, lamentablemente, necesitaba mucho el dinero.

Levanté la llave para abrir el coche, pero un empujón me lanzó contra la carrocería.

—¡Eh! —gruñí.

—¿Dónde está mi dinero?

Giré la cabeza y vi al responsable de muchas de mis noches sin dormir.

—Yo... yo...

—¿Te han comido la lengua los ratones? —Apretó los dientes, y uno de ellos relucía, reemplazado por una prótesis de oro.

Negué con la cabeza.

Carter era aterrador. Si no hubiera pasado por momentos desesperados, jamás habría sabido de su existencia, mucho menos habría hecho negocios con él.

—Si me das un poco más de tiempo... —comencé, pero me empujó de nuevo contra el auto, sacudiéndome la cabeza.

—¿Tengo cara de institución de caridad?

Volví a negar.

—Tienes que pagarme lo que me debes.

—Mi madre acaba de morir.

—Qué bueno, te libraste de una carga.

—¿Cómo puedes hablar así? —grité, golpeando su pecho con ambas manos, pero ni siquiera se movió.

—Así es la vida, nena. —Agarró mi rostro, presionando mis mejillas. Me retorcí para liberarme.

—Suéltame.

—Quiero mi dinero, puta.

—Todavía no lo tengo, pero...

—¿Pero qué? —Me agarró del brazo, clavando los dedos con fuerza—. ¿Crees que porque tu madre murió voy a perdonarte la deuda? Mis negocios no funcionan así, nena.

—Necesito un mes más.

—Ya te di suficiente tiempo.

—Por favor —murmuré, y antes de darme cuenta, volvía a llorar.

—Dame la llave de esa chatarra.

—Necesito el auto para trabajar.

—¡Dame la llave, mierda!

Tragué saliva. Temerosa de que se volviera aún más violento, le entregué la llave. Mis lágrimas caían sin control, pero él no les prestó la menor atención.

Carter se subió a mi auto, y di un paso atrás tambaleante, casi cayendo en un charco. Pisó el acelerador y se fue, dejándome más destrozada de lo que ya estaba.

Había tocado fondo y no veía cómo levantarme. Empapada, con la lluvia resbalando por mi cabello y mi abrigo, caminé hasta la parada de autobús más cercana y esperé el transporte público para volver a casa. Sabía que mi coche no sería suficiente para contentar a Carter, y ese infierno apenas comenzaba.


James

Capítulo uno

Empujé a la mujer hacia adelante, haciendo que apoyara las manos en el colchón, y sujeté su cintura con más firmeza. Empecé a embestir con más fuerza, provocando que gimiera mientras mi verga tocaba la entrada de su útero.

Solté una mano y le di una buena nalgada en su culo redondo. Ella gimió más fuerte, moviendo las caderas contra mí y animándome a seguir.

Escuché el sonido de mi celular y sacudí los ojos al verlo vibrar sobre una mesa redonda cerca de la cama.

—¿No vas a contestar? —La morena giró la cabeza, buscando mi mirada.

—Estamos ocupados.

Ella soltó una risita, y volví a penetrarla con más fuerza, disfrutando del momento.

Quienquiera que me estuviera llamando insistió, y me di cuenta de que podría ser una emergencia. Uno de los inconvenientes de salvar vidas era que, a veces, te necesitaban en los momentos menos oportunos.

—Tengo que contestar. —Solté su cintura, detuve la penetración y salí de la cama.

Rodé los ojos al ver el nombre de mi madre en la pantalla. Estuve a punto de ignorar la llamada y volver a la cama, pero contesté con tono cortante.

—¿Qué quieres?

—James, querido, estás atrasado.

—¿Atrasado? —Fruncí el ceño.

—Para el almuerzo familiar.

—Tengo otros compromisos.

—John me aseguró que tienes el día libre.

—No todos mis compromisos se reducen al hospital, mamá. —Miré de nuevo a la mujer en la cama, con sus enormes pechos llamando mi atención. Hizo un gesto insinuante para que volviera.

—Es el almuerzo familiar, James.

—Jason ni siquiera va a estar ahí.

—Sabes muy bien por qué.

—Estoy ocupado.

—Ven, por favor.

—Está bien, llegaré en media hora. —Bufé, irritado. Sabía que si no me presentaba, mis padres me atormentarían a la primera oportunidad.

Colgué y dejé el celular sobre la mesa.

—¿Te vas? —La mujer, cuyo nombre ni siquiera recordaba, me miró con tristeza, frunciendo los labios.

—Tengo que irme, pero antes ven acá. —La jalé por la cintura y la hice arrodillarse.

Me quité el condón y acerqué mi verga a su boca.

—Chupa. —Me froté contra sus labios.

Mi madre podría haber interrumpido el momento, pero no estaba dispuesto a irme sin un orgasmo.

Ella asintió y se la metió en la boca, sosteniendo la base con sus dedos finos. Le agarré el cabello rizado y voluminoso, controlando los movimientos y haciendo que se la tragara más.

Moví las caderas contra su boca y solo paré cuando la presión me hizo alcanzar el clímax. En cuanto vertí la última gota de semen en su garganta, solté su cabello y ella se apartó, limpiándose la boca con los dedos.

—¿Satisfecho?

—Podría haber sido mejor, pero debo irme. —Fui al baño, regresé por mi ropa y me vestí rápidamente. Saqué algunos billetes de cien dólares y se los entregué.

—Por tus servicios.

—Gracias. —Sonrió mientras tomaba el dinero sin pensarlo dos veces—. Llámame cuando quieras más diversión.

No respondí. Guardé la billetera, ajusté la solapa de mi saco y salí del cuarto del hotel.

Me gustaba la practicidad de estar con prostitutas. Siempre estaban disponibles cuando las necesitaba, no hacían preguntas ni se quejaban de mis turnos, y, lo mejor, podía tener cuantas quisiera sin que me pidieran exclusividad.

El aparcacoches me entregó las llaves de mi Mustang azul. Mi hermana Jaqueline decía que el auto era tan llamativo como yo, pero la ignoraba. ¿De qué servía tener todo lo que tenía si no podía disfrutar de lo mejor que la vida ofrecía?

Conduje hasta la mansión de mis padres al norte de Chicago. Crucé el portón eléctrico y estacioné junto al auto de John. Supuse que él y su esposa ya estaban allí. Casi dos años habían pasado desde que regresó de Afganistán, y ya me había acostumbrado a tenerlo de nuevo, sobre todo como presidente del hospital.

Entré y me dirigí al comedor, donde todos estaban reunidos. Mi madre fue la primera en verme, con una mirada seria y reprobatoria. Pude ver algunas arrugas en su expresión, aunque se había sometido a suficiente cirugía plástica para ocultarlas.

—Te tomó más de media hora venir.

—Estaba ocupado.

—¿Ya podemos comer, abuela? —preguntó la hija mayor de mi hermano, inclinando su cabeza rubia, herencia de la familia.

—Deja que tu tío se acomode primero. —Mi madre señaló mi asiento vacío.

—¡Hola, tío James! —Jennie me sonrió ampliamente.

—Hola, princesa.

—¿Estabas ocupado?

—Sí. —Me acomodé en la silla y extendí la servilleta sobre mi regazo.

—¿En el hospital?

—No. Asuntos de adultos.

John me lanzó una mirada seria y negó con la cabeza. No tenía intención de contarle a mi sobrina que acababa de echarle un polvo a una prostituta.

—Vamos a comer —dijo mi padre, señalando la comida.

Jennie dejó de mirarme y clavó el tenedor en una rodaja de zanahoria. Era lista, pero no me sorprendía; después de todo, era una Vaughn, y esperaba que algún día fuera una gran doctora, como dictaba la tradición familiar.

Oí un llanto y mi mirada se dirigió a un cochecito cerca del borde de la mesa, donde estaba el hijo pequeño de mi hermano. El bebé había empezado a llorar y mi cuñada cruzó los cubiertos sobre su plato para levantarse, pero antes de que pudiera hacerlo, mi hermana le tendió la mano.

—Yo cuido a Adam.

—Puedes terminar de comer, Jaqueline.

—He terminado. —Mi hermana se secó la boca con la servilleta y se levantó, acercándose al bebé en el cochecito y tomándolo en brazos—. Hola, grandullón, ¿qué tal?

Mi cuñada sonrió a mi hermana y volvió a prestar atención a su almuerzo mientras la cirujana obstétrica se ocupaba del niño. Mi hermana estaba acostumbrada a tratar con bebés, sobre todo en situaciones críticas. Había salvado la vida de muchos.

En cuanto la tía empezó a mecer al niño, el pequeño se calló. Dejé de mirarlos y empecé a comer también. Hacía unas horas que había desayunado y no tenía ni idea del hambre que tenía hasta ese momento.

Después de comer, la familia se había dispersado un poco y, por pura curiosidad, seguí a

Jaqueline hasta el salón, donde se fue con el bebé. Se sentó en el sofá, haciéndole muecas a su sobrino y yo la observé desde lejos.

—Es adorable, ¿no?

Tardé en darme cuenta de que me hablaba a mí.

—Sí.

—Adam... —Le hizo una mueca, y el bebé soltó una carcajada.

El celular de Jaqueline sonó.

—James, es del hospital. Tendré que atender. Cuida a Adam.

—No sé cargar bebés.

—Eres neurocirujano. Operas cerebros. Puedes cargar a un bebé.

Me acerqué un poco más, todavía algo indeciso, y ella me entregó a mi sobrino, acomodándolo en mis brazos. Jaqueline tenía razón: mis manos debían ser las más precisas del mundo. Un error de milímetros y podría acabar con la vida de alguien para siempre. Sin embargo, no pude evitar tensarme al sostener a un bebé por primera vez.

Tan pronto como se acomodó en mi regazo, Adán sonrió y se aferró a la solapa de mi saco.

—¿Eh, chico?

Mostró sus encías con algunos dientes espaciados y se rió. Se estaba divirtiendo, aunque yo no sabía con qué. Aun así, quedé completamente hipnotizado por él. Antes de que mi hermano apareciera con Jennie, no solía convivir con niños. A lo mucho, algunos pasaban por mi

mesa de cirugía, pero generalmente estaban anestesiados, y mi tarea era cuidar de sus pequeños cerebros. Nunca los veía interactuar conmigo ni sonreír de esa manera.

Siguió riendo, aunque yo solo lo observaba sin hacer nada. Debo admitir que el niño era adorable, y quizás empezaba a comprender la alegría de mi hermano al hablar de sus hijos.

—Devuélvemelo.

Me sobresalté cuando mi hermana se detuvo a mi lado. Me costó unos segundos darme cuenta de que se dirigía a mí.

—¿No vas al hospital?

—Solo necesitaban consultarme sobre un paciente, nada importante.

—Entiendo.

—Devuélveme a Adán.

—Está bien.

Le entregué al niño, y fue extraño cuando soltó la solapa de mi saco para pasar al regazo de su tía.

Tener un hijo no estaba en mis planes, al igual que casarme. Mis relaciones anteriores nunca duraron, y entendí que ser soltero era mejor. Sin embargo, algo incómodo se instaló en mi pecho mientras miraba al niño. Siempre he sido bueno con el cerebro, pero John entendía mejor el corazón. No es casualidad que eligiéramos nuestras especialidades de esa manera.

—Es tan bonito, ¿verdad?

—Sí.

—Menos mal que John tuvo hijos, porque si dependiera de ti y de Jason, esta casa nunca vería niños otra vez.

—¿De qué hablas? —Arqueé una ceja.

—De que ni tú ni Jason tienen vocación para ser padres.

—¿Por qué no? —Me incomodó su comentario.

—¿Cómo cuidaría Jason de un niño si ni siquiera sabe cuidarse a sí mismo? Y tu complejo de Dios no te deja mirar más allá de tu propio ombligo.

—Estás exagerando —respondí, apretando los dientes.

—¿Ah, sí? —Se rió con suavidad.

—Sí.

—Admítelo, James. No hay ningún Vaughn más narcisista, egocéntrico y exhibicionista que tú.

—¡Vaya! ¿De dónde sacas todo eso?

—Es lo que dicen en el hospital.

—¿Quién?

—Todo el mundo.

—A mí no me dicen nada.

—Porque eres el jefe —respondió, encogiéndose de hombros—. Nadie quiere arriesgarse

a que lo despidan.

—Son unos exagerados.

—Si tú lo dices.

Cristal, la esposa de John, entró en la sala buscando a su hijo, y nuestra conversación se interrumpió.

—Creo que alguien tiene hambre —dijo, al detenerse junto a él. El niño extendió los bracitos hacia ella.

—Ma… má.

—Sí, hijo, vamos a comer. —Cristal acomodó al pequeño en sus brazos y se sentó en el sofá.

Salí de la sala para que se sintiera más cómoda, y Jaqueline me siguió.

—¿Y tú qué? —Intenté cambiar de tema mientras asimilaba lo que había dicho sobre mi supuesto complejo de Dios.

—¿Yo qué?

—Hablaste de mí y de Jason, pero solo te veo cuidando a los hijos de los demás.

—Me encantan los niños, por eso elegí esta especialidad.

—Aún no te he visto formar una familia.

—Sabes cómo terminó mi último noviazgo.

—Te advertí que no te involucraras con un enfermero.

—Después de haberte acostado con medio hospital, tienes bastante experiencia. —Intentó ser grosera, pero no lo logró.

—Aun así, no me escuchaste.

—La próxima vez te haré caso.

—Necesitas a alguien que esté a tu altura, Jaque.

—Intentaré con alguien que no sea del área de salud la próxima vez —dijo, riendo con un trasfondo de verdad.

—Mejor así.

Mi alarma comenzó a sonar, al igual que la de ella. John pasó junto a nosotros y entró a la sala para hablar con su esposa.

—Cristal, hubo un accidente de tránsito con un autobús. Hay muchas víctimas. Necesitan a todos los cirujanos en el hospital.

—Buena suerte.

—Gracias.

John pasó a nuestro lado, asintiendo con la cabeza, y Jaqueline y yo hicimos lo mismo. Teníamos que salvar vidas. La conversación sobre hijos, familia y líos amorosos tendría que esperar.



Karoline

Capítulo dos

Bajé del autobús cargando una pesada caja con los productos de belleza que vendía. Sin coche, moverme por la ciudad con ese peso era mucho más complicado, sobre todo porque tenía clientas en distintos puntos de Chicago. Ni siquiera tenía suficiente dinero para pagarle a Carter, así que pensar en comprar un vehículo nuevo era imposible hasta que resolviera esa deuda.

Ajusté la caja mientras caminaba y casi piso una pila de excremento de perro en la acera. Con la caja cubriéndome la vista, avanzaba torpemente, como un pato. Tuve que recorrer así cuatro cuadras hasta llegar a la casa de la clienta. Coloqué la caja sobre el suelo de madera y golpeé la puerta, esperando que alguien atendiera.

Parecía que nadie estaba en casa. Golpeé de nuevo con más fuerza.

—¡Ya voy! —gritó una voz al otro lado, y solté un suspiro de alivio.

Al poco rato, una señora de unos cincuenta años abrió la puerta y me miró de arriba abajo. Yo estaba algo sudada y despeinada después de cargar la caja por tanto tiempo.

—¿Está todo bien? —preguntó, con expresión de curiosidad.

—Sí —respondí, sonriendo e intentando parecer lo más amable posible—. Vine a entregar los productos que pidió de la última revista.

—¿Tan pronto?

—Sí, los recibí ayer.

—Ay, pero no voy a poder comprarlos esta vez.

—¿Cómo? —Mi sonrisa se desvaneció, y me costó mantener la calma.

—Surgió algo. Necesitamos comprarle ropa nueva a mi hijo, así que este mes no puedo gastar en productos de belleza.

—Pero, señora Evans, ya hice el pedido y debo pagarle a la fábrica. Contaba con su compra.

—Lo siento mucho, tendrá que venderle a alguien más.

—Señora Eva...

Cerró la puerta en mi cara antes de que pudiera decir nada más. Había caminado tanto y cargado esos productos solo para volver con ellos. Peor aún, sin el dinero. Mi mayor preocupación no era pagarle a la fábrica, sino a Carter. No sabía cómo reuniría los miles de dólares que le debía por el tratamiento de mi madre, sin mencionar los intereses abusivos que seguramente ya se habían sumado.

Traté de contener las lágrimas, me agaché para recoger la caja y volví a la parada de autobús. Necesitaba encontrar otra clienta rápidamente para venderle esos productos.

Por lo menos, el autobús no tardó mucho en llegar, y pude regresar a casa. Vivía al sur de Chicago, en un barrio peligroso y lleno de pandillas, incluida la de Carter. Decían que hacían un mejor trabajo que la policía, pero todos sabíamos que si no cumplías con sus reglas, sufrías las consecuencias.

Subí al pequeño apartamento de una habitación que compartía con mi madre desde que tenía memoria. Ella lo había conseguido con mucho esfuerzo y se negó a hipotecarlo para pedir dinero al banco, lo que me dejó atrapada en manos de Carter. Al menos aún teníamos un techo para los días de lluvia.

Abrí la puerta, cargando la caja, y vi la pila de correspondencia acumulada en el suelo,

probablemente facturas del hospital, ya que no todas las cuentas del tratamiento de mi madre estaban pagadas.

Dejé la caja sobre la mesa y fui a abrir la nevera. Estaba hambrienta, pero lo único que encontré fue un paquete medio vacío de salchichas. Decidí hacer un poco de pasta antes de salir. Tendría que ir puerta por puerta intentando vender, y no podía hacerlo con el estómago vacío.

No sabía cómo iba a manejar la situación con Carter, pero aún no estaba lista para rendirme.


James

Capítulo tres

Me lavé las manos después de salir de una cirugía delicada. El paciente era un niño de catorce años que se había golpeado la cabeza contra una de las barras del autobús, lo que le provocó una hemorragia. Tuve que actuar rápido, porque las consecuencias podrían haber sido muy graves.

Esa era la tercera cirugía que realizaba en menos de doce horas, y sería mentira decir que no estaba exhausto, pero formaba parte del trabajo. Yo era el mejor. A mis treinta y siete años, estaba en la cima de mi carrera. Había ganado premios, publicado numerosos artículos y me habían nombrado el cirujano más prometedor del momento.

Mi tasa de mortalidad era bajísima, y salvaba a muchas personas que otros consideraban casos perdidos. Mi hermana decía que era un narcisista, pero yo solo veía los hechos. Nací siendo un Vaughn, sí, pero aproveché cada oportunidad para convertirme en el mejor.

Jason, en cambio, había tocado fondo. Desde que el menor de nosotros fue internado en un centro de rehabilitación después de la boda de John, había entrado y salido al menos tres veces. Se quejaba de que lo habíamos excluido de la familia, pero él mismo había cavado su tumba.

Yo no estaba de acuerdo con lo que le hizo a John, aunque tampoco me compraba esa imagen de familia perfecta que él quería proyectar. Cada uno de nosotros tenía los recursos para decidir su camino, pero Jason siempre eligió los peores. Debería haber sido un cirujano brillante como el resto de nosotros, pero abandonó la facultad de medicina y se revolcó en el lodo como un cerdo.

Mamá sentía lástima por él. Yo, en cambio, creía que había encontrado justo lo que estaba buscando.

Yo era bueno. Me sentía orgulloso de mis decisiones y agradecido de no estar en la vergonzosa posición de Jason.

Anduve sin rumbo, y cuando me di cuenta, ya había llegado a la cafetería. Aproveché para comer algo. No había tenido una buena comida desde el almuerzo en casa de mis padres el día anterior. Dudaba que pudiera hacerlo hasta que volviera a casa.

Escuché algunos murmullos y noté que un grupo de residentes me observaba. Normalmente asumiría que me admiraban, pero después de lo que dijo Jaqueline, me pregunté qué estarían comentando.

Narcisista con complejo de Dios...

Bufé y rodé los ojos. Bebí un sorbo de mi jugo natural y salí de la cafetería. Soy bueno, pensé, y no tiene nada de malo que todos sepan lo hábil que soy.

Jaqueline estaba equivocada. Tenía toda la capacidad para ser padre y cuidar de mi hijo. Ser un gran médico no significaba que no me importara nadie más. Al contrario, cuidaba de mis pacientes, por eso salían vivos de mi mesa de operaciones.

Entré en el ascensor y fui al piso de maternidad. Me detuve frente al vidrio del vivero y tiré la botella vacía de jugo en el basurero antes de acercarme. Conté rápidamente unos once bebés. Tenían rasgos y etnias diferentes y eran mucho más pequeños que mi sobrino, que ya tenía casi un año.

Me acerqué más al vidrio y vi a una pequeña retorciéndose, pero se detuvo cuando nuestros ojos se encontraron. Era adorable, como una muñeca, y se rió, mostrando su encía sin dientes.

—¿No son una ternura?

Me sobresalté al escuchar una voz conocida. Miré a un lado y vi a mi hermana.

—Jaqueline.

—¿Qué haces aquí?

—Te estaba buscando.

—¿A mí? —frunció el ceño.

—¿Qué te parece si cenamos después del turno? —dije lo primero que se me ocurrió para disimular.

—¿Me estás invitando a salir?

—Pensé que no rechazarías una buena comida.

—Solo me pregunto cuán solo se siente mi hermano para invitarme a salir.

—Retiro la invitación.

—¡Oye! Sí, acepto.

—Entonces no soy el único solitario.

—Sabes que te quiero, James.

Torciendo los labios, me encogí de hombros.

—Mira a ese niño. —Jaqueline señaló a un bebé en una esquina de la guardería—. Sobrevivió por poco. Una barra del autobús atravesó el vientre de su madre, pero afortunadamente solo alcanzó la placenta. Hice una cesárea de emergencia y está bien. Tenía treinta y ocho semanas, ni siquiera necesitó incubadora.

—¿Y la madre?

—Está en observación en la Unidad de Cuidados Intensivos, pero debería recuperarse.

—Qué bien.

—Es lo mejor de mi trabajo —dijo, apoyándose en el vidrio mientras miraba a los bebés.

—Necesito volver a lo mío.

—¿Nos vemos después?

—Sí.

Me despedí de mi hermana y regresé a la zona quirúrgica. Me echaría una siesta en mi oficina para estar listo para la próxima cirugía.



Karoline

Capítulo cuatro

Solté la caja, sintiendo cómo todos mis músculos dolían mientras regresaba a casa al final de la noche. Había caminado unos tres barrios cargando todo ese peso y estaba exhausta. Arrastré una silla de la pequeña mesa de la cocina y saqué el dinero del bolsillo. Había logrado vender casi todos los productos, pero los ochocientos dólares que reuní estaban lejos de cubrir lo que debía a Carter, sin contar las demás cuentas. Necesitaba comprar algo para comer y pagar los servicios de la casa.

Abrí el armario, guardé el dinero detrás de una vieja lata de galletas y me quité la ropa para darme una ducha. Entré al baño, deseando que el agua caliente relajara mis músculos tensos.

Abrí la llave y respiré hondo cuando el agua comenzó a caer. Con casi treinta años, podría haber hecho muchas cosas en la vida, pero mi madre me crió sola y nunca tuvimos mucho dinero. Mis notas no eran lo suficientemente buenas para obtener una beca universitaria. Trabajaba desde muy joven y descubrí que vender productos de belleza me daba más dinero que hacer limpieza o trabajar como mesera, como lo hacía mi madre.

Vivíamos con lo mínimo, pero nos las arreglábamos hasta que apareció el cáncer. Fue entonces cuando entendí que, por muy mal que estuvieran las cosas, siempre podían empeorar. Nunca tuvimos mucho, pero antes del desastre, sobrevivíamos día a día y nunca pasamos hambre. Luego, las cuentas del hospital y los medicamentos comenzaron a acumularse.

Para que mi madre pudiera seguir con el tratamiento, recurrí a un prestamista. En ese momento, no me preocupé por cómo iba a pagarle, solo pensaba en la salud de mi madre. Sin embargo, al final, me quedé sin ella y con una deuda enorme con un tipo muy peligroso.

Un estruendo me sacó de mis pensamientos, y de repente el agua comenzó a salir fría. Pensé que el calentador se había descompuesto, pero poco después toda la casa quedó a oscuras.

Salí de la ducha, me envolví en una toalla y llamé a la compañía de electricidad.

—Hola, no tengo luz.

—¿Señorita Dover?

—Sí, soy yo.

—Le cortamos el suministro eléctrico —dijo la mujer al otro lado de la línea con el tono más calmado y sereno del mundo.

—¿Cómo que me cortaron la luz?

—Le enviamos varias notificaciones sobre las facturas atrasadas y avisamos que el corte ocurriría si no se realizaba el pago.

—¡No puedo quedarme sin luz!

—Puedo transferirla al departamento financiero para que negocie la deuda...

Colgué antes de que terminara de hablar. Ya debería haber aprendido que, por mal que estuvieran las cosas, siempre podrían empeorar.

Usé la linterna de mi celular para ir a la cocina y buscar una vieja caja de velas. Mi madre las había comprado para encenderlas a los santos, lo que no evitó que se fuera, pero al menos iluminarían mi noche. Tendría que ir a una cafetería o a un centro comercial a cargar el celular a la mañana siguiente y esperaba que la compañía telefónica no me cortara el servicio antes de fin de mes, porque necesitaba llamar a mis clientas y hacer un nuevo pedido a la fábrica.

Tendría que esforzarme como nunca antes si quería ver, aunque fuera, una pequeña luz al final del túnel.


James

Capítulo cinco

Jaqueline levantó la mano, llamando al mesero, que se acercó después de que nos sentáramos en una mesa del bar más cercano al hospital.

—Podríamos haber ido a otro lugar.

—¿Con esa cara de sueño? Lo dudo.

—Fue un turno pesado. —No pude evitar bostezar—. Pero este bar está lleno de gente del hospital.

—Precisamente por eso debemos venir más seguido. Así dejarán de decir que los Vaughn no se mezclan con los pobres.

—No tenemos por qué hacerlo.

—¡James!

—Ellos son nuestros empleados, no tenemos que ser amigos.

—Por eso piensan que eres tan arrogante.

—Tú eres demasiado amable, Jaqueline.

—Soy sociable. Alguien tiene que serlo, ¿no? —Frunció los labios.

—No estoy de acuerdo.

Ella me lanzó una mirada de reproche, pero suavizó la expresión cuando pidió al mesero una bebida sin alcohol, una ración de papas fritas y carne.

—Yo quiero un whisky.

—Tienes que manejar de regreso a casa.

—Pediré un taxi.

—Está bien.

El mesero asintió y se alejó de nosotros.

—Sabes que no necesitas controlarme.

—Solo intento ser tu hermana.

—Ese es trabajo de mamá.

—Luego se queja conmigo porque nadie le hace caso.

—Ella exagera.

—Con buena intención.

—Pregúntale a John si está de acuerdo.

—No fue culpa de mamá. Jason fue cruel, y eso hizo que nuestro hermano mayor estuviera cinco años lejos de nosotros.

—Exageró.

—Estaba dolido, James.

—Dejarlo todo para irse cinco años a Afganistán fue, como mínimo, una exageración.

—John estaba sufriendo y necesitaba tiempo para superarlo.

—Es un idiota. Todo por una mujer. —Bufé.

—Eres un insensible. John ama a Cristal.

—Ninguna mujer vale tanto esfuerzo para mí. —Tomé el vaso de whisky que el mesero me entregó y di un largo trago.

—Luego te quejas cuando te llaman egocéntrico —murmuró antes de sorber su bebida por el sorbete.

—Soy racional.

—Ajá…

—No estoy de acuerdo contigo.

—¿Sobre que John ama a Cristal?

—Sobre que yo sería un mal padre.

—¿Estás pensando en eso desde ayer? —Se sorprendió, pero no respondí a su pregunta.

—Tengo todos los recursos para ser un buen padre.

—Sabes que no es solo cuestión de dinero.

—Puedo dedicar parte de mi tiempo a un niño.

—¿Lo vas a dejar en la guardería del hospital?

—Pensaba más en una niñera particular.

—Sabes que necesita convivir con otros niños, ¿no? —Bebió un poco más de su bebida.

—Es una etapa que se supera con el tiempo.

—Entiendo. —Jaqueline se rió, sin tomarme demasiado en serio—. Bueno, ni siquiera tienes una novia. Creo que hasta que consigas pareja y decidas que quieres un hijo, puede ser un proceso largo.

—Sabes que no necesito una.

—Sé que eres médico, pero, si quieres, te recuerdo cómo funciona la fecundación. A menos que estés pensando en adoptar.

—Quiero un hijo con mi sangre.

—Entonces deberías preocuparte primero por encontrar una novia.

—Solo quiero un hijo, Jaqueline.

—Es mucho más complicado, James.

—No cuando tienes recursos como nosotros.

—No te metas en problemas.

—Soy metódico.

—Claro… —Volvió a beber, y yo no insistí en el tema.

Trazaría un buen plan para tener un hijo sin necesidad de casarme ni establecer ningún vínculo afectivo con una mujer. El hecho de querer un hijo no cambiaría la forma en que llevaba mi vida amorosa y sexual.



Karoline

Capítulo seis

—¿Le gustaría algo más, un café, un bocadillo...? —El mesero se detuvo a mi lado con su libreta en mano.

—Voy a quedarme solo con esta agua, gracias.

Frunció el ceño y se fue molesto. Me alegró que no me echara. Había llegado a la cafetería cuando recién abrían y ya llevaba horas allí, cargando mi celular y usando el wifi para trabajar con mi computadora. Era un poco vergonzoso, pero no tenía otra opción.

Envié algunos correos y concreté un nuevo pedido. Empecé a contactar a antiguas clientas, pero la mayoría no tenía dinero ese mes, lo que me preocupaba aún más. Si no conseguía al menos la mitad del dinero para Carter pronto, temía lo que pudiera hacerme, ya que no me quedaban muchos bienes para que él pudiera arrebatarme.

Abrí un buscador y comencé a buscar empleo. Necesitaba encontrar alguna alternativa, pero todos los trabajos para los que estaba calificada pagaban muy poco. Necesitaba un milagro, y después de todas las velas que mi madre había encendido, supuse que la cuota de mi familia ya se había agotado.

Estaba a punto de cerrar el buscador y pagar por el agua cuando, sin querer, hice clic en un anuncio. Era un sitio de una agencia de vientres de alquiler, donde las mujeres se registraban para gestar hijos de otras parejas. No debería haberme sentido tentada, pero la cantidad anunciada me llamó la atención. Podían pagar entre cincuenta y ciento cincuenta mil dólares por una gestación.

Era una locura total. Nunca había pensado en quedar embarazada, ni siquiera de mis propios hijos, mucho menos por dinero. En otro momento, si alguien me hubiera propuesto algo

así, lo habría insultado. Pero en situaciones críticas, los seres humanos hacen cosas impensables.

Me sobresalté cuando el mesero cerró la tapa de mi computadora.

—¡Oye!

—¿Vas a pedir algo?

Tragué saliva y forcé una sonrisa.

—Si no, será mejor que te vayas. Hay clientes de verdad que quieren usar la mesa, y estás ocupando espacio.

Abrí mi bolso y empecé a contar algunas monedas para pagar el agua.

—Invita la casa. Vete.

—Gracias.

Me levanté, incómoda, y salí del establecimiento guardando la computadora en la mochila mientras caminaba de regreso a casa.

Recibí una llamada de una clienta y le entregué dos cremas para el rostro. El dinero me ayudó a comprar comida para el resto de la semana, pero estaba muy lejos de solucionar mis problemas financieros.

Milagro...

Cuando llegué a casa, fui directo a la computadora y abrí la tapa. La batería estaba casi agotada porque ya estaba dañada, era un portátil viejo, pero logré anotar el número en mi celular y hacer la llamada.

—Clínica Génesis, buenas tardes.

—Yo... vi su número en internet... —Me daba vergüenza hablar, estuve a punto de colgar.

—¿Vio el anuncio sobre vientres de alquiler?

—Sí.

—¿Cuántos años tiene?

—Treinta.

—¿Consume drogas?

—¡No!

—¿Fuma?

—Tampoco.

—¿Ha tenido o tiene alguna enfermedad de transmisión sexual?

—No... no... espera, ¿tendré que acostarme con alguien?

—Puede venir a nuestra dirección si está interesada. Si es posible, traiga su historial médico.

No me respondió más ni esperó que hiciera más preguntas. Sin embargo, al finalizar la llamada, mi celular vibró con un mensaje que contenía la dirección de la clínica. Era una locura llegar a ese extremo. Tenía que encontrar otra manera de conseguir el dinero...

Miré el mensaje en mi celular. Pensé en lo que diría mi madre si estuviera aquí. Siempre

se enorgullecía de trabajar duro y de forma honesta, pero ¿cómo lidiar con la vida cuando todo se está desmoronando?

Al final, tomé un abrigo y salí de casa. No me haría daño hacer algunas preguntas y evaluar la posibilidad. Eso no significaba que fuera a aceptar.

La clínica estaba en el centro de Chicago. Era pequeña, pero bien decorada y con una infraestructura moderna, similar a los grandes hospitales de la ciudad. Por el eslogan en la recepción, deduje que se dedicaba exclusivamente a la reproducción humana.

Sin saber cómo, me acerqué al mostrador, frotándome los brazos como si estuviera muriéndome de frío, aunque estábamos en primavera.

—¿En qué puedo ayudarte? —La recepcionista levantó la vista de la pantalla del computador y me miró directamente.

—Hola, yo llamé hace un rato.

—¿Llamaste? —Alzó una ceja, tratando de entender mejor.

—Me dieron la dirección de aquí.

—¿Para qué?

—Para el alquiler de vientres —dije en voz baja.

—¡Ah! —Señaló un pasillo—. Puedes seguir por ese pasillo y esperar en unas sillas frente al consultorio seis.

—Gracias.

Asentí y me dirigí por el camino que me había indicado. Estaba sudando frío, las manos

me sudaban y mi corazón latía acelerado en el pecho, casi no podía respirar. Mi mente daba vueltas y la mejor alternativa parecía irme de allí lo más rápido posible.

Llegué al final del pasillo y vi tres sillas de metal, pegadas una a la otra. Me acomodé en una de ellas.

Poco después, una mujer se acercó y se sentó a mi lado. Era morena, con rasgos latinos y parecía más joven que yo.

—¿Vienes a postularte? —inició la conversación.

—¿Yo? —pregunté sorprendida.

—Sí.

—Solo vine a hacer algunas preguntas.

—Creo que todas se asustan un poco —me sonrió—. Yo, particularmente, estoy aterrada.

—Sí... —Contuve la respiración.

—¿Ya has hecho esto antes?

Negué con la cabeza.

—Vi un anuncio en internet.

—Ah, yo tengo una amiga. Ella está embarazada de seis meses y me recomendó esta clínica.

—¿Embarazada por alquiler de su vientre?

—Sí.

—¿Y cómo fue?

—Creo que debe ser diferente para cada una.

—Puede ser.

Estaba a punto de levantarme e irme, quedarme allí no era para mí, cuando la puerta se abrió, una mujer salió y una doctora se detuvo cerca del marco de la puerta. Era bajita, debía tener unos cincuenta años. Usaba gafas en la punta de la nariz y la bata blanca se veía impecable. Pensé que sería alguien más intimidante, pero tal vez ya estaba sobrepasada por el lugar en sí.

—¿Quién llegó primero?

—Ella —dijo la mujer que se había sentado junto a mí, sin darme oportunidad de desmentirla.

—¿Entramos? ¡Adelante! —me animó la mujer que acababa de conocer.

—Está bien —Tragué saliva y respiré hondo. Solo iba a hacer unas cuantas preguntas, no tenía motivos para estar tan aterrorizada.

—Siéntate allí. —Indicó la doctora señalando una silla frente a su escritorio.

El consultorio estaba bien decorado, limpio y luminoso. Me esperaba algo mucho más frío, pero el ambiente era acogedor.

—Señorita.

—Dover... Karoline Dover.

—Siéntate, por favor.

—Gracias. —Me acomodé en la silla, frotándome las manos sudorosas contra mi costado. Estaba tan nerviosa que me era imposible disimularlo.

—¿Has realizado algún procedimiento similar antes, Karoline?

Me sorprendió que me llamara por mi primer nombre, pero supuse que era un intento por hacerme sentir más cómoda.

—No.

—¿Tienes hijos?

—Tampoco.

—¿Tienes actividad sexual frecuente?

Negué con la cabeza. Mi novio había terminado conmigo cuando mi madre enfermó, y toda mi atención estaba centrada en ella. No tenía tiempo para sexo.

—Imagino que tienes tus razones para estar aquí.

—Una deuda. Vi que pagan bien.

—Nuestros clientes son personas decididas a pagar una cantidad generosa para que se haga realidad su sueño.

—¿Cómo se hace la fecundación?

—Todo se hace en laboratorio, con técnicas de inseminación artificial.

—¿No tengo que tener sexo con nadie?

—¡Claro que no! El embrión es fecundado por el matrimonio contratante y luego es implantado en tu útero aquí en la clínica.

—¡Qué alivio!

—Nos preocupamos por tu salud para que el bebé nazca lo más sano posible.

—Entiendo. ¿Y cómo es todo el proceso?

—Dependerá del contratante, pero todos los detalles se especificarán en un documento firmado por ambas partes si eres seleccionada.

—¿No es solo abrir las piernas y dejar que me pongan un bebé?

La mujer empezó a reír ante mi pregunta ingenua.

—Primero te haremos una serie de exámenes para ver si estás saludable y apta. Determinaremos varios factores, como tu grupo sanguíneo y tu alimentación. Una vez que un matrimonio te elija, te prepararemos para recibir el embrión y solo después lo implantaremos.

—¿Después vuelvo y entrego al bebé?

—No. Tu embarazo será monitoreado de cerca.

Me quedé en silencio, mirándola por varios segundos. Aún me parecía una locura todo lo que estaba escuchando, pero al mismo tiempo parecía la única opción para empezar de nuevo.

—¿Tienes alguna otra pregunta?

—¿De verdad pagan esos cincuenta mil?

—Todo depende del contrato que se firme, pero ese es el monto mínimo. Sin embargo, el cuarenta por ciento de la negociación va para la clínica para cubrir los costos de preparación.

Ellos se quedarían con una buena parte del dinero, pero aún así parecía más que suficiente para que pudiera empezar mi vida de nuevo.

Probablemente me arrepentiría, pero no pude evitar hablar antes de pensarlo bien.

—Quiero hacerlo.

—¿Segura?

—Sí, quiero alquilar mi vientre. —No estaba pensando con claridad y no tenía idea de cuánto me arrepentiría de esa decisión.

—¡Excelente! Comenzaremos con algunos exámenes clínicos —Señaló la camilla—. Luego te enviaré al laboratorio. Solo cuando tengamos todos los resultados sabremos si eres apta.

—¿Cuánto tiempo tendré que esperar?

—En promedio, una semana.

Era mucho tiempo, pero asentí. Ya no tenía otras alternativas. Mientras esperaba la respuesta, intentaría resolver mi vida de otras maneras.


James

Capítulo siete

Salí del gimnasio en mi departamento y caminé por el pasillo hasta mi cuarto. Me quité la ropa empapada en sudor y la tiré en un rincón del baño antes de meterme a la ducha. Estaba agotado, pero me gustaban los ejercicios físicos; además de mantenerme en forma, me ayudaban a despejar la mente después de la rutina de trabajo tan extenuante. Quien viera el glamour de un neurocirujano probablemente no pensaba en las horas de guardia ni en todo el peso que llevaba sobre mis hombros para estar perfecto.

Yo lidiaba con el cerebro de las personas, no tenía margen para cometer errores. Siempre debía ser el mejor de los mejores, y lo conseguía. Sin embargo, no era el trabajo lo que me ocupaba la mente y me dejaba tan agotado.

Desde la conversación con mi hermana, días atrás, no podía dejar de pensar en ser padre. Me ponía a pensar en mis sobrinos y cómo sería para John tenerlos. En dos ocasiones más, me había escapado al área de los bebés y me quedé observándolos.

Más que para demostrarle a Jaqueline que podía ser padre, estaba alimentando el deseo de tener a mi propio hijo. Decían que llegaba un momento en la vida en que eso sucedía, y pensaba que quizás ese momento era el mío.

Ese era mi día libre, así que, después de la ducha, me vestí y me dirigí a una clínica de fertilización que quedaba cerca del hospital. Solía pasar por allí en mi camino al trabajo, pero esa era la primera vez que me llamaba la atención. Parecía tener buenas referencias y me mostraría algunas opciones para cumplir con ese deseo.

Había estacionamiento en la entrada, así que dejé el coche allí y me dirigí a la recepción. Había una pareja sentada en las sillas, mirando revistas de bebés, y me acerqué a la mujer detrás del mostrador.

—Buenos días.

—Buenos días… ¡señor Vaughn! —me dijo, sorprendida al reconocerme.

—Así es.

—¿En qué puedo ayudarlo? —balbuceó.

—Quiero hablar con la responsable de la clínica.

—La doctora Shaw aún no ha llegado.

—Entonces llámala y dile que hay alguien importante esperando.

—Sí… sí, señor.

—Quiero un café. ¿Hay algún lugar más cómodo donde pueda esperar? —dije, mirando con desdén las sillas de la recepción.

La mujer parpadeó, un tanto incómoda.

—No tengo todo el día.

—Perdón, señor. —Se salió de detrás del mostrador, dio la vuelta y me hizo un gesto para que la siguiera.

Entramos en un pequeño ascensor y subimos hasta una puerta.

—Este es el despacho de la doctora Shaw. Puede quedarse cómodo aquí. Voy a preparar el café.

—Sin azúcar.

—Como desee. —Asintió con la cabeza y salió lo más rápido que pudo.

Entré al despacho y me acomodé en uno de los sofás. No era tan cómodo como estaba acostumbrado, pero mucho mejor que la recepción. Cruce los brazos y me quedé esperando, impaciente. Si había algo que odiaba, era tener que esperar.

Pasó una eternidad hasta que la mujer regresó con una bandeja y me entregó el café.

—¿Dónde está la doctora Shaw?

—Aquí estoy —respondió la mujer, justo después de que terminara de hacer la pregunta. Debería tener unos sesenta años, pero sus arrugas estaban tan disimuladas como las de mi madre —. Imaginen mi sorpresa al enterarme de que había un Vaughn en mi humilde clínica.

—Tiene una buena reputación en reproducción.

—Me enorgullece.

Miré a la recepcionista y la doctora hizo un gesto para que saliera, dejándonos a solas.

Tomé un sorbo del café. Estaba caliente y aguado, pero lo dejaría pasar si la doctora podía ayudarme con lo que realmente quería.

—¿A qué debo la honra de su visita, señor Vaughn?

Me incliné hacia adelante y dejé la taza sobre la mesa de centro antes de levantar la mirada y volver a verla.

—Quiero ser padre.

—¿Padre?

—¿Está sorda?

—No. Solo estoy sorprendida. No pensé que tuviera dificultades en ese tema.

—¿Cree que soy estéril?

—¿Por qué otro motivo vendría hasta aquí? Soy un hombre soltero y tengo intenciones de seguir siéndolo.

—Disculpe, pero estoy segura de que no deben faltar mujeres interesadas en quedar embarazadas de alguien como usted.

—No quiero tener ningún vínculo con la madre, y quiero que el bebé esté completamente bajo mi custodia y responsabilidad. Imagino que puede ayudarme con eso, si no, buscaré otro lugar que lo haga.

—Iré directo al grano —dijo—. ¿Quiere un hijo con su propio ADN, pero sin los vínculos maternos?

—Eso es lo que acabo de decir. —Ya comenzaba a sentirme molesto.

—Entiendo sus deseos, doctor Vaughn.

—¿Puede o no ayudarme? —Ya me estaba levantando, cuando la doctora hizo un gesto con la mano indicándome que me quedara sentado.

—Mi clínica puede ser mucho más modesta que su hospital, pero aquí trabajamos con la más alta tecnología y todos los recursos para cumplir el sueño de parejas y padres solteros de tener a sus hijos.

—Ya veremos —refunfuñé.

La doctora Shaw apretó los labios y por un momento su expresión cambió, pero pronto volvió a sonreír, fingiendo no haber reaccionado a la forma en que hablé.

—Puede estar seguro de que haré todo lo posible para que tenga la experiencia más satisfactoria, pero para eso tendrá que hacer una buena inversión.

—El dinero no es un problema.

—Supuse que no lo sería.

—¿Cuándo podemos empezar?

—Si le interesa, puede examinar a las candidatas hoy mismo.

—Entonces haremos eso. —Miré a mi alrededor, observando su oficina una vez más—. ¿Dónde están mis opciones?

—¿Tiene alguna preferencia por las características físicas de la madre? Tenemos un banco de óvulos disponible para parejas en las que la mujer sea infértil por alguna razón, y creo que eso podría cumplir con sus necesidades.

—Me gustaría ver las opciones. ¿Tienen algún tipo de menú?

La doctora Shaw soltó una ligera risa.

—En realidad, tengo un catálogo con las características físicas y psicológicas de las donantes, pero sus nombres son confidenciales por razones de privacidad y seguridad.

—Entiendo.

—Se lo traeré.

Asentí con la cabeza y dejé que la mujer saliera de la sala. La observé hasta que desapareció por el pasillo.

Mi celular vibró en el bolsillo y me sorprendió recibir un mensaje de mi madre.

Mary:

James, ¿dónde estás, hijo? Te estamos esperando aquí en la parada benéfica en el Milenium Park. Es el día de consultas gratuitas, ¿recuerdas?

James:

Estoy ocupado. Pídele a algún clínico, mamá.

Mary:

Confirmé con tu hermano. Me dijo que hoy tienes el día libre.

James:

Eso no significa que no tenga otros compromisos.

Mary:

Te había avisado sobre este evento benéfico. Jaqueline y John están en el hospital, necesito que vengas.

James:

¿Dónde está papá?

Mary:

Está atrasado.

James:

Después de que termine con mis asuntos, tal vez me pase por allá.

Mary:

¿Lo prometes?

James:

No sé cuánto tiempo me voy a demorar.

Mary:

Espero que llegues pronto.

James:

Ya veremos, mamá.

Mary:

Hasta pronto, hijo.

Bufé mientras guardaba el celular. Odiaba cuando mi madre organizaba algún evento y terminaba dejándonos a alguno de nosotros con la carga. Sin embargo, ese era un detalle del que me preocuparía en otro momento.

—Señor Vaughn. —La doctora regresó al despacho y me entregó una tablet—. Aquí están las características de las donantes de óvulos congelados y las madres subrogadas que

tenemos disponibles para gestar al niño. Tenemos un contrato estándar de la clínica, pero si lo desea, puede consultar con un abogado y hacer las modificaciones necesarias.

—Lo haré.

—Como guste.

Le envié un mensaje a mi abogado de confianza, exigiendo su presencia en la clínica. Mientras esperaba su respuesta, empecé a revisar las opciones en la tablet.

—Quiero a esta. —Le devolví el dispositivo.

—Será su primera gestación, pero estoy segura de que está preparada.

—Supongo que si no estuvieran preparadas, no estaría en esta lista, ¿no?

—Sí. —La doctora Shaw tragó saliva—. ¿Y qué donante de óvulos le interesó más?

—Que sea de la misma mujer que alquila el vientre.

—Pero, señor Vaughn, generalmente implantamos el óvulo de una tercera persona para reducir la posibilidad de vínculos emocionales.

—No estoy viendo las otras opciones, pero sí veo esta. Me parece adecuada. ¿Discrepa usted? —Busqué su mirada, que vaciló antes de tragar saliva nuevamente.

—Creo que todo se puede negociar.

—Perfecto. ¿Cuál es el siguiente paso?

—Nos pondremos en contacto con la candidata y le informaremos que ha sido seleccionada por uno de nuestros clientes. Después de que ambas partes firmen el contrato,

comenzaremos con el proceso de fertilización in vitro.

—Manténganme informado. —Saqué una tarjeta y se la entregué a la mujer.

—Puede estar tranquilo.

Asentí. Estaba decidido a tener un hijo y creía que todo el proceso podría resolverse fácilmente, ni siquiera imaginaba que algo podría sorprenderme.



Karoline

Capítulo ocho

Abrí una lata de zanahorias, lo que sería mi almuerzo ese día. Necesitaba ahorrar lo más posible mientras esperaba que ocurriera un milagro que me sacara del borde del abismo hacia donde mi vida se dirigía.

Pasé la mañana buscando clientes, regresé a casa con doscientos dólares y todavía tenía que descontar el costo de los productos. Si no fuera por la deuda que tenía con Carter, tal vez podría sobrevivir, pero ya me estaba quedando sin opciones sobre cómo pagarlo.

Escuché un golpe en la puerta que me hizo saltar de la silla. Me sentí incómoda y pensé en no abrir, pero la persona del otro lado se atrevió a golpear más fuerte. Podría ser el administrador pidiendo el pago del condominio, el conserje o incluso algún vecino; seguro que ninguno de ellos traería buenas noticias, así que era mejor que se quedaran afuera.

¿Sería que si me quedaba completamente quieta pensarían que no estaba allí y se irían?

—¡Karoline, abre esa puerta ya! —La voz de Carter me hizo temblar las piernas. No sabía cómo manejar la situación ni qué decirle.

Elegí quedarme callada.

—¡Karoline! ¡Puta de mierda! Sé que estás ahí.

Me encogí en la silla, abrazando mis piernas en una posición fetal. Creía que la puerta era mi única protección contra Carter y no iba a arriesgarme a abrirla.

—¿Crees que puedes esconderte de mí, zorra?

Bajé la cabeza, la dejé caer sobre mis rodillas e intenté esconder las lágrimas y los sollozos para que el sonido no delatara mi ubicación.

Me sobresalté con un estruendo que me hizo saltar de la silla y abrir los ojos como platos. Carter había derribado la puerta de mi habitación y venía hacia mí, bufando como un toro. Me agarró del cuello y me levantó en el aire.

Intenté sujetar su muñeca para liberarme mientras él me quitaba el aire y yo pataleaba, con los pies lejos del suelo.

—¿Putita, crees que puedes esconderte de mí?

Abrí la boca varias veces, pero la falta de aire, por su mano apretando mi cuello, me impedía hablar.

Carter me soltó y caí sentada en el suelo. Me agarré el cuello con las manos, sintiendo el dolor en la piel y tratando de protegerme de pasar por eso nuevamente.

—Yo... Yo... No escuché —mentí, tratando de usar eso como excusa para esconderme de su furia.

—¿Acaso estás sorda? —gruñó, haciéndome encoger aún más—. ¿Dónde está mi dinero?

—Necesito más tiempo.

—¿Crees que soy un tonto?

Negué con la cabeza.

—¿Entonces, dónde está el maldito dinero?

—Aún no la tengo.

—¿No? —Se inclinó hacia mí, agarró mi mentón y me levantó de nuevo. Sus dedos presionando mi mandíbula hicieron que volviera a llorar, con una mezcla de terror y dolor.

—Necesito más tiempo.

—Te he dado demasiado tiempo. ¿Dónde está el dinero?

—¡Suéltame! —Traté de esquivarlo.

Carter me soltó y me tambaleé hasta la alacena de la cocina. Abrí el frasco de galletas y saqué los billetes más grandes, pero él me lo arrancó de las manos y se quedó con todo. Era poco más de mil dólares, todo lo que había logrado juntar desde la muerte de mi madre.

—Es todo lo que tengo.

—Todavía está muy lejos de lo que me debes. Vamos a considerar este dinero como una amortización de los intereses.

—Por favor...

—Ya te lo dije, Karoline. Si no querías seguir mis reglas, no hubieras pedido el maldito préstamo. Ahora es momento de que me devuelvas lo que me debes. —Guardó los billetes en su bolsillo y tiró el frasco de galletas al suelo—. Volveré, zorra. Cuando regrese, será mejor que tengas todo el dinero. —Miró de un lado a otro hasta que sus ojos se posaron en el televisor de la sala.

El aparato era uno de los pocos electrónicos que tenía en la casa y mi madre se había esforzado mucho para poder comprarlo. Lloré aún más cuando Carter lo desconectó y lo puso bajo su brazo, llevándose no solo el objeto, sino todas mis posibilidades de recuperarme.

Solo me quedaban los doscientos dólares que no había metido en el frasco y pocas posibilidades de obtener un resultado mejor que ese. Cuando Carter regresara, era probable que

hiciera algo peor conmigo que asfixiarme.

Tal vez mis mejores perspectivas fueran encontrarme pronto con mi madre.

Me levanté, tosiendo, y fui al baño a lavarme la cara, hundida en lágrimas. Afortunadamente, aún tenía agua en el apartamento, pero debido a mi atraso en el pago de las cuentas, no sabía por cuánto tiempo podría contar con ese privilegio.

Tenía marcas rojas en el cuello que esperaba desaparecieran pronto.

Me sorprendí cuando mi celular comenzó a sonar. Podría ser una clienta queriendo comprar alguno de mis productos. Hubiera sido algo divertido si el ambiente no hubiera sido tan sombrío.

Tragué todas las lágrimas y fui a la sala a contestar. Afortunadamente, Carter no se había llevado mi teléfono, pero no sabía por cuánto tiempo podría celebrarlo.

—Hola.

—¿Señorita Dover?

—Soy yo.

—Le hablo de la clínica Genesis de reproducción humana. Mi nombre es Maya Fischer y la doctora Gilbert me pidió que me pusiera en contacto con usted para informarle que uno de nuestros clientes está interesado y desea contratarla.

—¿Para ser madre subrogada? —pregunté, aún tratando de asimilarlo, aunque sabía que me había postulado.

—Sí. ¿Podría venir a la clínica hoy? Queremos explicarle las especificaciones del caso y saber si está de acuerdo con los términos.

—¿A qué hora?

—Lo antes posible.

—Iré para allá. —Colgué la llamada.

Diría que era la mayor locura que cometería en mi vida, sin embargo, la caída ya había comenzado mucho antes, cuando decidí pedirle dinero prestado a Carter. Esa clínica podría ser mi salvación, pero también convertirse en otro gran problema.

Quería pensar que tenía otra opción, pero no. Estaba completamente sin alternativas para pagar mi deuda con el prestamista, y esa parecía ser la única oportunidad de no reunirme con mi madre antes de lo previsto.

Me cambié y fui a la parada de autobús. El día estaba nublado y rezaba para que no comenzara a llover, porque mi paraguas se había roto en la última tormenta y no tenía dinero para comprar otro.

Tardó un poco en pasar el autobús, pero afortunadamente, por la hora, iba vacío y no tuve que quedarme de pie ni cederle el asiento a ningún anciano. El clima frío tenía sus ventajas, ya que pude enrollarme una bufanda en el cuello y esconder las marcas que Carter me había dejado. No sabía qué podría pasar por la cabeza de las médicas de la clínica, pero dudaba que les gustara saber que un delincuente me había ahorcado.

Estaba lloviendo suavemente cuando me bajé en mi parada y corrí lo más rápido posible hacia la entrada de la clínica, tratando de no empaparme demasiado. En la puerta, me pasé la mano por el cabello, disimulando las gotitas y ajusté mi ropa antes de acercarme al mostrador.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes —dijo la recepcionista, levantando la cabeza y mirándome—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Maya Fischer me llamó, dijo que la doctora Gilbert quería hablar conmigo.

—Informaré a la doctora que ya has llegado.

—Gracias.

—Puedes esperar aquí.

Asentí con la cabeza y retrocedí algunos pasos para acomodarme en una de las sillas de la recepción.

Observé a una pareja que pasaba. Se veían felices al mirarse el uno al otro y pensé que lo que haría allí tenía su lado positivo. Ayudaría a una pareja enamorada a tener su bebé. Al final, no todo tenía que ser solo sobre el dinero y podía ver una luz al final del túnel.

—¿Señorita Dover?

Moví la cabeza, buscando el origen de la voz y encontré a la doctora que me había atendido el primer día que estuve allí.

—Hola.

—Ven conmigo, por favor. —Me indicó con un gesto para que la siguiera, y caminamos juntas hasta el consultorio donde atendía a sus pacientes—. Siéntate.

—Gracias. —Me acomodé en la silla que señaló y la doctora fue hacia su escritorio, enderezándose antes de mirarme de nuevo—. Me llamaron diciendo que alguien se interesó.

—Es cierto. Ayer tuvimos una visita especial en nuestra clínica de un cliente... digamos, bastante especial. Él se interesó por tu perfil y tenemos una propuesta para ti.

—¿Voy a gestar el bebé de ese matrimonio?

—No exactamente. El cliente está interesado en ser padre soltero. Así que planeamos fecundar uno de tus óvulos con su material genético.

—Espera, ¿voy a tener un hijo con alguien? —Me sorprendí mientras mi mente procesaba lo que la doctora acababa de decir.

—No, tendrás el hijo de nuestro cliente. Vas a gestarlo, amamantarlo durante seis meses y luego no tendrás más vínculo con el niño. La custodia, todos los derechos, deberes y responsabilidades con el niño serán del contratante.

Me quedé en silencio. Era una propuesta absurda. Tendría un hijo y lo entregaría a alguien, sin ningún vínculo.

—¿Por qué quiere hacer esto?

—No nos corresponde saber sus motivos, solo cumplir con sus deseos. Sin embargo, debes saber que serás muy bien remunerada.

—¿Cuánto? —me arriesgué a preguntar.

—Doscientos mil dólares.

Mis ojos se abrieron de par en par, y me quedé boquiabierta.

—¿Todo eso?

—Es una buena cantidad. Sabemos que esto puede ser una etapa muy delicada que requiere muchos sacrificios.

—No sé...

—Imagino que tienes razones para haber llegado hasta aquí, pero es más que suficiente

para solucionar la mayoría de los problemas.

—¿Cuándo lo recibiría?

—Al final del proceso.

—Dentro de casi un año y medio…

—Tenemos que asegurarnos de que te comprometas con todas las etapas.

—Necesito el dinero antes.

—Podemos negociar un adelanto, pero no todo.

—¿Diez por ciento?

—Creo que es viable.

—Está bien.

—Entonces, ¿estás de acuerdo?

Hice un gesto afirmativo.

Me dije a mí misma que no me arrepentiría, aunque, en el fondo, todos mis instintos me dijeran lo contrario. Sin embargo, con el adelanto de veinte mil dólares, podría pagarle a Carter, saldar mis otras deudas y empezar de nuevo. Tal vez no sería lo ideal, pero era la única oportunidad que tenía.

—Te voy a dar los medicamentos y todos los protocolos que tendrás que seguir a partir de ahora. Necesito que sigas mis instrucciones con mucho cuidado para que podamos extraer tus óvulos.

—No tendré que tener sexo con él, ¿verdad?

—Ni te preocupes por eso. —Rió la doctora—. Todo el proceso se hará aquí en la clínica y no tendrás ningún tipo de relación física con el cliente.

—Está bien.

Ella comenzó a teclear en el ordenador y luego imprimió una receta, donde estaban los medicamentos y las inyecciones. Luego fue a un armario, sacó unas cajas y me las entregó.

—¿Tengo que pagar por esto?

—Todos los gastos médicos serán cubiertos por el cliente.

—Entendido.

—Sigue las instrucciones en la receta y toma todo en el horario indicado. No dejes de hacerlo. Para las inyecciones tendrás que venir aquí a la clínica para que te las apliquemos. Los días están indicados también en la receta.

Anoté mentalmente todas las instrucciones y guardé la receta en mi bolsa junto con los medicamentos.

Traté de no pensar que había aceptado dar un hijo a un hombre rico que ni siquiera conocía, porque probablemente me volvería loca.

En un año y medio, arreglaría mi vida, habría pasado por todo eso y podría olvidar la experiencia. Hasta parecía sencillo…


James

Capítulo nueve

—Miren aquí —dije, señalando con el dedo una pequeña mancha en la tomografía que estaba analizando junto con el departamento de neurocirugía del hospital.

Yo era el médico jefe de ese sector, pero había muchos residentes bajo mi mando y algunos internos que estaban preparándose, tal vez, para seguir una carrera similar a la mía.

Nos había contactado un médico clínico de neurología porque no lograba identificar la causa de las convulsiones constantes en una adolescente de diecisiete años.

—¿Es un aneurisma? —preguntó uno de los residentes, presionando los ojos para examinar mejor la imagen.

—Sí. Es pequeño, por eso pasó desapercibido en otros exámenes que el neurólogo pidió para la paciente. Avísenle al médico que la paciente necesita una intervención y que vamos a remover el aneurisma a través de una cirugía endovascular. No veo la necesidad de una craneotomía.

Ellos asintieron y di un paso atrás cuando mi celular comenzó a sonar. Vi que era un número desconocido y pensé en no contestar, pero salí de la sala de examen y coloqué el teléfono en mi oído.

—Espero que sea algo importante.

—Doctor Vaughn, disculpe la llamada en medio de su turno. —Escuché la voz femenina al otro lado, y me esforcé un poco por reconocerla.

—Espero que tenga buenas noticias para mí, doctora Shaw.

—Ya hablamos con la elegida y comenzamos todos los procedimientos para prepararla para la gestación.

—Excelente.

—Pero hay un detalle.

—¿Cuál? —dije, revolviendo los ojos, empezando a irritarme.

—Exigió un adelanto del veinte por ciento del monto acordado.

—Siempre quieren dinero, ¿verdad?

—Usted había asegurado que no sería un problema.

—Y no lo es. Dígale a la señora que tendrá el dinero tan pronto como se firme el contrato. Tengo dos cirugías hoy, pero mañana por la tarde puedo ir a la clínica con mi abogado.

—De acuerdo, se lo informaré.

—Perfecto. Hasta mañana entonces.

—Le deseo buen trabajo, doctor Vaughn…

Colgué sin decir nada más y regresé a la sala donde estaban mis residentes. Era el momento de salvar una vida más.



Karoline

Capítulo diez

Abrí una lata de sardinas y le clavé un tenedor al pescado mientras analizaba la pila de medicamentos sobre la mesa. Si mi madre estuviera viva, jamás me dejaría hacer eso, pero no estaba y me había quedado sin opciones.

Solo la posibilidad de deshacerme de Carter ya me hacía sentir un poco de alivio.

Miré hacia la puerta de la sala y dejé escapar un largo suspiro al ver que estaba trabada con el sofá. Esa era la forma en que había encontrado para mantenerla cerrada y asegurarme de que nadie entrara mientras yo dormía. Apenas tenía dinero para comer, mucho menos para arreglar ese desastre.

Estaba esperando recibir los veinte mil antes de que Carter apareciera. Solo quería librarme de ese maldito y poder dormir tranquila. Estaba tan aterrada y sola que ni siquiera entendía cómo me mantenía en pie.

Mi vida solía ser diferente. Criada por una madre soltera, nunca tuvimos mucho, pero era feliz. Siempre fui popular en la escuela pública y crecí rodeada de amigos, la mayoría de los cuales mantuve hasta que mi madre enfermó. Fue ahí cuando comenzó realmente la caída. Perdí al novio y a todos mis amigos. Pasaba las noches en el hospital, no en la fiesta, dejé de ser invitada porque no aparecía, y con el tiempo nadie más se preocupaba o hablaba conmigo. Sin embargo, me di cuenta de que estaba completamente sola cuando la situación de mi madre se volvió irreversible y, poco después, llegó su muerte.

Extrañaba bailar, divertirme, pero tenía que enfrentar mi nueva realidad y lidiar con ella.

Tiré la lata a la basura y ya estaba a medio camino del cuarto cuando mi celular empezó a sonar. Corrí a ver quién era y reconocí el número de la clínica.

—¿Señorita Dover?

—Soy yo.

—Me pidieron que le informara que tendrá una reunión con el cliente mañana a las cinco de la tarde. Le pido que llegue media hora antes para evitar cualquier retraso.

—¿Esta reunión es para...?

—Firmar el contrato.

—Ah.

—Si tiene un abogado de confianza, puede traerlo.

—No tengo.

—Está bien. No se atrase.

—Lo tendré en cuenta.

Cuando colgó, dejé que mi celular resbalara de vuelta sobre la mesa. No podía creer que realmente estaba sucediendo. El dilema moral que me devoraba era enorme. Si estuviera de fuera, sin lidiar con todos esos problemas y con tanto miedo de Carter, probablemente nunca habría aceptado.

Era la mejor opción que tenía, aunque no pareciera la correcta. Tampoco fue correcto tomar dinero de Carter, y aquí estaba, envuelta en esa bola de nieve. Solo esperaba que esa fuera mi última confusión.


James

Capítulo once

Me detuve frente al bufete de abogados que atendía a mi familia y el hospital desde hacía años, y abrí la puerta para que Norton Weber se sentara en el asiento del copiloto.

—Buenas tardes, señor Vaughn.

—¿Trajo el contrato? —fui directo al grano.

—Sí. —Levantó la carpeta de cuero, indicando—. Lo que no entiendo es por qué un hombre como usted querría tener un hijo bajo estas condiciones. Una mujer atractiva, loca por quedarse embarazada de un Vaughn, no debería faltar.

—Yo no pago por su opinión.

El abogado tragó saliva, sintiéndose incómodo.

Lo que más me molestaba sin duda era que todos pensaran que podían tomar decisiones mejor que yo. Quería un hijo, pero no iba a embarazar a cualquier mujer para evitar las consecuencias de tener a una mujer encima, exigiéndome cosas, o tratando de influir en la forma en que educaría al niño.

—Todos los detalles que discutimos están en el contrato.

—Perfecto.

—Tendrá poder para decidir sobre todo lo relacionado con la salud de la mujer durante el embarazo y la lactancia, para garantizar la integridad del niño.

—Muy bien.

Conduje hasta la clínica, y durante el corto trayecto, el abogado no dijo nada más. Estacioné y caminamos juntos hasta la entrada. Cuando llegamos, la recepcionista ya estaba de pie y me dedicó una sonrisa cálida.

—Señor Vaughn, señor... —Esperó a que mi abogado dijera su nombre.

—Weber —completó él.

—Un placer recibirlos en nuestra clínica. Por favor, acompáñenme.

Asentimos con un leve movimiento de cabeza y la mujer nos condujo por un amplio pasillo hasta una pequeña sala de reuniones, con una mesa redonda y sillas mínimamente cómodas.

—La doctora Shaw y la señorita Dover se reunirán con ustedes. Pueden acomodarse como prefieran. —Indicó los asientos—. ¿Quieren agua, café?

—Yo quiero café —dijo el abogado, y yo simplemente negué con la cabeza.

—Siéntanse a gusto.

La mujer nos dejó solos en la sala, probablemente para poner a prueba mi paciencia, ya que odiaba esperar.

Afortunadamente, no pasó mucho tiempo antes de que la recepcionista regresara con la bandeja y, detrás de ella, la doctora, cuyo rostro ya conocía, y la mujer que había elegido a través de una foto. Karoline Dover tenía treinta años, un cuerpo delgado, pero no excesivamente, un rostro saludable, una cintura ancha que podría facilitar el parto, ojos y cabello castaños con rizos. Era la opción más razonable y sería quien tendría mi hijo.

—Señorita Dover, él es el doctor Vaughn.

La mujer abrió mucho los ojos al mirarme.

—¿Es médico? ¿O abogado?

—¿No sabe quién soy? —pregunté, ofendido de no haber sido reconocido inmediatamente. Además de haber salido en varias revistas, el nombre de mi familia era conocido en Chicago desde antes de mi nacimiento.

Karoline hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Disculpen la falta de conocimiento de la señorita Dover —se apresuró a decir Diana Shaw para tratar de arreglar la situación—. Ella no está muy atenta al ámbito médico.

—Siéntense, por favor. —Me encogí de hombros—. Mi abogado trajo el contrato para que la señorita Dover lo firme. —Abrí mi saco y saqué un talonario de cheques—. Una vez firmemos, haré el adelanto como se acordó.

La mujer me miró, luego a la doctora, y asintió con la cabeza.

—¿Dónde debo firmar?

—¿No tiene un abogado con usted? —preguntó Norton.

Karoline negó con la cabeza.

—Primero, creo que es importante que lea el contrato —dijo él mientras lo abría y sacaba una copia, entregándosela—. Lo más importante es que, a partir del momento en que firme, algunas decisiones serán tomadas exclusivamente por el doctor Vaughn. Las que le conciernen a usted se limitarán hasta el final del periodo de lactancia, cuando entregue al bebé para que él se haga cargo y se desvincule completamente del niño.

—¿De qué está hablando?

—Cualquier tratamiento médico, más o menos invasivo, que deba recibir durante este periodo debe ser aprobado por el contratante. Sus comidas también serán supervisadas por él; un nutricionista será asignado por el doctor Vaughn y deberá seguir estrictamente el plan alimenticio que se le dé. También deberá tomar toda la medicación y hacerse los exámenes que se le indiquen.

—Entendido. En cuanto a la comida... —Se mostró incómoda, pero mi abogado parecía adivinar lo que pasaba por su cabeza.

—Los costos de alimentación, tratamiento médico y cualquier necesidad derivada del embarazo correrán a cargo del contratante.

—Entiendo.

—Ah, y una cosa más. Debe abstenerse de tener relaciones sexuales durante el embarazo y el periodo de lactancia.

—Está bien. —La mujer no pareció tan incómoda o molesta cuando Norton le dijo que no podría tener sexo con nadie mientras estuviera esperando mi hijo.

Este término lo había pedido que mi abogado lo incluyera, no quería que estuviera teniendo sexo con ningún hombre mientras mi hijo estuviera en su vientre.

Esperamos un poco mientras leía el contrato, aunque dudaba que cuestionara alguna cláusula.

—¿Puedo firmar?

—Sí. —El abogado le entregó un bolígrafo.

—Gracias.

Karoline firmó el contrato, luego lo firmé yo y, finalmente, la clínica que intermediaría todo el proceso.

—Listo. —Norton tomó un sobre y le entregó una copia a Karoline—. Esta es suya.

La mujer asintió, luego me miró. Nos observamos por unos segundos y luego desvié la mirada, presumiendo lo que esperaba de mí.

Llené el cheque y se lo entregué. Tendría que hacer otro para la clínica con los costos del tratamiento y la fecundación, pero no me preocupaba cuánto gastaría. Ganaba millones al año como cirujano, además de mi participación en las ganancias como heredero del hospital.

—Puede cobrarlo en cualquier banco.

—Gracias.

—Eso es todo por ahora, supongo. —Miré a la doctora Shaw.

—Sí. Me pondré en contacto cuando sea el momento de recolectar el esperma.

—Perfecto.

Miré a mi abogado y salimos juntos.



Karoline

Capítulo doce

Miraba el dinero como si estuviera soñando. Nunca había tenido tanto en mis manos. Sin embargo, junto a los billetes de cien dólares, estaba el contrato que me recordaba lo que había aceptado. Sentía como si fuera alguien que le hubiera vendido el alma al diablo, aunque no fuera para tanto.

Al día siguiente de firmar el contrato, había cobrado el cheque. Eso significaba que ya no había marcha atrás, pero durante los días siguientes, todo lo que hacía era quedarme mirando el dinero y preguntándome si realmente estaba dispuesta a enfrentar las consecuencias.

Escuché un ruido proveniente de la sala y me di cuenta de que el sofá estaba siendo empujado. Aún no había llamado a nadie para reparar el daño que Carter había causado en su última visita.

—Karoline, ¿dónde estás, puta de mierda? —dijo, y rápidamente tomé un poco más de la mitad del dinero y escondí el resto debajo de la almohada.

—Ya voy —respondí.

Caminé hacia él con un poco más de confianza que la última vez y me enfrenté al hombre amenazante que estaba parado en el medio de la habitación.

—¿Dónde está mi dinero? —preguntó.

—Aquí. —Le extendí los billetes.

Él abrió los ojos como platos y no pudo disimular la sorpresa. Probablemente esperaba llegar allí, quitarme algo de dinero y darme una paliza peor que la de la última vez.

—¿Cómo lo conseguiste? —Examinó los billetes.

—Eso no importa.

—¿Pediste un préstamo a otra persona?

—Si lo hice, ya no es tu problema. Aquí tienes lo que te debo, más los intereses. Estamos a mano.

—¿Crees que me vas a engañar con dinero falso? —Apretó los dientes, aún desconfiado. Iba a ser mucho más difícil deshacerme de él de lo que había imaginado.

—Es dinero real. Puedes revisar cada uno de los billetes. Lo saqué del banco.

—¿Qué banco te prestó dinero?

—Tienes tu dinero. Lárgate —dije, señalando la puerta que él mismo había destrozado.

Carter me miró, pero guardó los billetes.

Se tardó un poco en irse, pero finalmente pude respirar tranquila.

Estaba libre de ese monstruo, pero ni de lejos de todos mis problemas, porque para librarme de uno, me había metido en otro…


James

Capítulo trece

Escuché un golpe en la puerta y levanté la cabeza para mirar hacia el sonido.

—¿Quién es? —pregunté.

—Soy yo, ¿puedo entrar? —Escuché la voz de Jaqueline.

—Claro, pasa.

Mi hermana abrió la puerta y me miró.

—Vi que ya no tienes más cirugías hoy.

—Los tumores y edemas tomaron un descanso. —Pasé la aguja por el tejido.

—¡Espera! ¿Qué estás haciendo? —Curiosa, mi hermana se acercó a la mesa y se inclinó para observar lo que me mantenía ocupado en los últimos minutos.

—Bordando.

—¿Tú, bordando? —Comenzó a reírse.

—Ayuda a mantener la precisión en mis manos. Te recomiendo el ejercicio.

Jaque siguió riendo durante un buen rato, pero no insistió más en el tema.

—¿Quieres salir a beber hoy? Termino mi turno en una hora y, si no llega algún caso de emergencia, puedo disfrutar con mi hermano mayor.

—¿Disfrutar?

—Deberías agradecerme, porque soy la única persona en el mundo que disfruta de tu compañía.

—Discrepo de eso.

—¿Quién más ha dicho algo así? —Se inclinó sobre la mesa y frunció los labios.

—Puedo hacer una lista.

—¿Cuál de ellas no pagaste?

Me quedé en silencio y Jaqueline se rió.

—Si yo fuera tú, aprovecharía, porque en mi próximo día libre tengo planeado salir con Cristal para organizar la fiesta de cumpleaños de Adán. Ella ha estado evadiendo a mamá, pero aceptó mi ayuda.

—Pues ve tranquila.

—¡James!

—En realidad, pensaba ir a otro lugar cuando termine aquí.

—¿Qué lugar? ¿Un burdel? —Rodó los ojos, juzgándome sin que yo dijera nada.

—Es mucho más simple y los límites están bastante claros.

—¡Ah, ya! Entonces ve y diviértete. —Mi hermana giró sobre sus talones y se dirigió a la puerta, pero se detuvo cuando me escuchó hablar.

—No tiene nada que ver con prostitutas.

—¿Mmm?

—¿Me prometes guardar el secreto?

—Sabes que soy un ataúd.

—Planeo ir a un lugar y puedes acompañarme.

Mi hermana volvió hacia mi mesa y me analizó. Luego le conté mis planes para el final de mi turno.



Karoline

Capítulo catorce

Lamí mis dedos después de disfrutar de pollo frito. Ni siquiera recordaba la última vez que había comido algo así. Solté un suspiro largo y profundo. Apenas podía creer que, después de tanto tiempo, tenía dinero para pagar una comida decente.

Pagué la cuenta de la luz y me prometieron que la reconectarían al día siguiente. También había llamado a un carpintero para arreglar la puerta. Esa sería la última noche que dormiría con el sofá como trabapuertas.

Finalmente, estaba saliendo del fondo del pozo.

Gemí al sentir un cólico. La médica me había advertido que podía ocurrir y que era una señal de que toda la medicación que estaba tomando para quedar embarazada estaba dando resultados.

Quedar embarazada...

Intenté alejar cualquier pensamiento emocional y concentrarme en el contrato que resolvería mis problemas. Ya no pasaría hambre, ni tendría que temer a Carter. Tal vez incluso podría hacer un viaje a Disney, como siempre había soñado desde niña.

Escuché un golpe en la puerta y me asusté con el ruido. ¿Sería Carter otra vez?

Ya había pagado lo que debía, él tenía que dejarme en paz. Sin embargo, pronto supuse que no era él, ya que si lo fuera, habría irrumpido en mi casa sin esperar a que respondiera. Finalmente, pensé que podría ser el carpintero. Tal vez había adelantado el trabajo y decidido venir antes. La suerte finalmente podría estar de mi lado.

Me levanté, empujé el sofá y arrastré la puerta para ver quién estaba al otro lado. Me estremecí cuando mis ojos se encontraron con un par de ojos azules muy penetrantes y una postura altiva que reconocí de inmediato.

—¿Señor Vaughn?

Junto a él, noté a una mujer rubia, igualmente hermosa, con ojos también azules y una sonrisa carismática.

—Recibí el plan de alimentación y pedí a la clínica tu dirección para poder llevarte al supermercado.

—Ah, nadie me avisó nada. —Me sentí algo incómoda.

—¿Llegamos en un mal momento? —preguntó la mujer mientras me miraba de arriba abajo.

—Eh... no.

—¿Qué pasó con la puerta? —Indicó con un gesto.

—Un accidente.

—¿Podemos entrar?

Asentí con la cabeza y di un paso atrás, apoyando la puerta contra la pared, permitiéndoles entrar.

El señor Vaughn tocó el interruptor y lo movió hacia arriba y hacia abajo, pero la luz no se encendió.

—Hoy la cena fue a la luz de las velas. —Intenté hacer una broma, pero supongo que no

me salió bien, porque en la penumbra observé cómo sus expresiones se volvían cada vez más cerradas.

—¿Por qué no tienes luz? —siguió preguntando la rubia.

—Pagué la cuenta ayer y me prometieron que la reconectarían mañana. También vendrá el carpintero.

—¿Estabas comiendo pollo frito? —El señor Vaughn no le prestó atención a lo que había dicho.

—Sí...

—¿Te olvidaste del contrato? —El tono de su voz se hizo aún más brusco y me asustó un poco.

—James. —La mujer lo tocó en el hombro—. Solo fue por hoy.

—Tu esposa es amable. —Sonreí hacia ella.

—¿Esposa? —La mujer comenzó a reír—. No soy su esposa, soy su hermana. Fuera de mí, la única mujer con la que mi hermano no tiene relaciones pagando es nuestra madre.

—¡Ah! —Me sentí avergonzada, no esperaba conocer a un miembro de su familia de esa forma. Aunque fue bueno, porque ella parecía mucho más amable—. Bienvenida a mi casa.

—James, ella no puede quedarse aquí.

—¿Cómo que no? —Levanté las cejas.

—Mira este lugar. No hay luz, ni seguridad...

—Ella estaba comiendo pollo frito —murmuró él.

—¡Gente, esperen! Esta es mi casa. Voy a solucionar lo de la luz.

—Vas a hacer tus maletas —ordenó James en un tono autoritario.

—¿Mis maletas? ¿Cómo que mis maletas, señor Vaughn?

—Te voy a llevar a mi departamento.

—Espera, eso no está en el contrato.

—Allí estarás más cómoda. —La voz de su hermana incluso me calmó.

—¿Para vivir allí?

—No te preocupes. James pasa más tiempo en el hospital que en casa.

—No creo que sea una buena idea.

—Mi departamento es mucho mejor que esta pocilga.

—¡James! —Ella lo regañó.

—Puede que no te guste, pero es el único lugar que tengo.

—Vamos a hacer lo siguiente. —Jaqueline dio un paso hacia mí y me tocó el hombro—. Vienes con nosotros, y si no te sientes cómoda allí, te traigo de vuelta. Por lo que entendí, la inseminación ocurrirá en unos días y cuando estés embarazada es mejor que estés en un lugar más seguro.

La miré a ella y a él unas tres veces. No estaba en mis planes abandonar mi apartamento

y quedarme en la casa de un desconocido.

—¿Tú también vives allí?

—No, pero cuido de mujeres embarazadas. Te voy a dar mi número de teléfono y puedes llamarme siempre que lo necesites.

—Creo que lo mejor es que me quede aquí. —Di un paso hacia atrás.

—Deja de ser terca, haz tus maletas —siguió imponiéndose él.

—James, no se hace así. —Su hermana trató de suavizar la situación.

—¿Hay un cuarto donde pueda quedarme? —Por un momento, una vocecita dentro de mí me dijo que tal vez no sería tan malo. Desaparecería por un tiempo y si Carter volvía, no me encontraría.

—Sí, claro. —Sonrió ella.

—Haz las maletas. —Insistió él.

—Está bien. —Fui al armario, tomé el plato con la vela y lo llevé conmigo a mi cuarto.


James

Capítulo quince

No planeaba llevar a esa mujer a mi apartamento, pero estaba seguro de que no iba a poder soportar a Jaqueline en mi cabeza, de tanto que me iba a volver loco con su actitud.

Pensaba que la mujer que había contratado sería pobre, pero no imaginaba que tanto. Yo había nacido en una cuna de oro y siempre había tenido todo, estaba tan lejos de una situación como esa que ni siquiera me había planteado que fuera posible. No tenía luz, el apartamento era minúsculo y estaba comiendo basura. Me sorprendió que los exámenes dijeran que estaba saludable. Parecía prácticamente imposible que pudiera tener un embarazo de calidad en ese basurero.

—Me vas a ayudar a cuidarla —anuncié a mi hermana, que había sacado esa idea al principio de la conversación.

—Como si no lo fuera a hacer.

—Genial.

—Aún creo que te has vuelto loco, pero si ese es el plan, te ayudo. ¿Qué piensas hacer? ¿Vas a presentársela a mamá?

—¡Claro que no! Es solo un vientre de alquiler.

—Ella va a tener tu hijo, James.

—Eso, solo va a tener a mi hijo. Después regresa a ese basurero y yo me quedo con el niño.

Jaqueline movió la cabeza en señal de desaprobación, pero no dijo nada más. Estábamos en el inicio de la sala y la única luz venía del pasillo, pero no pasó mucho tiempo hasta que vi una llama aparecer en el horizonte y Karoline apareció sosteniendo una pequeña maleta.

—¿Dónde están las demás?

—Esto es toda la ropa que tengo.

—Dámela —dijo Jaqueline, tomando la maleta de sus manos y entregándomela sin siquiera preguntarme si quería cargarla—. Vamos a cuidarte.

Salimos del pequeño apartamento y Karoline hizo un esfuerzo por cerrar la puerta rota. Ni siquiera pude imaginar qué pudo haber sucedido para que quedara en ese estado.

Mi coche estaba estacionado al otro lado de la calle y vi a un par de niños mirándolo. No era un vehículo muy común en esa parte de la ciudad. Admito que me alegró mucho salir de allí lo más rápido posible. De alguna manera, llevar a Karoline a mi apartamento era una buena excusa para no tener que volver a poner los pies ahí nunca más.

Conduje lo más rápido posible y, durante el trayecto hasta el estacionamiento de mi edificio, nadie habló. Jaqueline estaba sentada al lado mío, en el asiento del copiloto, y Karoline estaba en el asiento trasero, abrazada a su pequeña maleta como si fuera lo más valioso que tuviera.

Estacioné el coche y Jaqueline fue la primera en bajarse, abriendo la puerta.

—Vas a ver la vista increíble que tiene la sala —dijo, poniéndole la mano en el hombro a Karoline y guiándola hacia el ascensor, dejándome atrás.

Entré con ellas antes de que se cerrara la puerta metálica y presioné el botón para el piso. Subimos en silencio, solo observando a Karoline. Era un medio para un fin y pensaba que podría lidiar con su presencia por un tiempo. De todas formas, tendría que convivir con ella cuando

diera a luz. Así que parecía mejor tenerla cerca desde antes y poder controlar el proceso.

Esa cubeta de pollo frito era un veneno para su corazón, y todo lo que comiera acabaría yendo a mi hijo.

Saqué la llave del bolsillo y abrí la puerta, Jaqueline pasó adelante, empujándola hacia adentro. Todo el apartamento de Karoline seguramente cabría dentro de mi sala y la expresión de asombro de ella no me sorprendió.

—Te vas a quedar aquí —dijo Jaqueline, guiándola por el pasillo hacia uno de los cuartos de huéspedes.

Aunque vivía solo, el apartamento ocupaba todo el piso, tenía cinco habitaciones, una de ellas convertida en oficina y otra en gimnasio. Pronto reformaría otra para que alojar a mi hijo, pero eso era algo que podría esperar un poco.

—¿Estás segura? —preguntó Karoline, encogiéndose mientras sus ojos recorrían el lugar.

—Sí. Si necesitas algo, James te va a ayudar. ¡Ah, tiene suite! —Señaló la puerta.

—¡Este lugar es enorme!

—Y tú vivías en un cubículo.

—¡James! —Intentó contenerme Jaqueline—. Si quieres tomar un baño o cambiarte, siéntete en casa.

Mi hermana se acercó a mí y cerró la puerta, dejándola sola.

—Estás exagerando —dije, torciendo los labios.

—Solo estoy haciendo que se sienta más cómoda.

—En el contrato...

—Hermano —Jaqueline dio un par de golpecitos en mi hombro—. Esa mujer es una persona y va a ser la madre de tu hijo. Necesitas ser un poco más amable con ella.

—No necesito hacerlo.

Jaqueline frunció el ceño y yo me encogí de hombros.

—Creo que ahora necesito un trago —dije, dándome la vuelta y caminando por el pasillo hasta la cocina.

—¿Tienes jugo de naranja? —preguntó Jaqueline, siguiéndome.

—En la nevera.

—Pide pescado a la parrilla para los tres.

—Ella acaba de comer una cubeta de pollo frito.

—Puede que tenga hambre más tarde.

Seguí con cara de pocos amigos.

—Está bien, solo para nosotros dos, entonces —dijo Jaqueline, tirándose en mi sofá, pero sin dejar de mirarme mientras yo iba hacia la bodega a sacar una botella de whisky y servirme una copa.

Pensaba que sería fácil tener a ese hijo, pero ese fue el primer día en que mis planes empezaron a fallar, y Karoline ni siquiera estaba embarazada aún.



Karoline

Capítulo dieciséis

No me atreví a salir de la habitación en la que me habían dejado durante la noche. Tenía miedo de lo que pudiera encontrar afuera, como si estuviera en un sueño que rápidamente se transformaría en una pesadilla.

Me despertó la luz del sol que entró por la cortina que había quedado un poco abierta. Oler el almohadón me sorprendió: el suavizante que habían usado para la funda olía delicioso. Todo era tan suave, desde las sábanas hasta la cobija. No recordaba la última vez que había dormido tan bien y despertado tan relajada.

Miré hacia la puerta. Las bisagras estaban en su lugar y no parecía que alguien hubiera forzado la entrada. Por un momento me sentí segura, pero pronto recordé al dueño de todo ese lujo. Lo había cruzado dos veces y no me pareció el hombre más amable del mundo, a diferencia de su hermana. Nadie me había tratado tan bien como ella en los últimos tiempos y, por raro que sonara, eso me hacía sentir un poco desconfiada.

Me levanté de la cama cuando escuché un ruido en el pasillo. ¿Estaría esperándome para que me levantara? Como no estaba en mi casa, sabía que no podía quedarme demasiado tiempo allí.

Fui al baño, me cepillé los dientes y me cambié de ropa. Salí de la habitación y observé el enorme pasillo vacío. Escuché una voz femenina y seguí el sonido, esperando que fuera la hermana de James.

—Su periódico, señor —dijo una mujer de unos cuarenta años mientras hablaba con James, vestida con el uniforme de sirvienta.

Él estaba sentado frente a una mesa enorme de desayuno y levantó la vista para mirarme

cuando escuchó mis pasos. Esperé al menos que me saludara, pero no fue así.

—Dorothy, ella es una invitada —dijo, sin mirarme—. Estará bajo tu cuidado durante los próximos meses. Quiero que la vigiles mientras yo no estoy. Asegúrate de que esté cómoda y sírvele las comidas. Te entregaré las recomendaciones de la nutricionista.

—Sí, señor —respondió ella, girándose sobre sus talones y mirándome directamente—. Hola, es un placer.

—Hola —respondí, algo tímida.

—¿Cómo te llamas?

—Karoline Dover.

—Siéntate, señorita —dijo, señalando una silla vacía en la mesa—. ¿Hay algo específico que quieras que prepare para tu desayuno?

Hice un gesto con la cabeza, negando. Ya había demasiadas opciones sobre la mesa, no sabía ni por dónde empezar, y me preguntaba cómo podían servirle tanta comida a un solo hombre.

—Karoline —me sorprendí cuando James habló de nuevo—. Dorothy es quien se encarga del mantenimiento del apartamento y atenderá tus necesidades.

—Gracias.

Él dobló el periódico y lo dejó en un rincón de la mesa, luego se secó la boca con la servilleta y se levantó.

—Voy al hospital, tengo un paciente que llega del interior para una cirugía de emergencia.

—Buen trabajo, señor Vaughn.

—Buen trabajo —repetí lo que dijo la sirvienta, y él solo asintió antes de salir del apartamento sin decir nada más.

Tomé valor y agarré un panecillo de la cesta, masticando despacio, hasta que Dorothy decidió empezar a hablar.

—Él no suele traer mujeres aquí, imagino que tú eres especial.

—¿A James no le gustan las mujeres? —dije en tono de broma, pero al mismo tiempo me hizo pensar. Para un hombre tan atractivo y rico como él, podía ser una buena excusa para que no tuviera hijos como cualquier otro hombre normal.

—Le gustan, pero no las trae aquí. Por lo que he escuchado, las lleva a hoteles. Pero tú estás aquí. Perdona mi curiosidad.

—No pasa nada —le respondí, tomando otro bocado de pan—. No soy exactamente lo que crees. No tengo nada que ver con el señor Vaughn.

—¿No? —frunció el ceño.

Negué con la cabeza.

—Digamos que él me necesita para una experiencia médica y fue lo suficientemente amable como para dejarme quedar aquí mientras eso sucede No tengo mucha estructura donde solía vivir.

—¿Amable? —La mujer casi suelta una risa—. ¿Estamos hablando del mismo James Vaughn?

—¿Por qué?

—Olvídalo. No dije nada.

—¡Empezaste y ahora terminas!

—Necesito este trabajo.

—Mi boca es un ataúd —dije, haciendo un gesto como si cerrara los labios con un candado—. Prometo que no diré nada.

Dorothy soltó una risa y me senté, invitándola a tomar una silla junto a mí para que pudiera hablar conmigo. Después de todo lo que había pasado, ese momento se sentía casi como un milagro. Poder charlar con alguien que no me estaba dando condolencias por la muerte de mi madre ni exigiendo algo de mí.

—Trabajo para el señor Vaughn desde que compró este apartamento, hace unos tres años. Paga bien, pero tiene sus particularidades. Le gusta todo a su manera.

—Eso ya me di cuenta.

—Él es bastante imponente y no sabe decir “por favor” ni “gracias".

—También lo noté. —Solté una risita—. Pero Jaqueline parece ser simpática.

—¡Ah, ella es un amor! Afortunadamente, aparece más seguido que la señora Vaughn, que siempre está queriendo corregir cómo hago mi trabajo.

—¿Señora Vaughn? —Fruncí el ceño.

—La madre de ellos. Una perra pretenciosa —Dorothy hizo una mueca que me sacó una enorme carcajada.

—Entonces ya sabemos de dónde lo heredó James.

—No conozco a su padre, pero es muy probable que sí.

—Vas a ser una buena compañía, Dorothy.

—Gracias, señorita…

—Karoline —la corregí rápidamente—. Puedes llamarme Karoline o simplemente Karol.

—Gracias, Karol.

—De nada.

—¿Quieres que prepare algo más para comer? —Indicó la mesa del desayuno.

—Ya hay suficiente para alimentar a un batallón aquí. Solo quiero comer un par de galletas y tomar un vaso de leche.

—Voy a preparar tu próxima comida de acuerdo con el plan alimenticio que me dio el señor Vaughn.

—Está bien. Creo que si salgo ahora, puedo regresar antes del almuerzo.

—¿Vas a salir?

—Sí, necesito ver cómo está mi apartamento y solucionar algunas cosas por allá.

Dorothy asintió y yo terminé de desayunar. Luego me arreglé y salí del apartamento de James. Él me había llevado a su casa, pero no tenía intención de hacerme prisionera. Además, había dejado mi hogar con la puerta forzada y sin la poca seguridad que el lugar ofrecía.

Tuve que hacer varias conexiones de autobús y tardé más de lo que había planeado, pero en el momento en que llegaba a mi casa, me encontré con el carpintero viniendo en sentido

contrario.

—¡Eh! —Lo detuve.

—Vine a arreglar la puerta, pero no te encontré, ya me iba.

—Dormí en otro lugar y me retrasé, pero ya estoy aquí.

Me miró molesto y bufó.

—¡No tengo todo el día, mujer!

—Ya llegué. No puedes irte sin solucionar mi problema. Perdón por el retraso, pero vuelve allá, por favor.

—Está bien, pero quiero una taza de café.

—¡Está bien! —Exhalé con fuerza. El tipo me pareció algo descarado, pero necesitaba agradarlo para que hiciera bien su trabajo.

No podía quedarme lejos de casa y dejar todo expuesto. Podía ser pequeño, como dijo James, pero aún así era todo lo que tenía y el lugar donde guardaba todos los recuerdos de mi madre, tanto buenos como malos. No podía permitir que lo saquearan o destruyeran.

Acompañé al carpintero de vuelta a mi apartamento y, mientras él comenzaba a trabajar en la puerta, me dirigí a la cocina. Saqué el frasco de café que estaba casi vacío en uno de los armarios y puse el agua a calentar. Ojalá tuviera una de esas máquinas de café que había visto en el apartamento de James, pero eran carísimas.

Mi mamá siempre me decía que debíamos hacer lo mejor con lo que teníamos.

Serví una taza y regresé a la sala, viendo al hombre dando martillazos en la puerta.

—Aquí está el café.

—Gracias —dijo, un poco más amable al aceptar la bebida—. Alguien le dio duro a esa puerta. ¿Anduviste peleando con tu novio? —Rió.

—No tengo novio, pero el origen del problema ya está resuelto. Ahora solo necesito que mi puerta vuelva a cumplir su función.

—Puedes contar conmigo. —Terminó de tomar el café y me devolvió la taza.

—Te lo agradezco.

Volví a la cocina y me acerqué a un interruptor. Fue emocionante ver cómo se encendió la luz. Afortunadamente, la habían reconectado. Más allá de recuperar las mínimas condiciones para sobrevivir, era una señal de que mi vida realmente comenzaba a encarrilarse.

Fui a mi cuarto y encontré una foto mía con mi mamá. En ella estábamos en el zoológico de Lincoln Park, divirtiéndonos mucho antes de que la enfermedad le robara la vitalidad.

—Todo va a estar bien, mamá —prometí a la foto—. Voy a saber cuidarme y no voy a tener que preocuparme por tantos problemas.


James

Capítulo diecisiete

—¡No! —grité cuando escuché el sonido de los monitores indicando la falta de actividad cerebral en el paciente.

—Doctor Vaughn...

—Una mili... —me interrumpió uno de los residentes.

—La actividad cerebral del paciente cesó. Él ha muerto, señor.

Examiné los monitores. El corazón seguía latiendo y, de alguna forma, mantenía las funciones vitales del niño tendido en mi mesa de operaciones. Sin embargo, sin actividad cerebral, jamás volvería a despertar.

—Informen a la familia sobre el fallecimiento y hablen acerca de la donación de órganos. —Me aparté de la mesa de cirugía, me quité los guantes y los tiré a la basura de material biológico, luego fui a lavarme las manos.

La mesa de operaciones era el lugar donde no estaba dispuesto a perder. Una derrota me desmoronaba. No había nada de lo que me sintiera más orgulloso que mi capacidad para salvar vidas, fallar no era algo que aceptara.

Me quité la cofia y la metí en el bolsillo mientras caminaba por el pasillo. Me detuve frente al panel de cirugías y no encontré mi nombre. Afortunadamente, no estaba programada otra operación para mí ese día. Fui al elevador, subí hasta el piso de administración y caminé hasta la oficina del presidente.

La secretaria me anunció y me permitió entrar.

Tomé el picaporte de la puerta y vi a mi hermano mayor revisando unos documentos sobre la mesa, rodeada de pequeñas fotos familiares y recuerdos. Le gustaba tener a los niños cerca, aunque fuera en fotos, y pensar en ellos me dejó aún más afectado.

—¡James!

—Hola, John.

—¿Todo bien? —Mi hermano entrecerró los ojos, como si intentara examinarme mejor.

—Sí. —Mantuve la postura erguida para no admitir que estaba afectado.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Quiero ir a casa.

—Perdiste a un paciente. —Mi hermano llegó a esa conclusión sin que yo dijera nada. Tal vez se reflejaba en mi rostro.

—Sí, lo perdí. No tengo más cirugías programadas para hoy. Si me necesitan, solo llamen.

—Puedes irte, James.

Asentí y salí de la oficina de mi hermano.

La gente interactuó conmigo en el camino hasta el estacionamiento del hospital, pero no dije nada, caminando como un fantasma. Lo único que quería en ese momento era estar solo y lidiar con la derrota.

Subí a mi auto y manejé hacia mi apartamento. No me molesté en encender la radio, solo escuché el ruido caótico del tráfico. Estacioné y subí al piso de mi departamento.

Abrí la puerta y me sorprendió ver a Karoline sentada en el sofá viendo televisión. Se me había olvidado que ella estaba allí y que mi lugar solitario ya no lo era tanto.

—¡Hola! —Me saludó con una sonrisa, pero yo no respondí. Fui directo a mi cuarto, como si no la hubiera visto.

Me senté en la cama y me quité la ropa del hospital que aún llevaba puesta. La tiré al suelo, quedándome solo en ropa interior. Abrí la mesita de noche y saqué un pequeño cuaderno de notas con la tapa de cuero.

Pasé algunas páginas hasta encontrar una vacía. Tomé un bolígrafo y escribí sobre el paciente que había perdido. Ese era un cuaderno que nunca mostraba a nadie, pero en el que anotaba sobre las muertes de personas por las que me sentía responsable.

Sin lugar a dudas, esa era la parte más pesada de mi trabajo.

Dejé el cuaderno sobre la cama y salí de mi cuarto aún algo desorientado. Pasé junto a Karoline en el pasillo y me dirigí a la sala. Abrí la puerta de cristal que daba a la piscina. Tiré mi ropa interior al suelo y salté al agua.



Karoline

Capítulo dieciocho

Sabía que él era grosero, egocéntrico y maleducado. Bastó un tiempo de convivencia y una mañana de charla con Dorothy para estar segura de eso, pero cuando entró en la sala ese día, fue diferente.

El peinado de lado ya no estaba, su ego siempre evidente había desaparecido y era como si su prepotencia hubiera sido atropellada por un camión. James parecía derrotado.

—¡Hola! —Traté de llamar su atención, pero me ignoró.

Pasó junto a mí como si ni siquiera me hubiera visto en el sofá y se dirigió al pasillo. Sentí una mezcla de curiosidad y desconcierto al verlo de esa forma, y eso me impulsó a seguirlo. Estaba segura de que sería grosero conmigo, pero podía lidiar con eso.

Me detuve en la puerta del cuarto y lo vi quitarse el uniforme del hospital. Me sentí incómoda y casi volví corriendo a la sala, pero sus anchos hombros, con músculos bien definidos y el abdomen marcado, me hipnotizaron.

No me sentí tan mal por espiarlo, ya que él estaba en ropa interior. Escribió algo en un cuaderno y luego salió del cuarto en mi dirección. No tuve tiempo de correr para no delatar que lo estaba observando, pero él no dijo nada, ni siquiera para regañarme.

La falta de esa actitud de superioridad me dejó claro que algo estaba pasando.

Pensé en seguirlo, pero el cuaderno en la cama me llamó más la atención. Fui lo suficientemente atrevida como para entrar en su espacio y abrirlo. Encontré nombres, fechas de nacimiento, edades y muertes. La fecha de ese día correspondía a un niño de diez años.

Aunque no entendía nada de medicina, ver ese cuaderno, junto con su reacción, me permitió deducir que eran personas que no había logrado salvar.

Había pasado mucho tiempo en hospitales con mi madre, pero nunca había pensado en lo que sentiría un médico al perder a un paciente.

Dejé el cuaderno en su lugar y fui tras James. Escuché el sonido de sus brazadas en el agua y me di cuenta de que había entrado a la hermosa piscina que había en el área exterior del apartamento.

Noté la ropa interior cerca de la orilla y me di cuenta de que estaba desnudo, pero aparté cualquier pensamiento sobre el motivo por el cual se estaba comportando de esa manera.

—No fue tu culpa.

James levantó la cabeza fuera del agua y me miró directamente.

—No sabes de lo que hablas. —Gruñó, apretando los dientes.

—Intentaste ayudar al niño.

—¿Estuviste husmeando en mis cosas?

No respondí, porque tenía miedo de hacerle perder los estribos aún más.

—Lo maté.

—Lo dudo.

—Con el tumor, podría haber vivido un par de meses más.

—De todos modos iba a morir.

—Pero no hoy, no por mis manos.

—Lo intentaste.

—No puedo solo intentarlo.

James nadó hacia mí y contuve un suspiro al ver su pecho. Claro, ya había notado que era atractivo, pero no me había fijado tan bien. Sin embargo, me controlé, era el peor momento para pensar en eso.

Yo había pasado por el dolor de perder a mi madre y me sentía tan sola. A veces solo quieres un abrazo en medio del dolor.

Me quité los zapatos y me levanté la blusa.

—¿Qué crees que estás haciendo? —gruñó, cuando me quité los pantalones, quedando solo en ropa interior.

—Voy a entrar.

—Quédate afuera.

Ignoré su orden y salté a la piscina, nadando hacia él hasta quedar frente a él, obligándolo a mirarme.

—Lo siento mucho.

—No necesito tu lástima.

—No es lástima. —Abrí los brazos y lo envolví. Lo apreté contra mí y apoyé mi cabeza en su pecho. Su corazón latía rápido, pero comenzó a calmarse mientras yo lo abrazaba.

James se quejó, no le gustaba lo que había hecho, pero tampoco me echó. Me abracé a él y confieso que yo también me sentí un poco mejor. Hacía mucho que no abrazaba a nadie y lo necesitaba.

Descarté el tiempo o el hecho de que él pudiera hacer algo. Me quedé así, envuelta en sus brazos y con la cabeza apoyada en su pecho.

Abrazarnos nos hacía un bien indescriptible. Aliviaba la tensión y nos hacía sentir menos tristes. Quizá el mundo sería un lugar mejor si la gente se abrazara más.

James apoyó la barbilla en mi cabeza y sentí que sus brazos húmedos subían y me rodeaban la cintura. Me sorprendí cuando él me correspondió, pero no dije nada porque no quería estropear el momento. Podríamos pasar el resto de la tarde y la noche así, con nuestros corazones latiendo lentamente y el calor de nuestra piel relajándonos mutuamente.

Fue entonces cuando recordé que estaba desnudo y mis mejillas se sonrojaron, pero continué allí de pie. Su miembro me tocaba, pero no me importó, no sería yo quien rompiera el abrazo.

—Karoline... —empezó a murmurar mi nombre, pero lo interrumpí.

—Shhh... Quédate así. —Apreté más mi cabeza contra su pecho—. Abrazar hace que duela menos.

Seguimos así unos segundos más, hasta que me di cuenta de que su corazón volvía a acelerarse, aumentando el ritmo del mío como consecuencia, y me pregunté si habría hecho algo mal.

James movió uno de sus brazos, me pasó la mano por la cara y tiró de mi mentón, levantándolo y obligándome a mirarlo.

—No deberíamos haber hecho esto.

—Sí, deberíamos. —Él no era el único que sabía cómo parecer imponente—. Lo necesitabas.

—Quizás necesite algo más que un abrazo.

—Puedo dártelo —dije, demasiado deprisa, incapaz de darme cuenta del alcance de mi vacilación hasta que las palabras escaparon de mi boca.

La presión de sus labios fue más rápida que mi cerebro, que intentaba procesar la situación, para demostrarme que había accedido a su beso. Cedí paso a su lengua y dejé que empezara a explorarme.

¿Tan buenos eran sus besos?

No es que no hubiera besado nunca, pero me daba la sensación de estar en las nubes y era mucho mejor que simplemente abrazarme. Pasé las manos por su cuello y lo agarré por la base, intensificando el momento. Su boca era suave, tersa y me daba sed, aunque agua era algo que no nos faltaba a nuestro alrededor.

En un principio, me había preocupado mucho tener que acostarme con el contratista, pero cuando empezó a recorrer mi cuerpo con aquellas manos firmes y pesadas, borré el miedo de mi mente. Todo mi cuerpo ardió y recordé que el sexo era demasiado bueno. Más aún con un hombre tan guapo como aquel.

Si había una parte racional en mí que me convenciera de no hacerlo, se silenció cuando James me pasó las manos por la espalda y me abrió el sujetador, dejándolo flotando en la piscina. Iba a arrepentirme de haberlo hecho, pero ya me ocuparía de ello más tarde. Por mucho que hubiera salido de fiesta con mis amigos antes del caos, nunca había sido el tipo de chica que sale y se acuesta con un desconocido.

Era la primera vez que me dejaba llevar.

James me apretó contra su cuerpo y sentí el roce de su erección contra mi vulva. El palpitar de mi ingle pronto dejó todo mi cuerpo ardiendo de deseo.

A la mierda, yo quería y solo me importaba eso en ese momento. Luego podría odiarlo o huir.

Bajó las manos, rodeó mis nalgas en el agua y me apretó el culo, haciendo que me restregara aún más contra él. No era solo el hecho de que estuviéramos en la piscina lo que me estaba mojando.

Le apreté los hombros y froté mis pechos desnudos contra el suyo. Mis pezones erectos estaban mucho más sensibles.

James me bajó la tanga y yo moví las piernas, dejando que me las quitara. El agua debería haber estorbado, pero aumentaba aún más mi sensibilidad y me incitaba a frotarme contra él.

El médico me agarró de los muslos y yo me apoyé en sus hombros mientras me levantaba. Me empujó hacia atrás hasta que mi espalda chocó contra el borde de la piscina. Agaché la cabeza para besarlo de nuevo y rodé sobre él mientras me empujaba cuando su verga se colocó en mi entrada.

Sentí un ligero dolor, ya que había pasado mucho tiempo desde mi último polvo, pero la molestia pasó en segundos cuando James empezó a moverse, deslizando su verga adentro y afuera.

Empecé a gemir mientras el placer me abrumaba.

Era delicioso, intenso y no quería que parara. Cuando James se había deslizado casi hasta el fondo, apenas tuve tiempo de que me la metiera de nuevo, moviendo mis caderas hacia él. La posición hizo que su cuerpo rozara mi clítoris, haciéndolo todo aún más delicioso.

Me mordió la boca y me besó con fuerza y fiereza mientras nos regíamos por aquel ritmo intenso.

Le pasé las manos por los hombros, el cuello, el pelo mojado y la cara cuadrada. James, que me apretaba los muslos, subió hasta mi culo y ejerció aún más fuerza mientras aumentaba la velocidad con la que me penetraba.

Gemí, me froté contra él y acerqué mi cuerpo al suyo, pidiendo más. Puede que estuviera haciendo una locura, pero era lo mejor que había hecho en mucho tiempo.

James movió su boca por mi cuello, provocándome escalofríos hasta que me mordió la oreja.

Eché mi cuerpo hacia atrás, pero él me sostuvo mientras yo solo podía dejarme llevar por la deliciosa oleada del orgasmo. Era puro éxtasis mientras él seguía acabando en mí. Sentí la presión de su esperma y rodé fuera de él, diciéndome que no me importaba. Afortunadamente, no sería yo quien cambiara el agua de la piscina.

James no se apartó de inmediato, sino que siguió abrazándome mientras respiraba agitadamente. Apoyé la cabeza en su hombro y me permití recuperarme del momento.


James

Capítulo diecinueve

Todavía estaba dentro de Karoline, con la verga medio dura después de haberme echado un polvo dentro de ella, cuando me di cuenta de lo que había hecho.

Esa era una de las principales razones por las que prefería estar solo cuando estaba enfadado, para evitar hacer alguna locura, como acostarme con una mujer con la que desde luego no quería involucrarme.

Quería tener un hijo, un hijo propio, y podría haber complicado la situación metiéndole la verga a la mujer que gestaba al niño.

Aparté sus muslos de mi cintura y Karoline se apoyó en el borde de la piscina, pues parecía no tener fuerza en las piernas.

—No vuelvas a hacerlo —exigí con firmeza.

—¿Tener sexo contigo?

—Acercarte a mí de esa manera.

—Sería bueno para nosotros. —Intentó tocarme el hombro, pero la esquivé—. Vamos a tener un hijo.

—No —gruñí como un perro feroz—. Yo voy a tener un hijo. Tú solo eres un medio para ese fin. Una vez que nazca el bebé, te irás. No tienes derecho a ese niño, ¿me oyes?

Ella negó con la cabeza, pero tenía los ojos muy abiertos, como si se hubiera sobresaltado.

—Recuerda muy bien tu papel en todo. —Salí de la piscina y seguí las huellas húmedas hasta mi habitación.

Me encerré en la habitación y entré en el cuarto de baño. Abrí el grifo de agua caliente e intenté lavar mi error. Aquel día no había empezado bien, pero parecía que iba a acabar aún peor.

Puede que necesitara sexo, hacía tiempo que no buscaba una revolcada, pero Karoline no era una de esas prostitutas por las que pagaba y luego no volvía a ver. Tendría que vivir con ella en mi departamento durante todo el embarazo.

Eso no podía volver a ocurrir.



Karoline

Capítulo veinte

Quería gritarle, decirle que era un imbécil y que no podía hacerme algo así. Yo no era el tipo de chica con la que se echaría un polvo para luego marcharse así, pero mentiría mucho si dijera que había previsto una reacción diferente.

Había oído muy bien lo que Dorothy y la hermana de James pensaban de él. Puede que llevara poco tiempo viviendo con el tipo, pero era como si ya estuviera toda una vida. Él quería ser padre soltero porque no estaba dispuesto a ceder ante ninguna mujer. Era el tipo de hombre que no toma compromisos, del que ya había oído hablar muchas veces.

Yo había sido un trozo de carne que él solo masticaba y luego tiraba a un lado de su plato. Yo me había ofrecido, no podía estar tan enfadada porque lo había permitido.

¿Me arrepentía? No...

Estuvo bien. Lo único malo era que estaba deseando volver a hacerlo. Quería más del contacto, la presión de los cuerpos y toda la sensación. Puede que después me sintiera fatal, pero si volvía a intentarlo, apenas sería capaz de mantener las piernas cerradas.

¿Era éste el tipo de efecto que hombres como James Vaughn tenían en la gente? Apoyé las manos en el borde de la piscina y salí, pensando en voz alta.

Sería fácil enamorarme de él y aún más fácil que me rompieran el corazón. Sabía que me arrepentiría de haber aceptado esta locura y pronto quedó claro cuál sería mi mayor reto. Separar mi corazón de esa ecuación y recordarme a mí misma que para James todo giraba en torno a ese contrato.


James

Capítulo veintiuno

Salí del baño secándome el cabello con una toalla y tomé ropa limpia del clóset. Luego me agaché a recoger la que había tirado al suelo y saqué mi celular y mi billetera de ella.

Tenía un mensaje de mi hermana y me quedé pensando seriamente si iba a responder.

Jaque:

¿Estás bien? Fui a buscarte a tu oficina y me dijeron que ya te habías ido. Lo siento mucho por el paciente que perdiste.

James:

Estoy bien.

Jaque:

No tienes que hacerte el duro conmigo.

James:

Ve a fastidiar a John.

Jaque:

No necesito tu mal humor.

James:

Entonces déjame en paz.

Jaque:

Cuando termine mi turno, iré para allá a quedarme contigo.

James:

¿No entiendes lo de déjame en paz?

Jaque:

¿Está Karoline ahí?

James:

Es otro inconveniente.

Jaque:

Deja de actuar como un troglodita con la pobre. Cuando se quede embarazada no puede estar estresándose por tu comportamiento.

James:

Tomé una mala decisión.

Jaque:

Es bonita y saludable. Todo va a salir bien.

James:

Debería haberse mantenido al margen.

Jaque:

¿Qué hiciste?

James:

Tuvimos sexo.

Jaque:

¡No lo puedo creer! ¿Está bien? ¿La lastimaste?

James, por todos los santos, no puedes haber hecho algo así. Esperaba algo como eso de Jason, pero no de ti. Eres un idiota, pero eres buena persona.

James:

¿Qué? Yo no la abusé.

Jaque:

Qué alivio.

James:

Entré a la piscina como siempre y ella vino detrás. Estaba con la cabeza perdida y perdí el control.

Jaque:

Si ella quiso, no veo el problema.

James:

Hay muchos problemas. Ella es solo una incubadora humana. No tengo por qué tocarla.

Jaque:

Dime que no le hablaste así, sino, voy a ir y te voy a dar un golpe.

James:

No le hablé así.

Jaque:

Menos mal.

James:

No debí haberla traído a mi apartamento. La voy a llevar a otro lugar.

Jaque:

¡De ninguna manera! Va a necesitar cuidados y tú tienes que estar cerca.

James:

Contrataré a alguien.

Jaque:

¿Quieres ser papá, no?

James:

Claro que sí.

Jaque:

Entonces, tienes que participar del proceso.

James:

Puedo esperar a que nazca.

Jaque:

Entonces, adopta.

James:

Quiero el mío.

Jaque:

Entonces, sé padre desde el inicio del embarazo.

James:

¿Desde cuándo te metes así en mi vida?

Jaque:

¿Quién es la ginecóloga aquí?

James:

Tú.

Jaque:

Entonces, si quieres que ese bebé nazca de la manera más saludable posible, ¡escucha a la doctora!

James:

Está bien.

Jaque:

Voy a ir a ver cómo están después de mi turno.

James:

De ninguna manera.

Jaque:

Si no colaboras, le voy a contar a nuestros padres lo que estás haciendo.

James:

Ya no somos niños. Eso no va a funcionar.

Jaque:

Apostemos.

James:

Confío en que no se lo contarás a nadie hasta que nazca mi hijo.

Jaque:

No lo voy a hacer, pero vas a tener que colaborar.

James:

Mantendré a Karoline aquí.

Jaque:

Perfecto. Acaba de llegar una paciente de alto riesgo a urgencias, nos vemos más tarde.

Tiré el celular sobre la cama y me dejé caer sobre el colchón, hundiéndome en él. Jaqueline era un dolor de cabeza la mayor parte del tiempo, pero también era la persona que mejor me entendía.

Después de que John se fue a Afganistán y con el historial problemático de Jason, Jaque y yo solo nos teníamos el uno al otro la mayor parte del tiempo. A pesar de algunos amigos esporádicos, no había nadie en quien confiara más que en ella. Aunque, claro, ella tenía un historial terrible de desafiarme.

Esa noche llegó en medio de la noche, interactuó conmigo y con Karoline, pero no preguntó sobre el sexo. Ni siquiera cuando nos quedamos a solas. Revisó la medicación que Karoline estaba tomando y luego se fue. Debo admitir que fue más fácil pasar por todo eso con ella a mi lado.



Karoline

Capítulo veintidós

Después de haber tenido sexo, James se volvió aún más distante y esquivo. Quedó claro que no quería que volviera a suceder, y en el fondo eso me decepcionó un poco. Pero, ¿qué esperaba? ¿Que un hombre como él decidiera que me quería en su vida? Eso no iba a pasar. Yo era solo una chica pobre que había tenido la oportunidad de parar en ese apartamento de lujo con una propuesta loca de darle un hijo a un millonario excéntrico.

—¿Lista para irnos? —Me sorprendí cuando apareció en la puerta del cuarto y me habló directamente.

Ya llevaba más de una semana viviendo en su casa, pero finalmente el proceso de embarazo iba a comenzar. Ese día, iban a recoger nuestro material genético en la clínica para luego hacer la fertilización in vitro.

Al menos tenía a Dorothy. Ella se quedaba en el apartamento durante el día y hacía mi existencia menos solitaria. Hablábamos y hasta me había recomendado algunas clientas, porque seguía intentando vender mis productos. Por más cómoda que fuera la vida que James me ofrecía, ya había recibido demasiados golpes bajos como para no tener mis reservas.

—Estoy. —Cerré la tapa de mi computadora, la dejé en la cama y tomé mi bolso sobre la cómoda—. ¿Viene Jaqueline con nosotros?

—Hoy tiene dos partos de riesgo.

—Espero que todo le salga bien.

—Mi hermana es la mejor.

Ni siquiera me molestó la forma en que lo dijo, ya estaba bastante acostumbrada a esa arrogancia.

—Vamos. —Señaló el pasillo y yo fui adelante.

—¡Hasta luego! —Dorothy me saludó y yo le devolví el saludo.

Aún no le había contado exactamente lo que estaba haciendo allí. Solo le había dicho que James me necesitaba para algo importante, pero tan pronto como quedara embarazada, ella se enteraría.

Llegamos al coche y me senté en el asiento del copiloto. James se puso al volante y no dijo nada más. Ese día tenía un dolor leve de cólico y pensé que debía ser por los medicamentos para la ovulación.

Miraba el camino mientras llegábamos a la clínica. James salió del coche y yo lo seguí. La doctora que me había atendido y la dueña de la clínica ya nos esperaban. Llevaron a James a otra sala y me prepararon para la recolección que se iba a hacer en un quirófano.

—¿Estás bien, querida? —me preguntó la doctora Gilbert, mientras me entregaba la bata para que me cambiara.

—Sí.

Me señaló un baño y entré. Colgué la bata en un gancho y empecé a quitarme la ropa. Primero la blusa, y cuando bajé la cremallera de los pantalones, sentí un cólico más fuerte. No debía ser nada, así que continué con el proceso de desvestirme, pero al quitarme la ropa interior, vi una mancha de sangre.

Faltaban unos días para mi menstruación, pero tal vez toda la medicación había alterado mi ciclo.

Salí del baño cerrando la bata y la doctora Gilbert inclinó la cabeza para observarme mejor.

—¿Te pasó algo?

—Un poco de sangre en la ropa interior, pero no creo que sea nada.

—Según nuestro seguimiento, tu menstruación debe llegar en tres días.

—Debe ser alguna otra reacción. Fue solo un poquito de sangre. No hay por qué preocuparnos, ¿verdad?

—Espero que no. —Parecía tensa, y yo me puse más nerviosa aún—. Voy a pedir algunos exámenes antes de la recolección de óvulos. Quiero descartar cualquier infección.

—Está bien.

—Puedes esperar aquí, en esa silla. —Señaló una en la esquina de la sala—. Voy a hablar con la doctora Shaw y ya regreso.

Dejé que se fuera y me abracé a mí misma, con miedo de que algo saliera mal de repente. Podría ser una señal para que no cometiera esa locura.


James

Capítulo veintitrés

No había nada más humillante que tener que eyacular en un frasco de plástico. Me habían llevado a una sala con videos porno y revistas con mujeres desnudas. No recordaba la última vez que me había masturbado y no podía dejar de sentirme ridículo.

Me senté en la silla y finalmente bajé la cremallera de mi pantalón. Si quería su hijo, tenía que hacer eso. Pasé la mano por mi pene, que estaba flácido por toda la tensión, y cerré los ojos. Pronto lo sentí endurecerse cuando mi mente se llenó con la imagen de Karoline entrando en la piscina con ropa interior y nadando hacia mí. Estaba comenzando a masturbarme cuando escuché un golpe firme en la puerta.

—¡Doctor Vaughn!

—Aún no he terminado.

—Necesitamos hablar.

Molesto, dejé el frasco sobre una mesa redonda al lado y me subí los pantalones. Fui hasta la puerta y la abrí.

—¿Qué pasa?

—Perdón por la intromisión, pero ha sucedido algo imprevisto.

—¿Qué?

—¿Puedo entrar? —La doctora Shaw señaló el interior de la sala y yo di un paso atrás, permitiéndole entrar—. Tengo una noticia algo inesperada.

—¿Cómo? ¿No lograron recoger los óvulos de Karoline?

—Ella ni siquiera llegó al quirófano.

—¿Por qué no? Llevo suficiente tiempo aquí como para que al menos la extracción hubiera comenzado.

—La señorita Dover ya está embarazada.

—¿Cómo? —La afirmación me dejó completamente sorprendido.

—Nosotros también nos estamos haciendo la misma pregunta.

Apretó los dientes al imaginar que ella pudo haber tenido sexo con otro hombre y no me gustó para nada la imagen mental que me vino a la cabeza.

—¿Qué dijo ella?

—Aún no hemos hablado con ella. Pensamos que era mejor venir primero a hablar con usted, ya que es el principal interesado.

—¿Cómo no lo vieron antes? —Elevé la voz ante la posibilidad de estar siendo burlado por ella y por la clínica.

—En realidad, es reciente. La fecundación ocurrió hace máximo unos diez días. Cuando se estaba preparando para la extracción, la señorita Dover reportó un pequeño sangrado, un síntoma de la implantación. Con la preocupación de que fuera alguna infección, la doctora Gilbert pidió un hemograma completo, que mostró un aumento en los niveles de HCG. No hubo tiempo para un retraso menstrual, pero Karoline Dover ya está embarazada. Por lo tanto, no podemos continuar con la fertilización in vitro.

Apreté los dientes y los puños.

—Lamento el inconveniente, señor Vaughn. No esperábamos que algo así sucediera, pero encontraremos otra candidata.

Negué con la cabeza. Estaba demasiado irritado como para simplemente irme. Había invertido tiempo y dinero en esa mujer.

—Quiero saber qué tiene para decir ella.

—¿Está seguro?

—Sí.

—Como desee. Sígame hasta la sala de reuniones.



Karoline

Capítulo veinticuatro

Sin explicarme qué estaba pasando, la doctora Gilbert me pidió que me pusiera la ropa y la acompañara.

—¿Hay algo mal en mí? —Tenía la garganta seca y las manos frías de sudor mientras caminaba detrás de ella por el pasillo.

—Vamos a hablar con la doctora Shaw y con el contratante.

—¿He agarrado alguna infección?

La doctora Gilbert negó con la cabeza, pero no me dio ninguna explicación de lo que estaba ocurriendo.

Al entrar en la sala de reuniones, James me miró como un perro rabioso y yo me sentí aún más confundida.

—¿Con quién has estado acostándote?

—Señor Vaughn, por favor —intervino la doctora Shaw, intentando frenar la pregunta que me avergonzó.

—¿Por qué está preguntando eso? —Me encogí, cruzando los brazos frente a mi cuerpo.

—Señorita Dover —dijo la doctora Gilbert, colocando amablemente su mano sobre mi hombro—. Está embarazada.

—¿Embarazada? —Me sorprendí.

—Hace algunos días. El sangrado fue el embrión implantándose en su útero.

—¡No lo puedo creer! —Me quedé sin palabras y sin aliento.

—¿De quién es? —James gruñó.

Me enojé con su actitud y lo miré de vuelta, irritada.

—¡Tuyo!

—¿Qué?

—Fuera de aquel día en la piscina, hace años que no tengo sexo con nadie. Mi madre estaba con cáncer y no tenía tiempo para eso. —No le debía explicaciones, pero igual las di.

Las doctoras se quedaron con los ojos abiertos y la boca cerrada.

—¿Tuvieron sexo? —La doctora Shaw se giró hacia James, exigiendo una respuesta de él.

—Sí. —Tuvo que admitirlo—. Hace unos seis días.

—Es una fecha posible para la fecundación —dijo la doctora Gilbert, soltando una pequeña risa—. Ha ahorrado parte de nuestro trabajo con el depósito directo, doctor Vaughn.

—Pueden hacer una prueba de ADN si quieren —dije, inflando el pecho. Si realmente estaba embarazada, estaba cien por ciento segura de que James era el padre.

—Lo haremos en unas semanas —aseguró la doctora Shaw.

James me miró a mí y luego a la doctora.

—No será necesario. —Verlo admitir eso me hizo sentir una pequeña victoria.

—Nos encargaremos del resto del proceso, señor.

—Supongo que ya no me van a necesitar. —Se levantó de la silla.

—Ya hizo todo lo necesario.

Me contuve para no reír ante el comentario de la doctora.

—Señorita Dover, acompáñeme. —La doctora Gilbert puso la mano en mi espalda y me guió hacia el pasillo—. Le voy a recetar una nueva medicación.

Asentí y la dejé llevarme a otra sala.


James

Capítulo veinticinco

Me sentí ridículo frente a las doctoras cuando me di cuenta de que había embarazado a Karoline. Debería haber previsto que toda la medicación que ella estaba tomando para la maduración de los óvulos la haría mucho más fértil. Había eyaculado dentro de ella, lo que fue suficiente para fecundar uno de los óvulos.

No lo admitiría, pero fue mucho mejor que hacerlo en un frasco mientras veía porno.

Necesitaba evitar mirar a la doctora Shaw y pensar en lo que podría estar pasando por su cabeza, así que no me quedé en la clínica esperando a que Karoline saliera.

Mi celular vibró y decidí ignorar el mensaje de Jaqueline. Mandó otro y esperó unos diez minutos antes de llamarme.

—¿Ya pensaste que podría estar ocupado? —dije.

—Sí, pero si estuvieras ocupado no me habrías contestado. Así que solo estabas ignorando mis mensajes.

—No es un buen momento, Jaque.

—Estás preocupado por la recolección. Es un procedimiento simple, Karoline estará bien...

—Ya está embarazada —interrumpí a mi hermana.

—¿Ya implantaron los embriones? Bueno, pero ahora tenemos que esperar a que el proceso de implantación ocurra. No tiene problemas de fertilidad. Estoy seguro de que todo

saldrá bien.

—Está embarazada.

—Me encanta tu optimismo, hermano.

—Karoline, no estás entendiendo, quedó embarazada cuando tuvimos sexo.

—¡Guau! ¿En serio? ¡Eso es estupendo!

—Hoy hice el ridículo.

—Eso no habría pasado si hubieras hecho el bebé como se debe. Al final, la fecundación ocurrió de forma natural.

—Sí...

—Es una buena noticia, James.

—No lo sé.

—Deja de ser tan pesimista. Pronto tendremos otro bebé en la familia. ¿No es genial?

—Sí.

—¿Cómo está Karoline?

—Creo que bien.

—¿Crees? Deberías saberlo.

—Hablamos después. —Corté la llamada y guardé el celular.

Estaba en mi coche y me dirigía hacia la entrada de la clínica cuando vi a Karoline salir.

Se sorprendió al verme aparecer frente a ella.

—Pensé que ya te habías ido.

—¿Y cómo ibas a regresar a mi departamento?

—¿En autobús?

Negué con la cabeza y señalé el camino hacia mi auto.

—Vamos.

Guardamos silencio hasta que arranqué el vehículo y maniobré para salir a la calle.

—No sé cómo será ahora que estoy embarazada...

—Vamos a seguir los términos del contrato. —No la dejé terminar—. Independientemente de cómo haya ocurrido la fecundación, los términos de nuestro acuerdo se mantendrán, incluyendo tu pago.

—Está bien. —Giró la cabeza y se quedó mirando hacia afuera del coche.

Durante el camino de regreso no dije nada más y ella tampoco se atrevió a romper el silencio. Pensé que era mejor así.



Karoline

Capítulo veintiséis

Embarazada...

La idea de gestar un bebé me parecía demasiado lejana hasta que finalmente sucedió. Mientras James estaba concentrado en la carretera, moví discretamente mi mano y la puse sobre mi barriga.

Vamos a seguir los términos del contrato.

Su voz resonaba en mi cabeza como una pesadilla terrible. ¿Por qué antes parecía mucho más fácil seguir ese contrato? James se quedaría con el bebé. Después de que pasara el periodo de lactancia, perdería todo contacto con el niño.

Pensar en eso me dio un nudo en el pecho. Sin embargo, ya había tomado esa decisión y firmado el acuerdo, así que tendría que lidiar con ello.

¿Me dejaría James al menos ver al niño de lejos?...

Me regañé a mí misma para cortar ese pensamiento. Me había inscrito para alquilar mi vientre y gestar un bebé que no era mío.

No es mío...

Aparté la mano de mi barriga y me repetí a mí misma como un mantra.

Llegamos al estacionamiento del edificio y yo fui la primera en bajar. Me ajusté la bolsa al hombro y me dirigí al elevador sin esperar por él, pero James terminó llegando al mismo tiempo. Presionó el botón del piso y me crucé los brazos.

—¿Tienes hambre? —Me sorprendió su pregunta.

—No.

—Ya es hora de que comas. Ahora más que nunca tienes que alimentarte bien.

—Seguiré las recomendaciones de la nutricionista, señor Vaughn.

—De las doctoras también.

—Lo haré.

Salimos del elevador y él se dirigió a la puerta para abrirla. Pasé al lado de él y fui directamente al cuarto. Me encerré y me acosté en la cama. Automáticamente, mis manos volvieron a mi barriga, y juré para mí misma que lo hacía solo para calmar los cólicos. No iba a crear lazos con ese bebé para no sufrir cuando tuviéramos que separarnos.

Después de esa fase un poco extraña, tendría el dinero para empezar de nuevo y vivir una nueva etapa.

No sé cuánto tiempo pasé encogida en la cama hasta que escuché un golpe en la puerta.

—¿Dorothy?

—No, soy Jaqueline. ¿Puedo entrar?

—Sí.

Me acomodé en la cama cuando la hermana de James empujó la puerta y entró con una bandeja.

—¿Has tomado tu merienda?

—Aún no.

—Traje yogurt y frutas.

—Gracias.

Ella empujó la bandeja hacia la cama y la acerqué para tomar una uva.

—¿Te sientes bien?

—Sí.

—Aún no ha pasado el tiempo suficiente para que te empiecen las náuseas.

—Sí... —Metí otra uva en la boca para poder disfrutar del silencio.

—James es un idiota a veces, pero va a ser un buen padre.

—Para bien del niño, espero que sí. —Me encogí de hombros—. Será todo lo que él tendrá.

—Esa fue una idea sin fundamento. —Jaqueline puso los ojos en blanco.

No dije nada. Sabía que no me correspondía juzgar los motivos por los cuales James había decidido ser padre soltero de esa manera.

—Sé que van a la clínica, pero quiero acompañarte a ti y al bebé. ¿Está bien?

—Tienes que hablar con James. Firmé un contrato que dice que todo será como él quiera. Yo solo soy... —Jaqueline me interrumpió.

—La madre.

—Un vientre en alquiler.

—Tal vez. —Jaqueline se levantó de la cama y me sonrió—. Come y descansa. Todo va a estar bien.

—Gracias.


James

Capítulo veintisiete

Me serví un trago de whisky y tomé el vaso, caminando hasta la puerta de vidrio donde podía contemplar el cielo nocturno sobre la piscina, cuya agua se movía lentamente con la brisa de la noche.

—¡Vas a ser papá! —Me sorprendí cuando mi hermana se detuvo a mi lado saltando de un lado a otro y empezó a tocar mi barriga, como si aún fuéramos adolescentes.

—¿Cuántos años tienes, ya pasaste los treinta y cuatro, ¿verdad?

—Estoy feliz, tú también deberías estarlo.

—Lo estoy...

—Transmítelo a tu cara.

Negué con la cabeza.

—Lo verás cuando vayas a la primera ecografía, cuando la barriga de Karol empiece a crecer...

—Basta, Jaqueline.

—¿Cómo que basta? ¡Si ni parece que lo desearas tanto!

—Tengo que tener cuidado.

—¿Con qué?

Tomé un trago de mi whisky mientras pensaba en la mejor forma de responder a la pregunta de mi hermana.

—Con Karoline.

—Ella va a necesitar un tratamiento especial, pero estar embarazada no es una enfermedad. Revisa los exámenes. Está sana, será un embarazo tranquilo.

—La relación con ella no comenzó como debería.

—¿De qué hablas? —Jaqueline levantó las cejas, confundida.

—Tuve relaciones con ella.

—¿Y fue malo?

—No, pero...

—¡Pero nada! Tener sexo durante el primer trimestre del embarazo no pone en riesgo al bebé.

—Jaqueline. —Me giré para mirarla directamente, en lugar de ver mi reflejo en el vidrio —. No me estás entendiendo.

—Dime.

—Quiero al bebé.

—Yo también. Estoy súper ansiosa por ser la madrina. Pobre de ti si eliges a otra.

—Karoline es solo un medio para ese fin.

—¿De verdad crees que no vas a sentir nada por ella? —Se rió.

—No lo haré.

—El segundo día que estuvo aquí ya tuvieron sexo.

—Fue un suceso aislado, pero no se repetirá.

—James... —Jaqueline habló lentamente, captando toda mi atención—. Ella podría ser todo lo que necesitas.

—¿De qué estás hablando?

—Que me parece lindo lo que tiene John con Cristal.

—Ni conozco bien a esa mujer. —Señalé el pasillo hacia donde estaba mi huésped.

—Tendrás tiempo para conocerla, pero ya existe atracción física.

—Solo quiero al bebé.

—¿De verdad vas a arrancárselo?

—¿Arrancarlo? Estoy pagando por ello.

Jaqueline negó con la cabeza. Mi hermana no dijo nada más, pero estaba claro que ese tema no se había cerrado. Amaba a Jaqueline con todo mi corazón, era con la que más cercano estaba en mi familia, pero a veces podía ser un dolor de cabeza.

—Me voy a casa. Mañana tengo un evento con mamá.

—Buenas noches.

—¿Me llamas si necesitas algo?

—Sí.

Jaqueline se puso de puntillas y me dio un beso en la mejilla.

—Cuida de Karol.

—¿Ahora la llamas por su apodo? —Fruncí el ceño y le lancé una mirada irritada. No teníamos que tener ese tipo de intimidad.

—Ahora es parte de la familia.

—Basta, Jaqueline.

—Hasta luego, James. —Se rió y corrió hacia la puerta—. Hablamos después.

Negué con la cabeza y volví a mirar la piscina, bebiendo lentamente mi whisky mientras mi hermana se iba.

No tenía intención alguna de crear lazos con Karoline y esperaba que todo siguiera así.



Karoline

Capítulo veintiocho

Me despertó la luz del sol entrando por la ventana y tomé mi celular. Aún faltaban unos cinco minutos para que sonara el despertador, pero decidí no quedarme más tiempo en la cama. Tenía planes de hacer algunas llamadas a clientes y enviar un nuevo pedido a la fábrica. Sin la presión de tener que conseguir dinero de inmediato, incluso sentí que mis clientes habían vuelto a comprar. Aunque todavía tenía algo del adelanto que James me había dado, no pensaba dejar de trabajar. Pensaba que todo aún podía salir mal y no quería regresar al fondo del pozo como antes.

Estaba embarazada...

Por reflejo, me coloqué las manos sobre la barriga, pensando en el bebé que crecía ahí. Era mío y, a la vez, no lo era, porque cuando naciera, James se lo quedaría y yo nunca más lo vería.

Tal vez de lejos, a escondidas...

¡No! Aparté ese pensamiento. Había aceptado un acuerdo y debía cumplirlo.

Saqué la mano de mi vientre y me levanté. Fui al baño y me eché agua en la cara para dejar de pensar en eso. Pensaba que así sería más fácil sobrellevar la situación.

Me cambié de ropa y salí del cuarto. Sentí el olor a café, que normalmente me apetecía, pero ese día me revolvió un poco el estómago.

Fui a la mesa del desayuno y vi a James comiendo un panqueque. Dio un sorbo a su jugo de naranja y me miró.

—Buenos días —susurré, mientras movía mi silla para sentarme.

—Buenos días —respondió con el tono frío y distante de siempre. Después de dos semanas viviendo con ese tipo, ya me había acostumbrado a su mal humor.

—¡Buenos días, Karol!

—Hola, Dorothy. —Me giré al ver a la empleada acercándose a la mesa.

—¿Dormiste bien?

—Sí. ¿Y tú?

—Me levanté temprano para preparar el desayuno de mis hijos y tomar el bus, pero estoy descansada.

James nos observaba en silencio con una expresión seria. Pensé que nos reprocharía por hablar de cosas triviales, pero se quedó callado y siguió comiendo.

—Tu café —Dorothy me acercó una taza.

—Gracias.

De forma automática, tomé la taza con ambas manos y la llevé a mi nariz. Di una profunda inhalación, pero en lugar de suspirar como siempre, mi estómago se revolvió de inmediato. No esperaba la náusea que llegó con fuerza y me hizo sentir extraña.

Dejé la taza en la mesa sin tomar ni una gota y salí corriendo.

—¡Karoline! —gritó James.

No me importó decirle nada, solo me detuve en la puerta del baño, que estaba más cerca

que mi habitación. Me arrodillé frente al inodoro y levanté la tapa.

Solo me di cuenta de que James se había arrodillado a mi lado cuando sus manos me sujetaron el cabello y lo amarraron en una coleta, para que no lo ensuciara con el vómito. Se quedó allí mientras yo vaciaba lo que aún quedaba de la cena.

Me levanté un poco mareada y él me llevó al lavamanos para que me enjuagara la boca.

—¿Estás mejor?

—Creo que sí. Fue el olor del café.

James me soltó y tomé la toalla para secarme la cara.

—Hoy no vas a tomar café.

—Voy a tomar jugo de naranja.

—Perfecto.

—Gracias. —Sonreí, pero pronto me arrepentí, porque él no dijo nada ni me devolvió el gesto.

A veces, por unos instantes, lograba imaginar a alguien que no fuera el idiota de siempre, pero luego volvía a pensar lo mismo.

James me dejó en el baño y volvió a la sala, retomando su desayuno. Cuando regresé, la taza de café ya había desaparecido, junto con todo lo que pudiera tener un olor fuerte y provocarme náuseas.

Sabía que ese era uno de los síntomas del embarazo y tendría que lidiar con él durante los próximos meses.

Después del desayuno, él salió. No llevaba la carpeta ni la ropa del hospital, pero no me dijo adónde iba. Solía pasar poco tiempo conmigo y no contaba nada. Me gustaba cuando su hermana venía, porque de alguna forma me daba la ilusión de poder conocerlo un poco más, ya que Jaqueline era habladora y extrovertida.

Me senté en el sofá de la sala con un cuaderno y mi celular, haciendo llamadas a mis clientes y anotando los pedidos. Iba a necesitar un coche para hacer las entregas, porque era bastante difícil mover una caja por Chicago en transporte público. Tal vez con una maleta con rueditas. No la había comprado antes porque todo el dinero se iba a pagarle a Carter, pero en ese momento podría ser una alternativa para facilitar mi trabajo.

—¿Todo bien, Karol? —Dorothy se acercó a mí con una taza de té de manzanilla y la acepté con una sonrisa.

—Sí. Gracias por preocuparte.

—¿Comieron algo diferente anoche, tú y el señor Vaughn?

—Solo la cena.

—Por lo que sentiste hoy en la mañana, pensé que había sido algo que comiste. Voy a tener más cuidado con los condimentos.

—No tiene nada que ver con tus condimentos.

Ella inclinó la cabeza, algo confundida, y entrecerró los ojos para observarme mejor.

—Imagino que vomitaré más a menudo.

—¿Agarraste algún virus?

—No. —Pasé la mano por mi cabello, algo incómoda, pero decidí decir la verdad—.

Estoy esperando un bebé.

—¡Vaya! —Sus ojos castaños se abrieron de par en par—. ¡Qué noticia tan maravillosa! El señor Vaughn es un hueso duro, pero yo sabía que había algo entre ustedes.

—No hay nada entre nosotros.

—Acabas de decir que estás embarazada.

—Es mucho más complicado de lo que parece. —Me incliné hacia adelante y dejé la taza de té sobre la mesa.

—No entiendo.

—¿Dorothy? —La miré de nuevo—. Prometiste guardar un secreto. No puedes contarle a nadie, ni a James.

Ella hizo un gesto cerrando los labios con un dedo, como si estuviera cerrando una cremallera.

—Me contrató para tener un bebé. Voy a tener su bebé y luego me iré.

—Pero, ¿eso se puede hacer?

—Parece que sí. —Me encogí de hombros—. Hacemos cosas locas cuando estamos en momentos difíciles.

—¿Qué te pasó? —Se atrevió a sentarse junto a mí en el sofá, y le conté todo, desde que supimos lo de la enfermedad de mi mamá, la presión del prestamista y toda la bola de nieve que me llevó hasta allí. Solo omití la parte en que James y yo concebimos a ese bebé de una forma diferente a lo estipulado en el contrato. El hecho de que hubiéramos tenido sexo solo hacía todo aún más raro.

—Ay, querida, lo siento mucho. —La empleada acarició mis manos y me dio una sonrisa muy grande.

—Gracias.

—Todo va a salir bien.

—Sí.

—Voy a limpiar los cuartos, avísame si necesitas algo. —Se levantó.

La agradecí con una sonrisa y volví a mi trabajo mientras Dorothy se iba a hacer las tareas domésticas.


James

Capítulo veintinueve

Golpeé la puerta y esperé a que alguien viniera a abrir. Crucé los brazos y no pasó mucho tiempo antes de que una sirvienta me recibiera.

—¡Señor Vaughn!

—Hola, ¿están mi hermano o mi cuñada?

Ella dio un paso atrás, dándome paso para entrar al apartamento. Caminé hacia el centro de la sala y la sirvienta cerró la puerta.

—El señor John salió temprano y fue al hospital, la señora Cristal está en la universidad.

—¿Y los niños?

—Jennie fue a la escuela. Su papá la llevó antes de ir al hospital y el pequeño Adan está aquí.

—¿Puedo verlo?

—Sí.

Hizo un gesto para que la siguiera y caminamos por el pasillo hasta llegar al cuarto de mi sobrino. Tenía varios aviones en las paredes, en miniatura, y una decoración de cielo.

La sirvienta se quedó parada en la puerta mientras yo me acercaba a la cuna. Me incliné sobre ella y vi a mi sobrino dejar un mordedor en forma de tiburón para mirarme.

—Hola, pequeño.

—¡Bu!

Se giró, gateó hasta agarrarse de la baranda de la cuna y se puso de pie, extendiendo los bracitos hacia mí. Lo tomé en brazos y Adan puso su manito babosa en mi rostro.

—¿Estás portándote mal?

—No, es muy bueno —dijo la sirvienta mientras yo interactuaba con mi sobrino.

—Salió a su papá.

Me giré al escuchar la voz de mi hermano y me sorprendí al verlo en la puerta del cuarto.

—Pensé que estabas en el hospital.

—Olvidé unos documentos, tuve que volver a buscarlos. ¿Qué haces aquí?

—No tenía nada que hacer en casa y me pregunté, ¿por qué no ir a ver a mis sobrinos? A veces odio los días libres. —Reí, incómodo.

—Si es por eso, tienes mucho que enseñar a los residentes. Puedo aumentar tu carga horaria si quieres.

—Estoy bien aquí, ¿verdad, Adan? —Miré a mi sobrino y él rió, agarrando el cuello de mi camisa.

—¿Desde cuándo te gustan tanto los niños? —John me miró curioso.

—Son unas cositas adorables, como diría Jaqueline.

—Son lo más importante que tengo. —Vi la emoción en los ojos de mi hermano mientras hablaba de sus hijos, y me imaginé que en poco tiempo me sentiría igual.

—¿Cristal está en Columbia? —Cambié de tema para no avergonzarme ni contarle mi extraño secreto.

—Está en el primer semestre de derecho. Logré convencerla de estudiar y dejarme a mí las cuentas.

—Será una excelente abogada.

—Lo será.

—Voy a regresar a casa. —Puse a mi sobrino en la cuna, pero me costó separarme de él, pues su manito se quedó sujetando la mía.

—¿Quieres ir al hospital conmigo? —John hizo un gesto para que lo siguiera.

—Estaré por ahí mañana.

—Como quieras.

—Tal vez empiece a escribir otro artículo y avance un poco en mi investigación sobre el tratamiento de aneurismas.

—Eso es genial para tu nombre y el prestigio del hospital.

—Lo sé.

—Pero tal vez solo necesites una novia, James. Si tuvieras una vida fuera del hospital, dejarías de odiar los días libres.

—Estoy bien como estoy, John.

—Está bien. —Mi hermano no insistió.

—Nos vemos. —Pasé junto a él y me dirigí a la sala.

John no me siguió, así que abrí la puerta y me fui. Aunque quería tener un hijo, no me veía como él, casado. Pero no imaginaba que tener un niño cambiaría tantos de mis conceptos.

Regresé a mi apartamento cerca de la hora del almuerzo y Dorothy estaba saliendo cuando llegué cerca de la puerta.

—¡Señor Vaughn!

—¿A dónde vas?

—A comprar algunos ingredientes para hacerle un almuerzo más ligero a Karoline.

—¿Volvió a vomitar? —Cuando me di cuenta, mi preocupación ya había salido de mi boca y no había forma de detenerla.

—No, pero está algo mareada.

—Está bien, ve tranquila. —Me corrí un poco para dejarla pasar.

—¿Necesita algo, señor?

—No.

Ella asintió y se fue al elevador.

Entré al apartamento y me extrañó el completo silencio, aunque siempre había sido así,

pues vivía solo desde hacía años.

Caminé por el pasillo y llegué a la habitación donde estaba Karoline, viéndola acostada en la cama con las cortinas cerradas. Me acerqué a ella. Solo me notó cuando mi rodilla hundió el colchón.

—James.

—¿Sigues mal?

—Estoy mareada y con un poco de dolor de cabeza. En la oscuridad me siento más cómoda.

—¿Quieres que llame a Jaqueline?

—No hace falta.

—¿Estás segura? —Me incliné hacia ella—. ¿Puedo examinarte?

—No hace falta, doctor.

—Insisto.

—Está bien.

Fui a mi cuarto y tomé mi maletín con algunos utensilios básicos y un kit de primeros auxilios.

Hice que Karoline se sentara al borde de la cama y tomé una pequeña linterna para examinar sus ojos. Miré su garganta, tomé su temperatura y su presión. Escuché sus pulmones y su corazón y no encontré ninguna anormalidad.

—Estás bien.

—Ya te dije que sí. —Se recostó de espaldas, pero antes de caer completamente en la cama, la sujeté.

—Oye, calma. —Puse mis manos en su espalda para evitar que cayera.

—Voy a quedarme aquí hasta el almuerzo, ¿puedo?

—No te tires así.

—Está bien, doctor. —Karoline movió la cabeza y sus ojos se encontraron con los míos.

Estábamos bastante cerca y yo aún la sostenía. Su respiración comenzó a acelerarse un poco, y pude notarlo por la forma en que el aire se movía entre nosotros y su pecho subía y bajaba rápido.

Ella siguió mirándome, no desvió la mirada ni se alejó, y fue lo suficientemente atrevida como para acercar su rostro. Esa extraña proximidad que Karoline se arriesgaba a tener conmigo era muy peligrosa para ambos. Cuando la vi humedecer sus labios, en lugar de apartarme, me sentí desafiado por la gravedad a reducir la distancia, y mi boca se acercó a la suya.

Karoline me sujetó del cuello y me atrajo aún más hacia ella.

Sumergí mi lengua en su boca, explorándola, sintiendo su sabor. Mientras tanto, mis manos bajaron desde su espalda hacia su cintura, y la jalé hacia mí. Giré sobre la cama y me senté sobre el colchón, acomodándola en mi regazo, frente a mí. Deslicé las palmas hasta su culo, y Karoline soltó un gemido cuando lo presioné.

Ella se movió sobre mi regazo, despertando mi erección, y me puse duro al instante. La apreté con más fuerza, y las telas de nuestras ropas se frotaron. Subí los dedos solo para invadir su short y tocar su piel directamente. Sentí el contorno de su ropa interior, y ella se frotó aún más

contra mí, aumentando mis deseos de probarla de nuevo.

Karoline era una mujer hermosa, esa característica me había hecho elegirla entre otras candidatas, pero también sería mi mayor desafío, porque no debería estar sintiendo esa atracción por alguien con quien no planeaba crear lazos.

Necesitas una novia... rápidamente aparté la voz de John de mi mente. Él no tenía ni idea del lío en el que me había metido.

Saqué una mano de dentro de su short y la subí por su blusa, hasta el sujetador. Lo rodeé con los dedos y estaba a punto de quitárselo cuando escuché un ruido.

—Espero que te guste el caldo de gallina. —La voz de Dorothy me trajo algo de racionalidad y me hizo tomar a Karoline, moviéndola a un lado en la cama, alejándola de mi regazo.

Mi verga aún estaba dura, estirando el tejido de mi pantalón, pero me levanté para recomponerme. Era el peor momento para empezar a pensar con la cabeza de abajo.

—Descansa, si te empeoras vamos a llamar a mi hermana.

—¡James! —Me agarró del brazo antes de que pudiera salir del cuarto—. ¿Me besas y te vas así?

—Fue un error, perdón. —Me esforcé por decir algo que no era común en mí, pero parecía la mejor forma de evitar que la situación empeorara.

—No quiero tus disculpas. —Me jaló del brazo—. Quiero que me beses más.

Me sorprendió completamente su declaración, pero afortunadamente no tuve que reaccionar, porque Dorothy apareció en la puerta del cuarto, y me alejé de Karoline.

—¿Oíste lo que dije? —La sirvienta metió la cabeza en el cuarto, pero se sonrojó al verme.

Gracias al cielo, mi verga ya se había reducido y no revelaba lo que podría haber hecho si no hubiera aparecido.

—Lo siento, señor.

—No hace falta. —Pasé por ella y salí del cuarto de Karoline lo más rápido posible.

Siempre he sido un hombre controlado, metódico, y un excelente médico. Mantener cierto distanciamiento de todos me convertía en el profesional que soy, y necesitaba hacer lo mismo con Karoline o perdería el control de la situación.

Fui a mi cuarto y me tiré en la cama, agarrando mi celular.

James:

¿Estás en el quirófano?

Jaque:

Si estuviera allí no estaría respondiendo, pero no tengo mucho tiempo. Un helicóptero viene con una embarazada con preeclampsia. Llega en diez minutos.

James:

Karoline vomitó hoy.

Jaque:

¿Cómo está?

James:

Clínicamente bien.

Jaque:

Manténla en reposo. No creo que debas preocuparte, los vómitos son muy comunes en el primer trimestre, pero si notas alguna alteración, llévala al hospital.

James:

Prefiero que la veas en casa.

Jaque:

Sabes que aquí tenemos muchos más recursos.

James:

Lo sé, pero no quiero que nadie sepa de ella.

Jaque:

Solo mantén un ojo en Karol.

James:

Ese es el mayor problema.

Jaque:

¿Cómo que el mayor problema?

James:

La besé.

Jaque:

¡Qué bien!

James:

¡Jaque!

Jaque:

Deja de pensar que no necesitas preocuparte por ella.

James:

No debería.

Jaque:

Van a tener un bebé juntos, y te sugiero que formen lazos.

James:

Contraté un vientre, no una novia.

Jaque:

Si quieres puedes cambiar eso.

James:

Ve a cuidar a tu paciente.

Jaque:

Continuamos esta conversación después.

Tiré mi celular a un lado. Quería que Jaqueline me diera una forma de evitar todo ese embrollo, pero solo estaba alentándome. John ni siquiera sabía por lo que estaba pasando, y también me recomendaba conseguirme una novia. Pero yo estaba muy bien sin atarme a ninguna mujer y quería seguir así.



Karoline

Capítulo treinta

Si estás bajo la lluvia, es para mojarte...

Solía divertirme cuando mi mamá decía ese dicho, lo encontraba algo loco y sin sentido, pero en ese momento comencé a entenderlo mejor. Me había propuesto cargar con el hijo de un desconocido, porque había perdido todo. Pensaba que el dinero de James resolvería todos mis problemas, pero al estar allí con él, no parecía lo que realmente quería.

Después de haber perdido a mi novio, a todos mis amigos y a mi mamá, estaba sola en el mundo, no tenía a nadie que me apoyara o me ayudara, ya no tenía familia.

Lo único que más deseaba en ese momento era eso: familia.

Me eché el cabello ondulado hacia atrás y me puse la mano sobre la barriga. Sería muy difícil dejar todo y volver a quedarme sola después de que ese bebé naciera.

Tal vez cometí una locura al abrazar a James en esa piscina, pero solo estaba siguiendo un deseo terrible mío, que era ser acogida. Al envolverlo, había recibido un atisbo de afecto que no sentía desde hacía mucho tiempo.

El dinero era importante, pagaba los gastos del hospital y compraba comida, pero el cariño era aún más importante.

James tenía una familia, al menos una hermana que lo amaba y siempre estaba cerca. Como hija única, nunca pude experimentar esa conexión. Él también se quedaría con el bebé. Era aterrador pensar en lo que pasaría conmigo después.

La soledad era el peor sentimiento de todos.

Además de que él era un bombón y me dejaba babeando, especialmente cuando se quitaba la camiseta. Estar en sus brazos me daba una sensación de paz que no había sentido en mucho tiempo, y quería más de eso.

Mi mamá también decía otra frase: *vive un día a la vez*. Esto generalmente se relacionaba con el poco dinero que teníamos. Trabajábamos durante el día para comer por la noche. Sin embargo, en ese momento me hizo dejar de pensar en cómo sería cuando el bebé naciera y aprovechar mientras aún estaba dentro de mí.

Todavía me quedaban meses en esa casa, cerca de James, experimentando una sensación de familia que no sentía desde hacía mucho tiempo. Podría recibir más besos, más caricias y abrazos. Él me acurrucaría, me besaría y hasta me sostendría el cabello para que pudiera vomitar. Podría vivir un día a la vez y disfrutar de la felicidad de esos momentos.

Al final, dejé de pensar que había cometido una locura al aceptar ese contrato y decidí aprovechar los buenos momentos que podría tener hasta que se acabaran.

Un día a la vez, Karoline...

—¿Karoline?

Me asusté y quité la mano de mi barriga cuando la voz en mi mente se hizo real.

—Hola, Dorothy.

—¿Quieres que te traiga la sopa aquí?

—Iré allá a comer.

—¿Te sientes mejor?

—Mucho mejor.

—Tengo una receta vieja de la familia para el malestar del embarazo. La tomaba mucho cuando esperaba a mis hijos. Voy a buscarla en casa y la haré mañana para ti.

—Gracias. —Me levanté de la cama y me acerqué a ella.

La sirvienta puso su mano en mi hombro y me guió hacia el comedor.

James estaba cortando un pedazo de carne y no dijo nada cuando saqué una silla y me senté junto a él.

Bebí la sopa en silencio hasta que me atreví a romper el silencio cuando James terminó de comer.

—Sí. Tu beso ayudó.

—Olvídalo.

—Es un poco difícil...

Dejé de hablar cuando Dorothy se acercó a recoger nuestros platos.

Me había dado cuenta de que debajo de toda esa prepotencia y arrogancia, él también tenía un corazón y que iba a cuidarme como nadie lo había hecho en mucho tiempo.

—¿Quieren algo más?

Negué con la cabeza y James hizo lo mismo antes de levantarse de la mesa y dirigirse a su cuarto. Yo me dirigí al mío, como excusa para pasar por su puerta y verlo. James estaba trabajando en su computadora portátil. No me miró, ni dijo nada, se quedó allí el resto de la tarde hasta que la sirvienta se fue.

También permanecí en el mío, terminé algunos encargos, envié un correo con la lista a la

fábrica, y luego me levanté, atreviéndome a ir hacia James de nuevo.

Me detuve en el umbral de su puerta y lo miré.

—¿Vamos a la piscina?

—Puedes ir tú sola.

—¿No quieres venir? —Crucé los brazos atrás de mi cuerpo, adoptando una postura desafiante.

—No. Estoy trabajando.

—Pero no estás en el hospital.

—Estoy revisando algunos casos que muestran avances en mi investigación y escribiendo un artículo.

—¡Ah! No te voy a molestar más.

Volvió a mirar la pantalla de la computadora y no dijo nada más.

Regresé a mi cuarto y abrí mi pequeña maleta. No tenía ningún bikini. No me tomaba tiempo para ese tipo de diversión desde hacía mucho, y probablemente el último lo dejé olvidado en algún rincón de mi pequeño apartamento.

Me quité la ropa, quedándome solo en lencería como la última vez, pero al llegar al borde de la piscina y ver el hermoso atardecer que tocaba el agua, decidí quitarme todo. James ya me había visto desnuda, y ese sería mi argumento, pero en el fondo, había una parte de mí que quería llamar su atención. Quería que me viera como mujer. Anhelaba ver su expresión de deseo otra vez y darme cuenta de que yo era algo más para él que una incubadora humana.

Salté al agua y me sumergí completamente, mojando mi cabello. Estaba un poco fría, pero pronto me acostumbré a la temperatura. Nadé hasta la orilla opuesta y me detuve al escuchar su voz.

—¿Por qué estás desnuda?

Me giré y vi a James con mi ropa interior en la mano. Admito que mis mejillas se sonrojaron, pero lo disimulé, como si no hubiera motivo para avergonzarme.

—Tú nadaste desnudo.

—Es mi piscina y mi casa.

—No tengo un bikini.

—Quédate con la lencería.

—Pensé que era mejor no mojarla.

—¿Y correr el riesgo de que te vea desnuda?

Comencé a caminar hacia la orilla donde él estaba, hasta que el agua quedó por debajo de mis pechos, revelándolos.

—Ya me has visto desnuda.

—No quiero que andes desnuda por la casa —gruñó.

—Prometo que salgo directo al baño.

—Cómprate un bikini.

Estaba a punto de dar la vuelta cuando lo llamé.

—¿Por qué no entras?

—Voy a volver a redactar mi artículo.

—Entonces, ¿qué viniste a hacer aquí?

—Solo ver cómo estabas.

—Estoy bien.

—Genial.

—Creo que me voy. —Subí por la escalera—. Está oscureciendo.

Pisé la orilla cerca de él y caminé hacia la puerta de vidrio, pero antes de llegar, James sujetó mi muñeca y me tiró hacia él.

—No quiero que camines desnuda frente a mí. —Apretó los dientes.

—Ya lo entendí. —Lo miré desafiante, inflando el pecho—. Supongo que no te gusta lo que ves.

—Todo lo contrario.

—¿Te gusta? —Pregunté ligeramente agitada.

—No es una pregunta que deberías hacer.

—Es una respuesta que quiero. —Levanté la cara para encontrar sus ojos.

—Tenemos un acuerdo, y eso es todo.

—Ya hemos tenido sexo antes, ¿y si te digo que quiero de nuevo?

—Yo no quiero.

—Está bien. —Intenté zafarme de su agarre y entré al apartamento, caminando hacia mi habitación.

Hice todo lo posible por mostrar que no estaba molesta. No éramos una pareja, estábamos ahí por un acuerdo. Por más irresistible que fuera, necesitaba comportarme para no arruinar todo.

Quien mucho quiere, nada tiene… Ese era otro de los buenos consejos de mi madre para evitar hacer algo que me dejara sin nada, otra vez.

Abrí la puerta y estaba a punto de cerrarla cuando James la detuvo con la mano.

—No sé qué planeas hacer con esto.

—Ni yo, lo siento.

Empujó la puerta y me sorprendí cuando entró en el cuarto.

—Es la última vez. —Sujeto mi cintura aún mojada y me atrajo hacia él.

Mi cuerpo entero entró en éxtasis cuando su boca deliciosa dominó la mía. Rodeé sus hombros con los dedos y me hundí en su suave cabello rubio. El sabor de sus labios era adictivo y solo quería que me besara más y más. Sus manos bajaron a mi culo y yo moví las caderas sobre ellas, animándolo a mantenerlas ahí. Mis manos se deslizaron por su cuello y comenzaron a desabotonar la camisa hasta que cayó al suelo. Mi cuerpo se calentaba cada vez más mientras me tocaba y apretaba.

Mi vulva sin protección frotó contra la erección en su pantalón y sentí cómo la presión aumentaba. Estaba loca por sentirlo de nuevo. Estar con James era como estar soñando despierta. No quería que sus manos se apartaran de mi cuerpo nunca.

Apretó más mi trasero y luego subió hasta mis senos. Di un paso atrás, dándole más espacio para tocarme como quisiera. Cerré los ojos y me dejé llevar por la oleada de éxtasis cuando James comenzó a succionar uno de mis pezones. Lamió, jugó y manipuló los pezones endurecidos, aumentando aún más mis ganas.

Abrí su pantalón y lo bajé junto con la ropa interior, cuando James dejó de tocar mis senos, me arrodillé. Sostuve su pene, envolviendo la base con mis dedos finos y busqué sus ojos, esperando su autorización.

—¿Vas a chupármelo? —Una sonrisa traviesa apareció en sus labios.

—¿Puedo? —Hice un puchero.

—Claro. —Pasó la mano por mi cabello y lo sujetó hacia atrás, animándome.

Incliné la cabeza hacia adelante y besé su glande antes de abrir la boca y deslizarlo lentamente por mi lengua. James comenzó a gemir, y ese fue mi incentivo para seguir.

Fue una locura lo mucho que me gustó hacer eso. Con él no sentí ninguna repulsión, lo chupaba como si fuera el caramelo más delicioso que había probado. Me emocioné más a medida que mis labios recorrían su miembro, sentí mi cuerpo se incendiaba. Ya podía sentir cómo el líquido mojaba mis muslos, mostrándome que estaba más que lista para recibirlo en mí.

Me detuve un poco cuando mis mejillas comenzaron a dormirse y jugué con su glande con la punta de la lengua, presionando la pequeña abertura y haciendo que James gimiera aún más. Me miraba con una sonrisa que mostraba que lo estaba disfrutando, lo que me animaba a seguir.

Volví a ponerlo en mi boca y mis dedos siguieron el movimiento, aplicando más presión. James tiró de mi cabello, ejerciendo algo de control y mostrándome que iba por el camino correcto.

Estaba tan desbordada de deseo que frotaba mis pezones contra sus muslos y no dejé de succionarlo hasta probar su sabor. Juraba que nunca dejaría que alguien eyaculara en mi boca, pero no podía parar. Tampoco me desesperé cuando sucedió; fue extrañamente natural y agradable, lo que aumentó mi deseo de tenerlo.

—Eso estuvo bien. —James acarició mi cabello cuando me levanté.

—Sí...

—Nunca he chupado un clítoris.

Me sorprendió su confesión.

—¿Por qué?

—Solo tenía sexo con prostitutas.

—Yo no soy una.

—Lo sé.

—Entonces, chúpamelo a mí. —Sujeté su mano y lo tiré hacia la cama—. Soy solo tuya hasta el final de este contrato.

James no dijo nada más, pero me di cuenta de que lo había convencido cuando se deshizo completamente de su ropa y vino hacia mí. Me acomodé en el centro de la cama y él se puso entre mis piernas.

Tomé su cabello cuando acercó su boca a mi vulva. Solo su aliento tocándome era suficiente para enloquecerme. Me dejé caer sobre la cama y me entregué a la presión de su lengua. Él agarró mi trasero y me convirtió en prisionera de su boca, convirtiendo ese momento en uno de los mejores que había vivido. El deseo que sentía por ese hombre delicioso solo se hizo más grande mientras me besaba de la forma más íntima posible.

Podría ser la primera vez que le daba placer a una mujer de esa forma, pero sabía lo que hacía, porque metió un dedo dentro de mí y me hizo perder la razón. Me retorcí en la cama, tirando de su cabello y él siguió. Su rostro se hundió en mi ingle y su lengua danzaba sobre mi clítoris. Su barba sin afeitar me pinchaba el interior de los muslos, pero solo hacía que todo fuera más placentero.

—¡James! —Gemí su nombre cuando el orgasmo me golpeó como una ola intensa y potente que hizo vibrar cada una de mis células.

Él avanzó sobre mí y encontré una sonrisa en su rostro, como si estuviera satisfecho de haberme llevado al clímax con su lengua.

No dijo nada más, tampoco lo esperé. Tiré de su nuca y lo hice volver a tomar mi boca. Froté mi cuerpo contra el suyo, pidiendo más, y cuando me di cuenta, su miembro estaba invadiéndome.

Aprovechando cada día, solo quería estar en sus brazos mientras pudiera.

James apoyó ambas manos en el colchón y comenzó a moverse dentro de mí. Deslicé mis uñas por su espalda y mis gemidos se hicieron más fuertes mientras el vaivén me llevaba a una experiencia única.

No había tenido muchos hombres antes de James, solo dos novios, pero en ese momento sentía que no necesitaba a nadie más. El placer que experimentaba, la conexión y el deseo eran sublimes.

Me sentí tonta por pensar que la Cenicienta podría haber encontrado a su príncipe encantado. Pero no pude resistir la necesidad de quedarme con él para siempre.

No debía enamorarme, teníamos un contrato con fecha de caducidad, pero resistir los sentimientos era difícil.

James salió de mí, pero lo atraje para que no se levantara.

—Quédate un rato aquí —dije. Y gruñó, pero se acostó a mi lado.

Tomé su mano y la puse sobre mi vientre. Aún no mostraba señales de embarazo, pero James la acarició.

Solo quería congelar ese momento y vivirlo en bucle por toda la eternidad.


James

Capítulo treinta y uno

No iba a involucrarme...

Esa frase aún estaba fija en mi cabeza. Por eso busqué una clínica de reproducción y pagué para tener un hijo por mi cuenta. Eso era lo que quería. El plan se mantendría, aunque físicamente estuviera dentro de Karoline.

El sexo tenía que parar y esa excitación debía disminuir.

No éramos una pareja.

Después de ese día, volví a evitarla durante las siguientes semanas. Hablaba lo mínimo, solo estaba al tanto de su estado y pasaba menos tiempo en casa o me encerraba en mi cuarto para no caer en la tentación.

Esa mañana me levanté sabiendo que iríamos a la primera ecografía. Y no iba a poder evitarla como quería, pero el hecho de estar en la clínica ayudaría a suavizar el ambiente.

Me arreglé y salí del cuarto. Fui hasta el suyo y golpeé la puerta, esperando a que abriera.

—¡Hola! —dijo, sonriendo ampliamente al verme.

—Arréglate, toma el desayuno, tenemos que salir. —Fui directo y seco.

—Está bien.

No me quedé ahí frente a ella, fui directo al comedor donde encontré a la empleada.

—Buenos días, señor.

—¿Tienes mi periódico?

—Aquí está. —Se volteó a buscarlo—. ¿Karoline se siente mal esta mañana?

—Espero que no, tenemos que salir.

—Creo que el té que le di para las náuseas está ayudando.

—Cuidado con esas hierbas. —Fui tajante—. No quiero que le hagan mal al bebé.

—Su hermana dijo que no hay problema.

—Está bien.

Karoline entró en la sala y se sentó en una silla.

—Buenos días, Dorothy.

—¿Cómo estás hoy?

—Genial.

—¡Qué buena noticia!

—Gracias. —Karoline cogió un racimo de uvas y las tiró en su plato, luego se sirvió un poco de leche y café.

Me sorprendí cuando mi celular vibró en el bolsillo. Lo saqué para ver quién era, aunque ya esperaba que fuera mi hermana.

Jaque:

¿Emocionado por el gran día?

James:

¿Gran día?

Jaque:

La ecografía.

James:

Hablas como si fuera un gran evento.

Jaque:

¡Y lo es! Verás a tu bebé por primera vez. En tu lugar estaría superemocionada.

James:

Tal vez sea hora de que tengas el tuyo.

Jaque:

Aún estoy buscando un buen padre. Necesito conocer a gente fuera del hospital o del círculo de amigos de papá.

James:

Solo trabajas.

Jaque:

Mira quién habla.

James:

Jajaja.

Jaque:

¡Quiero fotos!

James:

Te mostraré las imágenes después.

Jaque:

Es lo mínimo que debes hacer.

James:

Nos vemos, hermana.

Jaque:

¡Hasta luego!

Guardé el celular en el bolsillo y tomé la taza para terminar mi café. Esperé a que Karoline masticara un trozo de pan y me levanté.

—¿Vamos?

Ella asintió.

Fui a la sala y tuve que esperar a que fuera a su cuarto a recoger su bolso. Intercambió unas pocas palabras con Dorothy, las cuales no presté mucha atención, y bajamos a la cochera donde estaba mi vehículo.

—¿Será que ya podemos saber el sexo del bebé? —Me sorprendió la pregunta de Karoline mientras maniobraba el coche para salir de ahí.

—Creo que aún es temprano para identificarlo con los exámenes de imagen.

—¡Ah! —Ella giró la cabeza y empezó a mirar hacia fuera, pero noté que delicadamente colocó las manos sobre su barriga.

Dudaba que ya pudiera sentir algún movimiento del bebé, pero tampoco vi razón para recriminarle el tocar su propio cuerpo.

Pensaba que sería mucho más fácil manejar esta situación, pero parecía volverse más difícil y embarazosa con cada día que pasaba. El hecho de haber tenido sexo con una mujer cercana a mí solo para concebir mi hijo no ayudaba en nada. Desde entonces trataba de mantenerme alejado de ella, pero debía admitir que no estaba siendo nada fácil.

Paré en el estacionamiento de la clínica de reproducción y di la vuelta al coche, abriendo la puerta para Karoline y ayudándola a bajar. No era algo que solía hacer, pero fue tan automático que solo me di cuenta cuando ya lo había hecho.

Fuimos hasta la puerta y el equipo médico ya estaba allí para recibirnos.

—Doctor Vaughn.

—Hola, doctora Shaw —respondí a la mujer y moví la cabeza para observar a las otras dos que estaban con ella.

—Bienvenidos.

—Gracias. —Karoline sonrió a las otras mujeres.

—¿Cómo te sientes? —La otra doctora se acercó a Karoline y la guió por el pasillo.

—Hoy me desperté sin náuseas.

—Eso es bueno.

Ellas caminaron al frente y la doctora Shaw se quedó a mi lado.

—¿Todo está marchando según lo planeado?

Me sorprendió la pregunta y me quedé pensando cómo responder. Absolutamente nada estaba como lo había planeado, pero no me arrepentía.

—Sí —respondí en un susurro corto.

—Hoy vamos a tomar la muestra de sangre de Karoline para hacer el examen de ADN.

—Está bien.

Me puse serio, con la postura altiva de siempre. Ya había aceptado y asumido que ese bebé era mío, no quería ni pensar en cómo me sentiría si el examen diera otro resultado.

—También quiero saber el sexo.

—Lo haremos.

—Perfecto.

Entramos los cuatro en una sala de examen y Karoline fue al baño a cambiarse. Mientras tanto, la doctora Shaw discutía detalles del seguimiento conmigo. No mencionó nada sobre el hecho de que yo había embarazado a Karoline directamente, lo cual agradecí. El momento era incómodo y la situación bastante confusa.

La otra médica ayudó a Karoline a acomodarse en la camilla y a preparar el aparato.

—Puede quedarse aquí, señor. —Me indicaron, señalando un lugar al lado, y fui allí sin cuestionar, curioso por la imagen que aparecería en la pantalla del aparato.

Aunque no se lo había admitido a Jaqueline, estaba ansioso por ese momento. Sería la primera imagen de mi hijo o hija, la teoría finalmente convirtiéndose en realidad. En lugar de soñar con ver a mis sobrinos, pronto tendría a los míos.

—¿Listo? —preguntó la doctora Gilbert a Karoline, que asintió con la cabeza.

Por instinto, ella tomó mi muñeca cuando le introdujeron el aparato endovaginal. La miré a los ojos, sonreí y noté cómo se relajaba al mirarme. Permanecí así un momento hasta que el sonido bajo me llamó la atención.

—¿El corazón? —pregunté, mirando hacia el aparato.

—Los corazones —respondió la médica señalando la imagen, y aunque no era obstetra, supe reconocer muy bien los dos sacos gestacionales.

—¿Gemelos? —Karoline se removió, abriendo los ojos.

—Sí —respondí, antes que las médicas, algo atónito por la noticia que me sorprendió. Tendría dos hijos de una sola vez.

—¡Vaya! —El rostro de Karoline osciló entre la alegría y la sorpresa—. No imaginaba que fuera posible...

—Era una posibilidad, considerando que estabas tomando la medicación para la maduración de los óvulos. Fueron dos fecundados al mismo tiempo.

—Entonces, ¿no serán iguales? —Karoline no paraba de hacer preguntas a la médica.

—No... Pueden tener sexos diferentes.

—¿Diferentes? —Los ojos de Karoline brillaron.

—Aún no se puede saber.

—Ah... —Suspiró.

Me quedé observando la imagen un rato, procesando lo que significaba, hasta que la doctora Shaw tocó mi hombro y me llamó a un rincón de la sala, mientras Karoline se levantaba para cambiarse.

—Imagino que esto no es un problema.

—¿Problema? —Fruncí el ceño.

—Dos bebés.

—De ninguna manera.

—Entonces, ¿piensa quedarse con los dos según los términos del contrato?

—Sí.

—Entonces, cuando se confirme la paternidad, puede pedirle a su abogado que haga un aditivo con los nuevos términos y lo pase a la señorita Dover para que lo firme.

—Está bien.

—Haré lo posible para asegurarme de que la salud y el buen desarrollo de sus bebés estén garantizados, doctor Vaughn.

—No espero menos.

—Aquí están las imágenes de la ecografía —dijo la otra médica, extendiéndome las fotos, pero Karoline fue más rápida y las tomó.

—Gracias —dijo Karoline, abrazando la carpeta, y yo no dije nada para recriminarla.

—¿Podemos irnos?

—Solo vamos a tomar una muestra de sangre de Karoline para algunos exámenes.

Asentí y señalé con la cabeza para que siguiera a las médicas.

Después de que la liberaron, volvimos al coche, y Karoline permaneció en silencio mientras hojeaba las imágenes de la ecografía, que aún no mostraban mucho más allá de dos pequeñas manchas.



Karoline

Capítulo treinta y dos

Dos bebés...

Hace unos meses, en el pico de la enfermedad de mi madre, jamás habría esperado tener un hijo, mucho menos dos. Después de su pérdida, me sentía completamente sola en el mundo, sin embargo, esa soledad desapareció al pensar que estaba creando nuevas vidas. La alegría de saber que tendría gemelos era indescriptible, pero se desvaneció con unas pocas palabras de James.

—Voy a pedirle al abogado que haga un adendo —dijo él.

—¿Adendo? —Levanté una ceja y lo miré mientras seguía conduciendo hacia casa.

—Para incluir el hecho de que son gemelos.

—¡Ah!

Pronto me di cuenta de que él pensaba quedarse con los dos. Aunque una parte de mí creía que era inadmisible abandonar a mis hijos, vagamente soñaba con la posibilidad de que James me dejara quedarme con uno de ellos.

No había ninguna posibilidad de que esas criaturas no fueran suyas, pero en el fondo, deseaba que el examen de ADN dijera lo contrario. Puede que no tuviera su dinero, pero al menos tendría a la familia, que en ese momento parecía ser lo más importante.

Coloqué la carpeta con los resultados en mi regazo y dejé ambas manos sobre mi barriga. *Gemelos...* Estaba esperando dos bebés y eso rondaba en mi cabeza, repitiéndose casi como un mantra. Tal vez había firmado un contrato en el que decía que tendría que entregárselos a James,

pero mientras estuvieran dentro de mí, seguían siendo míos.

Cuando llegamos a su apartamento, mi estómago estaba un poco revuelto. Fui directo al cuarto sin decir nada y me acosté en la cama. Me quedé boca arriba, con las manos sobre mi barriga, hasta que Dorothy tocó la puerta y pidió entrar.

—¿Karol?

—Hola. —Me senté en la cama sonriendo.

—Traje un poco de té para tu malestar. —Entró con una bandeja y se detuvo junto a la cama.

—Gracias. —Me estiré para tomar la taza.

—¿Cómo te fue? —Noté que estaba curiosa.

—Son dos.

—¿Dos?

—Sí. —Sujeté la taza con una mano y volví a colocar la otra sobre mi barriga—. Estoy esperando dos bebés.

—Qué buena noticia.

—Sí.

—¿Y cómo reaccionó el jefe?

—James tiene su propio estilo.

—Lo sé bien. —Rió.

—Así es.

—Pero estoy muy feliz. ¡Felicidades!

—Gracias.

Dorothy estaba radiante, y en parte yo también lo estaba, pero no podía dejar de pensar que, en lugar de abandonar un bebé, tendría que dejar a dos. Quería mucho convencer a James de que sería mejor quedarme cerca mientras crecían, pero no tenía idea de cómo hacerlo. Porque cada vez que daba un paso para acercarme a él, James daba dos pasos más grandes para alejarse.


James

Capítulo treinta y tres

—Aquí están las recetas para el alta. —Le entregué un papel a la acompañante de mi paciente, a quien había sometido a una cirugía para resección de un tumor en el lóbulo frontal.

—Gracias, doctor.

—Le pido que siga todas las recomendaciones. El tiempo es necesario para que vuelva a sus actividades normales.

—Gracias por salvar a mi marido. —Me abrazó. Era brusca y me apretó el torso con fuerza, dejándome sin respirar por un momento hasta que la aparté y aspiré aire con fuerza.

—Agradezco que haya confiado en nuestro equipo.

Estaba acostumbrado a ese tipo de comentarios, pero salvar vidas no era más que mi obligación. Cuando elegí seguir el camino de mi familia, sabía que fallar no era algo que pudiera admitir y siempre traté de ser el mejor. En la mesa de cirugía no había espacio para pruebas ni errores.

Salí de la habitación del paciente y me sorprendió ver a Jaqueline en el pasillo. Estaba arreglándose el cabello rubio en una coleta y corrió hacia mí en cuanto me vio.

—¡James! —No se detuvo hasta que tocó mi hombro—. ¿Qué te pasó?

—Nada.

—No respondes mis mensajes desde que volviste de la ecografía. Pensé que me ibas a evitar toda la semana. Eso me preocupó mucho. ¿Está todo bien con Karoline y el bebé?

—Están bien.

—Entonces, ¿te costaba mucho mandarme un mensaje para decirme eso? Hubieras evitado el 50% de mi desesperación.

—No era para tanto.

—¡James! —suspiró y me encogí de hombros—. ¿Tuviste un mal día?

—No.

—Entonces, ¿qué pasó?

—Son dos.

—¿Dos? ¿Bebés?

Asentí con la cabeza.

—¡Ah, James, felicidades! —Me rodeó con los brazos, pero me alejé cuando vi a los profesionales del hospital pasando por el pasillo y mirándonos.

—¡Jaqueline!

—Deja de ser pesado y déjame abrazarte.

—No hace falta llamar la atención.

—¡Es una gran noticia! Solo falta que me digas que estás feliz.

Tomé la mano de mi hermana y la tiré hacia mí, entrando en una habitación vacía y cerrando la puerta para que pudiéramos quedarnos a solas.

—Estoy feliz.

—Entonces, ¿por qué esa cara?

—No quiero que lo cuentes por todo el hospital.

—Sabes que tarde o temprano todos se enterarán, ¿verdad? —Cruzó los brazos y me miró seria.

—Tarde o temprano no es hoy.

—Pero parece que no es solo eso lo que te molesta —Inclinó la cabeza, observándome un poco más.

—Ahora es real, los vi. Oí el corazón.

—La sensación debe ser increíble.

—Lo es... —Me vi obligado a admitirlo.

—Estoy tan feliz por ti.

—No te emociones.

—¿Dónde están las imágenes de las ecografías? —Extendió las manos como si las llevara conmigo.

Fruncí el ceño y la miré con reproche, lo que hizo que ella se echara atrás.

—Quiero verlas.

—No las tengo aquí.

—Iré a tu casa al final de tu turno. No importa que me digas que no.

—Está bien. Ahora tengo que irme. Tengo dos pacientes que visitar y otro al que darle el alta...

—Espera —Jaqueline me detuvo al sujetar mi brazo antes de que pudiera salir del cuarto.

—¿Qué pasa?

—¿La vas a llevar al almuerzo este domingo?

—¿Llevar a Karoline al almuerzo familiar?

—Sí.

—¡Por supuesto que no!

—James...

—Ella no es mi novia, Jaque.

—Es la madre de tus bebés.

—No. Solo la madre subrogada.

Mi hermana solo movió la cabeza en señal de desaprobación, pero no dijo nada más. Salí de la habitación y seguí con mi trabajo.

Ya estaba siendo difícil mantener la distancia correcta en la situación y mi hermana no ayudaba en nada.



Karoline

Capítulo treinta y cuatro

Abrí la puerta, equilibrando una caja en una mano. Había salido a hacer algunas entregas y regresé al apartamento de James al final de la tarde. Aunque el dinero no era mucho, estaba ahorrando para el día en que ese sueño en montaña rusa terminara. No solo por mis hormonas que fluctuaban por el embarazo, sino también por el humor de James, que era completamente impredecible.

Sabía que acercarme a él era arriesgado, pero aún así era lo que más deseaba. Sin embargo, cada vez parecía más difícil convertir ese sueño en un "felices para siempre".

Cuando di algunos pasos tambaleantes hacia la sala, me sorprendió que James tomara la caja de mi mano y me lanzara una mirada seria.

—No deberías estar cargando peso.

—Solo estaba haciendo unas entregas de mi trabajo. —Intenté recuperar la caja, pero él no me dejó.

—No hace falta, yo me ocupo de ti. —Colocó la caja sobre el sofá y me rodeó la cintura, con el pecho erguido.

—¿Y qué pasará cuando ya no estés cuidando de mí? —Lo miré con el mismo aire desafiante, esperando su respuesta, pero James se quedó en silencio.

Nos quedamos mirándonos durante lo que parecieron segundos interminables, en una tensión rara, hasta que fui yo quien cedió primero. Tomé la caja del sofá y la llevé a mi habitación.

Por más que soñara, por más que quisiera y suplicara desde lo más profundo de mi corazón, sabía que mi tiempo con James tenía fecha de caducidad. No solo perdería a él y la comodidad que su fortuna me daba, sino también a dos bebés que ni siquiera había visto, pero que extrañamente ya amaba.

Me senté en la cama, masajeándome las rodillas, que estaban un poco doloridas, y respiré profundo. Para alguien que había nacido sin nada, ya había perdido demasiadas cosas en la vida.

Escuché un golpe en la puerta y levanté la cabeza, esperando ver a Dorothy con una sonrisa cálida y algunas de sus maravillosas tazas de té. Sin embargo, me sorprendí al ver al doctor Vaughn, con su cara de pocos amigos.

—¿Te sientes bien? —Sacó las manos de los bolsillos y cruzó los brazos mientras hablaba.

—Sí.

—¿Sin náuseas?

—Hoy no.

—¿Estás tomando la medicación?

—Sí, doctor...

—Quiero que mis...

—Que los bebés nazcan saludables —interrumpí, apresurándome a completar la frase—. No te preocupes, quiero lo mismo.

—¡Perfecto!

—Sé que pasas mucho tiempo en el hospital y quizás no te des cuenta, pero estar aquí sola es un fastidio —dije, dejándome llevar, tal vez más de lo que debería.

—Podrías haberme dicho eso antes.

—No pensé que fuera algo que te preocupaba.

—Tu calidad de vida también influye en el embarazo.

—Claro, doctor.

—¿Por qué ese mal humor? —Dio un paso hacia dentro de la habitación, acercándose a mí, y yo giré la cabeza, tratando de evitar la conversación.

—No tengo mal humor. —Era una pésima mentirosa, pero esperaba haberlo convencido, pues no quería hablar al respecto.

Después de la segunda vez, era como si me estuviera apartando aún más, y desde lo más profundo de mi ser, odiaba eso. Pero era yo quien necesitaba entender que quería más de lo que me había prometido, y la ilusión era completamente mía.

El maravilloso e inquebrantable doctor Vaughn no era para mí. Solo me veía como un medio para un fin, no tenía derecho a estar molesta por la falta de retorno emocional, pero aún así lo estaba.

—Cámbiate de ropa. —Me sorprendió escuchar su voz grave.

—¿Qué?

—Estás aburrida de quedarte aquí, ¿verdad?

Asentí con la cabeza, confirmando.

—Entonces vamos a salir.

—¿Salir a dónde?

—Solo cámbiate de ropa.

—¡Está bien!

Él me observó mientras me levantaba, y tardó un poco en darse cuenta de que debía salir de la habitación. No sabía a dónde me llevaría, pero me emocionaba la idea. Llevaba unos jeans, así que solo me puse una camiseta y tomé un abrigo, porque el clima estaba algo nublado y parecía que iba a hacer frío.

Recordé cuando mi madre siempre me decía que llevara un paraguas, porque podía mojarme, y siempre terminaba lloviendo.

Salí de la habitación con las manos en los bolsillos traseros de los pantalones y vi a James parado en el pasillo. Él llevaba un look algo más relajado, pero aún con un blazer caqui sobre una camisa polo blanca.

—¿Lista?

Asentí.

Me guió por el pasillo y salimos por la puerta de la sala. Dorothy no dijo nada, y me preguntaba si él le había mencionado adónde íbamos o si ya se había acostumbrado a no cuestionar la vida del jefe.

Dejé que James manejara hasta que me di cuenta de que habíamos estacionado cerca del Millennium Park.

—¿Qué vinimos a hacer aquí?

—Te vendrá bien caminar un poco para la circulación. Además, a mí me gusta venir aquí a despejarme. Me gustan las esculturas que hay.

—¿El Bean?

—La Crown Fountain.

—¿Esa con la pantalla gigante y gente escupiendo agua?

—Es una buena forma de describirlo. —Se rió.

No podía considerar ese paseo como una cita, pero sin duda sirvió para acercarnos, justo como yo quería. El único problema era que estaba cayendo en mi propia trampa. James no parecía tan interesado en mí, pero cada vez suspiraba más por él. Al final, me iría con el corazón roto, pero no podía evitarlo.

—Vamos, vamos a verla.

No entendía mucho de turismo, pero supuse que Millennium Park era uno de los lugares más visitados de la ciudad. Así como la Torre Eiffel es el símbolo de París, no se hablaba de Chicago sin mencionar el Cloud Gate, o "Bean", por su forma de frijol. El parque también atraía a mucha gente por los espectáculos que ofrecía. Estaba en el corazón de Chicago y mezclaba modernidad con arte y una gran variedad de flores y plantas.

James y yo comenzamos a caminar por los jardines y mis ojos recorrían el lugar, observando las estructuras y las personas que pasaban. Vi a una pareja de indios y luego a un grupo de orientales, turistas sin duda, porque hablaban en un idioma que no lograba entender.

James vivía cerca del parque, lo que nos permitía verlo desde la ventana de la sala, pero estar ahí era mucho más mágico.

—¿Cómo están tus piernas?

—Bien, doctor.

—Genial.

—¿Eso es un perro caliente? —Señalé un carrito.

—No vas a comer eso. —Me detuvo antes de que pudiera acercarme al vendedor.

—¡Son ricos! —Hice un puchero.

—Pero no es nada saludable.

—¿Me das un respiro hoy?

Sacudió la cabeza, negando.

—Eres un pesado. —Di unos pasos hacia atrás, pero antes de que pudiera alejarme demasiado, me agarró de la muñeca.

—Ven aquí.

—¡Eh!

—Te gusta el chocolate, ¿verdad?

—¿Quién no ama el chocolate? —Reí mientras miraba a mi alrededor, hasta que me di cuenta de que me estaba llevando hacia un puesto donde vendían frutas bañadas en chocolate.

—Toma. —Me entregó un pincho con fresas.

—Gracias. ¿Te dio miedo que los bebés nacieran con cara de perro caliente? —bromée, antes de darle un mordisco.

—Eso no pasaría. —Mantuvo su tono serio y arrogante, como si creyera conocer el mundo entero.

—Quién sabe. —Me encogí de hombros y seguí comiendo la fresa. Estaba deliciosa y, en el fondo, me alegró que él me hubiera hecho ese gesto.

—Esos antojos raros ocurren cuando…

—Sin explicaciones médicas, James. —Coloqué mis dedos sobre sus labios, haciendo que se callara.

Solo quería disfrutar del momento y me sentía feliz de que él estuviera ahí, aunque preferiría estar más cerca, tomados de la mano o incluso más.

—Te estás ensuciando como una niña. —Se acercó a mí y me quedé quieta al sentir su dedo deslizarse por la parte lateral de mi boca, probablemente para quitarme algún resto de chocolate.

—Gracias. —Me sentí algo avergonzada por la cercanía y me lamí los labios de forma automática, saboreando el dulce y recordando cómo era besarlo.

James se quedó frente a mí y nos miramos. Por un momento, fue como si no notara a las personas que pasaban a nuestro alrededor, ni a los turistas que hablaban en otros idiomas.

Estaba a punto de quedarme de puntillas y atreverme a besarlo. Quería mucho estar en sus brazos nuevamente, sin embargo, me sorprendió una gota de lluvia cayendo justo sobre mi cabeza, seguida de varias más.

—Vámonos de aquí. —Me ofreció la mano.

Asentí y dejé que James me llevara lejos de la lluvia. Bajé la cabeza, protegiendo mi rostro, pero el camino hasta el coche fue suficiente para que ambos nos empapáramos.

Entré primero cuando él destrabó el vehículo y luego James dio la vuelta para ir al asiento del conductor.

—Esperaba que no lloviera.

—Parece que el clima no quiso colaborar con nosotros. —Pasé la mano por mi rostro, quitando los hilos de agua que se habían pegado.

—No debí haber salido contigo.

—Ah, no me va a hacer daño un poco de lluvia.

Puso en marcha el coche y encendió la calefacción. Aunque no vivía muy lejos del parque, fue una buena decisión ir en coche.

Tan pronto como entramos al apartamento, me di cuenta de que la empleada ya se había ido y me percaté de que habíamos pasado más tiempo fuera de lo que había creído. Busqué a James por la sala y lo vi quitándose el blazer lleno de pequeñas gotas de lluvia.

—Ve a bañarte.

—Estoy bien.

—No quiero que te resfríes.

—Está bien.

Intenté abrir la cremallera de mi suéter, pero se atoró. Lo tiré hacia abajo varias veces, pero al darme cuenta de que no iba a poder, me giré hacia James, pidiéndole ayuda antes de que desapareciera por el pasillo.

—¿Me puedes ayudar?

—¿No puedes abrirlo?

—Creo que se enganchó.

Me miró, con una leve expresión de desconfianza, pero se acercó y tiró de la cremallera. En el primer tirón, no se movió. James sostuvo la parte inferior de la prenda, frotando sus dedos por mi barriga de una manera que me provocó cosquillas, y tuvo un poco más de cuidado para abrir el cierre. Esta vez lo consiguió.

—Listo. —Se detuvo con las manos sobre mis hombros.

—Gracias. —Sin pensarlo, me puse de puntillas y levanté el cuerpo.

—Karoline... —Dudó ante mi actitud.

—Bésame.

—No deberíamos hacer esto de nuevo.

—¿Por qué no quieres?

James guardó silencio y me di cuenta de que había tocado el punto exacto, una chispa de esperanza vibró en mí con la posibilidad de que estuviera reprimiendo sus deseos. Di un paso hacia él y eliminé por completo la distancia. Tal vez hubiera sido todo lo que necesitaba hacer antes, porque James me abrazó por la cintura y atrajo mi cuerpo hacia el suyo, pegando nuestras ropas mojadas.

Pasó su mano por mi rostro, despejando los restos de lluvia, y sostuvo mi mentón. Cuando me besó, supe que era todo lo que necesitaba. Todo ese calor me hizo olvidar que estábamos mojados. La suavidad de sus labios rápidamente me envolvió y me sumergió en el momento más intenso y mágico.

Le quité la camiseta y James se apartó solo para que pudiera quitársela, dejándola caer al suelo.

—Necesitamos bañarnos —dijo contra mis labios, como último intento de alejarme, pero no era eso lo que quería.

—Ven conmigo. —Deslicé mis dedos por su abdomen bien marcado hasta llegar al cierre de su pantalón.

James me tomó la mano y pensé que iba a apartarme debido a la firmeza de su acción, pero la movió un poco más abajo y la colocó sobre el bulto de sus pantalones. Me deleité con sus gemidos mientras presionaba su mayor fuente de placer. Empecé a mover la mano arriba y abajo, aún sobre la tela de su pantalón, y sus ojos en blanco me indicaron que iba por buen camino.

Aparté la mano para dejar que me quitara la blusa y levanté los brazos, dejando que mi ropa cayera al suelo. Me retorcí para abrirme el sujetador y James terminó de quitármelo.

Creo que encontramos una nueva forma de secarnos mientras nos frotábamos el uno contra el otro, calentando no solo nuestras pieles sino también nuestra sangre. Ya estábamos en el pasillo cuando me deshice de los zapatos y James me quitó los pantalones.

Me gustó cuando tiró de mí hacia su dormitorio y cruzamos la habitación hasta el cuarto de baño. Accionó un interruptor de la bañera y empezó a llenarse de agua. Volví a atraer sus manos hacia mí, queriendo disfrutar de aquel momento, de cada segundo que él ansiaba tocarme y besarme.

Sentí un escalofrío cuando mi espalda chocó con los azulejos de la pared, pero la sensación de frío pasó pronto cuando las manos de James recorrieron mis muslos, calentándome, mientras su boca volvía a tomar la mía.

Solo llevaba tanga y notaba la fina tela empapada cuando frotaba mi vulva contra la pierna que él había colocado entre las mías. Decían que el embarazo aumentaba el deseo, pero no

me veía necesitando más estimulación que el contacto con aquel hombre tan hermoso.

Me mordisqueó el labio inferior mientras sus manos bordeaban mis nalgas, recorriéndolas hasta que sus dedos se hundieron en mi culo. Me di la vuelta, pidiendo más. James movió su boca por mi cuello, bajó hasta el valle entre mis pechos y chupó uno de mis pezones. Empezó a chupármelo y me hizo frotarme aún más fuerte.

Pasé las manos por su espalda, dejando las marcas de mis uñas, hasta agarrarle los hombros. Luego continué hacia su pelo, tirando de él para que su boca volviera a estar sobre la mía.

Mientras nos besábamos, me tomé la libertad de tocarlo directamente, sintiendo su miembro palpitar entre mis dedos. Estaba tieso y James no podía negar que lo deseaba tanto como yo. Mis dedos lo recorrieron en toda su longitud y esparcí el poco líquido que salía de su verga por todo el glande mientras lo estimulaba.

James me apretó el culo, besándome lleno de lujuria. Me encantaba que me tocara así, pero me gustaba aún más cuando una de sus manos se adelantaba, apartaba mi tanga y tocaba directamente mi canal. Me provocaba metiendo y sacando el dedo, lo que aumentaba aún más mi necesidad de él.

Le aparté las manos para terminar de bajar la tanga. La tiré al suelo y me retorcí contra la pared mientras James me metía un dedo hasta el fondo. Lo retiró lentamente y lo fue subiendo poco a poco hasta que presionó mi clítoris. Gemí y me revolví, pidiendo más, y James me lo dio, moviendo el dedo en círculos de una forma que me hizo gemir.

Sin duda, el neurocirujano tenía manos muy hábiles.

—¡James! —gemí su nombre y rodeé sus hombros con los brazos cuando sentí que se acercaba su orgasmo. Me moví en su mano, incitándolo, y me entregué al éxtasis cuando acabé lo más intensamente posible.

—¿Estuvo bien? —Me sujetó por el mentón y me obligó a mirarlo, con los ojos aún en blanco cuando le contesté.

—Sí...

Necesitaba algo de tiempo para recuperarme antes de que mi mano volviera a su miembro. Volví a estimularlo hasta que James apartó mi mano.

—¿Qué ocurre?

—Vamos al baño. —Me tomó por la cintura y me llevó dentro.

Nos metimos en el agua caliente y sentí que todo mi cuerpo se relajaba. James se sentó de espaldas y yo me subí a su regazo. Froté mi sexo contra el suyo, haciendo que el agua se arremolinara antes de deslizarme dentro. Gemí mientras él ganaba espacio dentro de mí mientras yo me arrodillaba, quedándome quieta un rato.

James abrió la boca, pensé que iba a decir algo que podría estropearlo todo, pero cambió de opinión. Con una mano húmeda, me rodeó la nuca y tiró de mi cabeza hacia él. Volvimos a besarnos y una de sus manos se dirigió a mi cintura, animándome a moverme. Sin pudor, empecé a moverme arriba y abajo sobre él, en busca del placer que tan bien sabía encontrar.

Apoyé la cabeza en su frente y le miré fijamente, viendo cada uno de los efectos del deseo en sus ojos y en su boca. Gemía suavemente, pero no intentaba ocultarme lo mucho que estaba disfrutando. Yo no era la única que disfrutaba de la íntima conexión.

Aumentamos el ritmo y salpicamos agua por todas partes. Volví a besarlo y no paré hasta que sentí su líquido dentro de mí y alcancé el éxtasis por segunda vez.

—Dorothy pensará que eres un desastre. —Choqué con su hombro mientras miraba alrededor de la habitación.

—Karoline... —Su voz se puso tensa y me di cuenta de que podía arruinar el momento.

—James, ¿por qué no podemos quedarnos así? —Me abracé a su cuello.

—No somos pareja.

—Estamos viviendo juntos, podemos disfrutarlo, ¿no? ¿Vas a decirme que es tan horrible tener sexo conmigo?

—No se trata de eso.

—¿Qué es, entonces?

—Es provisional.

—Lo sé.

—¿Serás capaz de separar el sexo de cualquier otro vínculo?

—Por supuesto —dije, con determinación. Quién sabe, tal vez podría hacerle creer esa mentira y, en consecuencia, yo también creer eso.

—No te traje aquí para tener sexo conmigo.

—¿Vas a mentir y decir que no quieres?

—Eres una mujer preciosa y no se trata de eso. —Me levantó de su regazo y me sentó en el otro extremo de la bañera.

—Podría ser bueno para los dos.

—O un completo desastre.

—Cumpliré el contrato, James.

—Ya no lo estamos cumpliendo. —Nos señaló a los dos.

—Esto podría ser una ventaja. —Estaba dándome cuerda, metiendo visiblemente la pata, pero necesitaba una alternativa para mantenernos implicados, porque lo quería. Tenerlo hasta el final del contrato era mejor que estar sin él. Nada dura para siempre y quería disfrutar de este momento de alegría todo el tiempo que pudiera.

James me miró fijamente y le vi dudar entre el sí y el no.

Me asusté y decidí no esperar respuesta, así que me puse encima de él y volví a besarlo.


James

Capítulo treinta y cinco

Era obvio que tenía claro que estaba cometiendo un error. Podría decir simplemente que Karoline era insistente, pero no podía mentir sobre el hecho de que me gustaba estar con ella. No solo por el sexo, sino por su presencia. Jamás debí haber aceptado el consejo de Jaqueline de llevarla a mi casa.

Los límites no debieron ser quebrados, pero lo fueron, más de una vez.

Karoline no era una de esas prostitutas con las que cogía por una noche, pagaba y nunca más las veía. Era una mujer con la que compartía la casa y estaba llevando a mis hijos. Podría salir muy perjudicado de esa extraña mezcla.

Mi celular empezó a sonar y abrí los ojos. Miré al techo de mi cuarto y escuché un resoplido, tomando un momento para darme cuenta de que Karoline estaba en la cama conmigo, desnuda. En algún punto entre la bañera y la mañana siguiente, dejé que se quedara allí.

Tomé el teléfono y me levanté. Me di cuenta de que ella se había despertado, pero no dijimos una palabra. Coloqué el celular en mi oído y me acerqué a la ventana.

—Hola.

—Señor, soy la doctora Shaw. —La voz femenina resonó al otro lado de la línea—. ¿Puede hablar?

—¿Qué pasó?

—Tengo buenas noticias.

—¿Cuáles?

—Tengo el resultado del ADN. Tendrá un par de bebés.

—¿Son míos? —No quería una respuesta negativa, pero aún así me arriesgué a preguntar.

—Sí.

—Genial.

—Le enviaré el informe a su correo por si quiere revisarlo. ¿Hay algo más en lo que pueda ayudarlo?

—No, por ahora no.

—Entonces que pase buen día, doctor Vaughn.

Colgué la llamada y vi a Karoline sentada en la cama mirándome. Su mirada era de interrogación, pero no dijo nada.

—Los bebés son míos —comenté.

—Lo sé. —Me di cuenta de que no era el único que daba respuestas bruscas—. ¿Estás contento con el resultado?

—Sí.

—Qué bueno. —Se levantó de la cama sin preocuparse por cubrirse.

Involuntariamente, mis ojos siguieron su cuerpo. Karoline tenía curvas en los lugares correctos, lo que llamaba mucho mi atención.

—Son un par. Un niño y una niña. —Tal vez no necesitaba saber eso en ese momento, pero se me escapó.

—¿En serio? —Sus ojos brillaron al prestarme atención.

—No es que debas preocuparte por eso.

—Ah, claro. —Su expresión se cerró nuevamente—. Tengo hambre. —Pasó junto a mí y se dirigió al baño, agachándose para recoger la ropa interior que había quedado en el suelo. Luego regresó al cuarto y miró de un lado a otro como si buscara algo.

—¿Qué pasa?

—Mi sujetador, creo que lo dejé en la sala.

Por un momento imaginé a la empleada viendo la ropa esparcida por el suelo, pero mientras se mantuviera callada, su opinión me importaba poco.

—Ve a tu cuarto y vístete. —Tomé la sábana y se la entregué a Karoline.

—Está bien.

Cuando ella salió de la habitación, fui a cambiarme y me puse ropa limpia. Después de cepillarme los dientes, salí peinándome con los dedos.

—Buenos días, señor. —Me saludó Dorothy cuando entré a la sala.

Miré alrededor del lugar y no vi ninguna prenda en el suelo, probablemente ella había recogido y puesto todo a lavar, pero no tuvo la indiscreción de comentarlo.

—Buenos días. —Tomé una silla y me senté.

—¿Está todo bien con Karol?

—Señorita Dover —la corregí—. Sí, todo bien.

Lo que no sabía era si todo estaba bien conmigo, porque esa relación me tenía, al menos, confundido. Mi lógica era clara: no debía besarla, ni tocarla, mucho menos tener sexo con ella, pero en la práctica estaba siendo mucho más difícil.

—¡Buenos días, Dorothy! —Karoline entró al cuarto y me sonrió de una manera mucho más amable y cálida que la mía.

—¿Dormiste bien, señorita?

—Muy bien. —Me sonrió, recordándome la noche anterior, pero yo seguí con mi rostro serio de siempre.

Tomé un sorbo de café y me quedé callado. Odiaba no tener el control de la situación y odiaba aún más tener sentimientos contradictorios que me devoraban por dentro.

Mi teléfono empezó a sonar y pensé que sería una buena excusa para salir de allí cuando vi el número de mi hermano mayor en el identificador de llamadas.

—¿John?

—Tío James, voy a ser la mariposa.

—¡Hola, Jennie! —Me sorprendió aún más la voz infantil de mi sobrina. En algunas ocasiones ella tomaba el teléfono de mi hermano, pero no esperaba que fuera ella esta vez—. ¿Dónde vas a ser la mariposa?

—En la obra de la escuela.

—¡Qué bien!

—¿Verdad que sí?

—Sí, felicidades.

Ya era lo suficientemente viejo para no recordar esos momentos de la preescolaridad, pero con el tiempo que pasaba con mi sobrina, me había dado cuenta de que todo lo que la emocionaba era importante para ella.

—Es hoy.

—¿Vas a presentarte hoy?

—Sí. ¿Vas a ir?

—¿Quieres que vaya?

—Sí.

—Voy a revisar algunas cosas en el hospital y veré si puedo ir. ¿Está bien?

—Está bien.

—¿Está tu papá o tu mamá cerca?

—Papá.

—¿Puedes pasarme el teléfono?

—Hola, James. —La voz de mi sobrina fue reemplazada por la grave de mi hermano mayor—. No sé por qué, pero insistió en que te invitara a ti y a Jaqueline a la presentación de

esta noche.

—Tú eres el jefe.

—Si no aparece ninguna cirugía de emergencia, estás liberado.

—Mándame la dirección de la escuela y la hora.

—Te lo paso por mensaje luego.

—Perfecto.

Colgué la llamada y vi que Karoline estaba atenta.

—¿Qué pasa? —le dije.

—Qué voz tan dulce, ¿quién era?

—Mi sobrina. Quiere que vaya a la obra de la escuela esta noche.

—Supongo que no puedo ir, ¿verdad?

—No —respondí rápido. De ninguna manera iba a llevar a Karoline a un evento donde probablemente estaría toda mi familia.

No involucrarme era la palabra clave en mi relación con ella, solo que no entendía por qué me estaba costando tanto.

—Voy a prepararme para ir al hospital. —Empujé mi taza hacia un lado y me levanté de la mesa. Pensé que evitar mirar a Karoline en ese momento haría todo más fácil.



Karoline

Capítulo treinta y seis

En cuanto escuché el ruido de la puerta cerrándose y noté que James se había ido, Dorothy dejó de fregar el suelo y se acercó a mí.

—¿Qué está pasando realmente entre ustedes dos? —me preguntó, curiosa, y no me extrañaba nada después de encontrar nuestras ropas esparcidas por el suelo.

—Creo que me estoy ilusionando.

—¿Eh?

—Lo peor es que quiero.

—No entiendo nada.

—James no quiere nada conmigo, pero yo sigo queriendo más de lo que él me va a ofrecer.

—Están viviendo juntos.

—Es mucho más complicado de lo que parece.

—¿Por qué?

—Sabes los motivos por los que estoy aquí. —Me levanté de la mesa y caminé hacia la ventana de la sala, desde donde podía ver el parque. En lo más profundo de mi mente, me llegaron flashes del día anterior.

—No puedes dejar a tus niños con él e irte.

—Eso es lo que acordé.

—Aún me parece una locura.

—No tenía muchas opciones en ese momento.

—Todavía me sigue pareciendo una locura.

—Sí... —Solté un largo y profundo suspiro.

—Ustedes se van a entender y van a estar juntos.

—Él no quiere una esposa, Dorothy. Solo quería un hijo. Ahora va a tener dos. —Coloqué la mano sobre mi vientre, acariciándolo mientras pensaba en los gemelos que tendría pronto. Tal vez no debía contarle eso a Dorothy, pero no tenía con quién más desahogarme.

—Esos hombres no siempre saben lo que quieren.

—Ojalá fuera tan fácil.

—¿Lo amas?

Abrí los ojos sorprendida por la pregunta de la empleada, dejándome sin palabras durante unos segundos.

—¿Quién no se enamoraría de un hombre como él? —respondí con otra pregunta, pensando que ya estaba libre de la conversación, pero no parecía ser tan sencillo.

—¿Pero qué sientes tú? —Secó sus manos con el delantal y se acercó más para analizarme.

—A ver… Él es arrogante y grosero la mayor parte del tiempo.

—Estoy de acuerdo. —Dorothy se rió.

—Pero, en el fondo, tiene un corazón que lo hace preocuparse por sus pacientes. Da lo mejor de sí para cada uno de ellos y se siente devastado cuando falla. Es cuidadoso. Parece que le gusta la familia, por la forma en que interactúa con Jaqueline... —De repente, me di cuenta de que estaba divagando sobre James.

—¿Por qué no vas a ver la presentación?

—No puedo. James ya dijo que no quiere que vaya.

—Él solo no quiere que su familia te conozca, pero podrías verlo desde lejos, entre la gente.

—Esa es una idea loca, Dorothy.

—Está bien. —Se encogió de hombros—. Olvídalo, no soy yo quien lo dijo.

Ya era tarde para olvidar, porque ella ya había sembrado una inquietante semilla en mí. Era una presentación escolar y probablemente habría otros familiares; podría mezclarme con ellos, y tal vez James ni se daría cuenta de mi presencia.

—Ni siquiera sé dónde estudia la niña.

—Eso lo puedo averiguar. —Sonrió al darse cuenta de que había mordido el anzuelo.

—¿Cómo?

—Conozco a la empleada del señor John Vaughn. De hecho, somos vecinas. Puedo preguntarle amablemente dónde estudia la niña y conseguirte la dirección.

—¿Y qué pasa si voy?

—Solo lo sabrás cuando llegues.

Debí decirle a Dorothy que era una pésima idea y quedarme en el departamento hasta que James regresara, pero pasé toda la tarde consumida por esa posibilidad. Finalmente, le pedí a la empleada que averiguara la dirección de la escuela y me preparé para ir allí. Si me quedaba oculta, James ni siquiera me vería, y no podría reprocharme nada, ya que su familia no descubriría quién era, mucho menos que estaba embarazada.

Cuando llegué a la escuela ya era tarde y el lugar estaba lleno de padres y familiares. Bajé del autobús en la esquina, mientras la entrada del edificio estaba repleta de autos caros. Era una escuela para niños ricos, y no me sorprendía que la sobrina de James estudiara allí. Seguramente no era el único Vaughn viviendo en lujo.

Una familia tradicional de médicos. Eran como la realeza de Chicago, y todavía me parecía increíble el giro loco que había dado mi vida al estar viviendo con uno de ellos.

Entré junto a un grupo de personas y no cuestionaron mi presencia. Seguí el flujo hasta la entrada de un gran teatro. La gente buscaba los mejores lugares para ver la obra de los niños.

Estaba cerca de la puerta, disimulando que miraba el celular cuando vi a James y a Jaqueline. Estaban acompañados de otro hombre rubio, que parecía un poco mayor. También vi a una mujer morena, con rasgos latinos, que llevaba un bebé rubio. Supuse que ella era la cuñada de James.

Me di la vuelta justo cuando se acercaron a la entrada del auditorio. Me aseguré de que no me vieran. James estaba tan distraído con su familia que realmente no me notó. Los observé con la mirada mientras se acomodaban cerca del escenario.

—Ellos son los Vaughn.

Me sobresalté al escuchar a alguien hablar a mi lado. Giré la cabeza y vi a otro hombre rubio, que parecía tener una edad más cercana a la mía. Tenía rasgos muy parecidos a los de James, lo que me hizo tragar en seco. Había más de ellos, y este había notado mi presencia.

—En realidad, somos los Vaughn. —Se rió mientras se pasaba la mano por el cabello—. Aunque a mis hermanos no les gusta tenerme cerca.

—¿Los médicos, no? He oído hablar de ustedes. —Desvié la conversación. El tipo no sabía quién era yo, y la situación debía seguir así.

—No todos somos médicos.

—Ah, pensé que sí.

—Normalmente, mi familia esconde los problemas debajo de la alfombra y finge ser perfecta.

—Creo que todas las familias tienen problemas.

—Supongo que la tuya también.

—¿La mía? —Me sorprendió su afirmación.

—Estás escondida aquí afuera. Supuse que si estuvieras esperando a alguien ya habrías entrado y guardado tu lugar, pero solo estás mirando desde lejos.

—Es solo tu impresión. —Traté de desviar el tema.

—Sé muy bien lo que es estar en las sombras, mirando desde lejos porque no te quieren cerca. Nunca me invitan a estos momentos, pero a veces vengo de todos modos.

—Lo siento mucho.

—No lo sientas. —Se rió, dejándome aún más confundida—. A veces es divertido ser la oveja negra. Mientras todos están preocupados por ser los mejores, yo puedo ser simplemente yo mismo.

—Viendo las cosas desde ese punto de vista... —Sonreí.

—Cuéntame, ¿qué pasa con tu familia?

—En realidad, no es mi familia.

—¿Cómo que no? —Se acercó más, claramente más curioso, y yo me estaba metiendo en un lío.

—Es que estoy saliendo con un tipo que no quiere presentarme a su familia.

—¡Qué idiota! Eres tan bonita.

—Es mucho más complicado que eso.

—¿Él está casado? —Se tapó la boca, como si se hubiera sorprendido—. Qué traviesa eres…

—¡No! —Me apresuré a responder, completamente avergonzada—. No está casado.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Algo que no le voy a contar a un extraño.

—Podemos ser buenos amigos. —Jason me guiñó un ojo—. O algo más, si quieres. Tal vez sea una pareja mucho más interesante que la que tienes actualmente.

—No, gracias, paso.

—Ni siquiera me has dado la oportunidad de conocerme.

—Creo que fue un error haber venido aquí. —Di un paso atrás, pero antes de que pudiera escapar, el más joven de los Vaughn me tomó de la muñeca.

—Todavía ni sé tu nombre.

—Mejor que no lo sepas. —Me zafé con fuerza, pero acabé tropezando con una placa con información sobre la obra de los niños.

El ruido hizo que todos se voltearan a mirar.

¡Maldita sea!


James

Capítulo treinta y siete

Cuando nos sentamos en los primeros lugares del teatro, Cristal quedó al frente, cargando a mi sobrino, y desde el hombro de su madre, el niño miraba hacia atrás, correspondiendo con gestos a las muecas que hacía Jaqueline. Al mirarlo, no podía dejar de pensar que pronto tendría el mío. Los míos, mejor dicho… Serían dos bebés a la vez y, a pesar de las circunstancias, estaba bastante emocionado. Estaba ansioso por poder mirarlos de la misma manera en que ahora observaba a Adan.

Vi cómo Cristal recostaba la cabeza sobre el hombro de mi hermano y él la besaba en la frente. Para mí era raro que él aún pudiera amar a la misma mujer después de todo lo que habían pasado. Jason había metido la pata, no le quitaba la culpa al más joven, pero no entendía por qué se aferraba tanto a una misma mujer.

—Ah, son tan adorables —suspiró Jaqueline a mi lado.

—¿Quiénes? ¿Los niños? —Moví la cabeza para mirarla.

—Sí, pero me refiero a John y Cristal. Quisiera encontrar a alguien que me amara tanto como él la ama a ella.

—Eso es una tontería —bufé.

—Eres un idiota. —Me empujó el hombro.

—No lo soy.

—Podrías tener una familia, pero te sigues autodestruyendo.

—No es así.

—Sí, sí lo estás.

—Voy a tener hijos, gemelos.

—Que necesitan una madre… —Encogió los hombros.

—Tendrán una tía insoportable.

—Eso no es suficiente, necesitan más.

—No empieces, Jaqueline.

—No vas a escapar del tema.

—Karoline es solo... —no pude terminar la frase porque un estruendo hizo que todos miraran hacia atrás. Jennie justo acababa de entrar al escenario vestida de oruga—. ¿¡Karoline!?

Me sorprendió muchísimo verla con mi hermano menor. Parpadeé varias veces, asegurándome de que no fuera una broma de mi mente. Ninguno de los dos debería estar allí, mucho menos juntos.

—¿Qué diablos está haciendo aquí ese desgraciado? —bufó John.

—Tranquilo —Jaqueline intentó detenerlo mientras él se levantaba como un toro en dirección a la entrada del auditorio.

—¿Por qué vino aquí? —le pregunté a mi hermana, dándome cuenta de que ella también había visto a Karoline.

—No lo sé.

Me levanté de la silla y seguí a John, que avanzaba como un perro rabioso hacia la entrada. Tomó a Jason por el cuello y lo levantó del suelo.

—Hola, querido hermano. —Rió el más joven, provocando.

—Tú no aprendes, ¿verdad?

—Solo quería ver la presentación de mi sobrina.

—¿Cómo lo supiste?

—Nada es un gran secreto en esa mansión.

—John —Jaqueline lo detuvo, tratando de hacerlo retroceder—. La gente está mirando, vas a asustar a los niños.

Cuando algunos guardias llegaron para separar a mis hermanos, me acerqué a Karoline. La tomé del brazo y la arrastré detrás de una columna.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Solo quería ver a tu sobrina.

—¿En qué momento se te ocurrió que eso sería una buena idea? —Apreté los dientes y sus ojos marrones se achicaron.

—No quería que nadie me viera.

—¿Y encima hablando con Jason?

—Él no sabe nada de mí.

—Menos mal, ¿verdad?

—Lo siento. —Se encogió, abrazándose a sí misma—. No quería hacerte enojar.

—Si de verdad te preocupara, no habrías venido.

—¡James! —Jaqueline se acercó a nosotros y me di cuenta de que había elevado un poco el tono.

—¡Ella estaba hablando con Jason!

—Pero apuesto a que no le dijo nada.

Karoline negó con la cabeza.

—Viste, nadie sabe nada. —Mi hermana me empujó en el pecho, obligándome a dar un par de pasos atrás—. Karoline, regresa a la casa de James.

—Está bien.

—Vamos a entrar. —Jaqueline puso la mano sobre mi hombro mientras veía cómo algunos guardias sacaban a Jason.

—¡Vete! —gruñí hacia Karoline, quien solo asintió con la cabeza.

De repente, mi mente se llenó de imágenes de lo que había pasado con John. No me gustaba pensar en Jason cerca de Karoline, mucho menos hablando con ella. El más joven ya había arruinado la vida de nuestro hermano mayor lo suficiente como para saber que debía tener cuidado.

Karoline se fue y Jaqueline me guió de regreso a las sillas para continuar viendo la presentación de nuestra sobrina.

—¿Conocen a esa mujer? —Nos sorprendió la pregunta de John, que aún bufaba, oscilando entre tener juicio y no tenerlo.

No supe qué responder, pero Jaqueline fue más rápida.

—Es solo una paciente que está obsesionada con James. Ese sentimiento de gratitud que ustedes conocen muy bien. Parece que es pariente de una de las niñas de la escuela y solo fue una coincidencia que estuviera aquí.

—Claro —dije, asintiendo sin agregar nada más.

John nos miró por unos momentos más, pero terminó por convencerse.

Por poco, la verdad que no quería revelar sale a la luz gracias a una aparición inesperada de Karoline.



Karoline

Capítulo treinta y ocho

Me tiré de lleno en el banco de la parada de autobús y solté un largo suspiro. Me froté los ojos para quitarme las lágrimas cuando empecé a sentirme como una tonta. Claro que ir hasta allá había sido una pésima idea, eso se hizo evidente desde el primer momento, pero igual me arriesgué y todo lo que iba a lograr era que James se enojara conmigo.

Qué buena manera de acercarnos...

Me froté los ojos con más fuerza y me sorprendí al alejar las manos y ver que alguien me había extendido un pañuelo.

—No vale la pena —dijo una voz.

—¿Jason? —Levanté la cabeza, sorprendida al encontrar los ojos azules del hermano menor.

—Creo que ninguno de nosotros vale la pena.

—Solo me cayó algo en el ojo —respondí, intentando desviar la conversación.

—¿Qué tienes con James?

—¿James? ¿Qué James? —Traté de esquivar la pregunta, fingiendo no saber de quién hablaba.

—Mi hermano.

—No conozco a tu hermano.

—Mentirosa. Los vi a los dos hablando.

—Solo vino a preguntarme si me había lastimado.

—No me vengas con esa. James no se preocupa por nadie más que por él mismo. Dudo mucho que se haya acercado solo para ver si estabas bien.

—En realidad, fue la mujer la que se acercó.

—¿Jaqueline?

—Creo que sí. —Me levanté tan pronto como vi el autobús acercándose en el horizonte —. Tengo que irme. Muchas gracias por el pañuelo.

Antes de que tuviera tiempo de hacerme otra pregunta, subí al autobús lo más rápido que pude, escapando del hermano menor de los Vaughn.

Estuve cerca. Hablé un par de frases con Jason y ya había sido suficiente para darme cuenta de que la relación que él tenía con el resto de sus hermanos no era buena. Sin duda, era la peor persona para que se enterara de mi complicada relación con James.


James

Capítulo treinta y nueve

Entré a la casa y fui directo al cuarto de huéspedes donde Karoline debía estar. Había intentado manejar la situación para que John no sospechara nada, pero aún estaba extremadamente molesto.

—¿Karoline? —Entré al cuarto, pero estaba vacío.

Volví a la sala y no la encontré, me preguntaba si realmente había vuelto a casa. Estaba a punto de ir al lugar donde vivía antes para traerla a mi casa cuando la vi salir de la cocina.

—Hola. —Me dedicó una sonrisa forzada—. Sé que estás molesto.

—¿Molesto? Te dije que no quería que fueras.

—Solo quería ver desde lejos. Por cierto, tu sobrina es muy linda.

—Podrían haberse dado cuenta.

—No iba a decir nada. No dije nada. —Puso las manos sobre la boca en señal de silencio.

—Entonces, ¿por qué hablabas con mi hermano?

—Él no tenía idea de que yo estaba ahí para verlos. Dije que era otra persona.

—No debiste hacerlo.

—Lo siento. —Bajó la cabeza, como si supiera que no tenía margen para discutir conmigo.

—Mantente lejos de mi familia.

—Ya lo entendí. ¿Puedo ir al cuarto ahora? —Señaló hacia la puerta—. Tengo un poco de dolor de cabeza.

—Ve. —Resoplé.

Ella caminó en silencio y cerró la puerta. Quería regañarla más, pero la falta de resistencia de su parte me dejó sin palabras. Karoline sabía que estaba equivocada, aún así no estaba completamente seguro de que no fuera a repetir ese error.

Mi celular vibró en el bolsillo y me imaginé que era un mensaje de Jaqueline, pero me sorprendió ver el número del hermano menor.

Jason:

No esperaba esto, señor perfecto.

James:

¿De qué hablas?

Jason:

Depende de ti decírmelo. ¿Acompañante de lujo o puta barata?

James:

¿Qué?

Jason:

Creo que voy a quedarme con la primera opción.

James:

No sé de qué hablas.

Jason:

La mujer que estabas mirando en la escuela. Pensé que era una amante de John, pero él no la conocía, a diferencia de ti.

James:

No sabes de qué hablas.

Jason:

¿No? Pueden pensar que no conozco al resto de ustedes y que son más inteligentes que yo, pero sí sé. John ya se casó con una pobre, así que no creo que la esté ocultando por eso. Nos queda la opción de que sea una prostituta. Sería un buen motivo para que el perfecto la escondiera de todos y la relegara a esconderse.

James:

No sabes de qué hablas.

Jason:

¿No? Soy más inteligente de lo que parezco.

James:

Ni siquiera conozco a la mujer.

Jason:

Sigue escondiéndola. Muy bien.

James:

Haz algo más importante que estar molestando al resto de nosotros.

Jason:

¿Y perder los momentos más divertidos?

James:

John tiene razón. Deberían encerrarte en una celda oscura y tirar la llave. No tienes arreglo.

Jason:

Eso fue un golpe bajo, eso suena como una señal.

James: ¡Cállate!

Jason:

Por ahora, quién sabe.

El hermano menor dejó de mandar mensajes y no insistí en intercambiar insultos, especialmente en un momento en el que estaba tan molesto. La última persona que quería que supiera algo sobre mi vida parecía haber sospechado de mi relación con Karoline.

Jason era peligroso, necesitaba tener mucho cuidado. Aunque no creía que fuera capaz de matar a alguien, había logrado casi hacer que mi hermano perdiera a su esposa.

Tenía una extraña necesidad de provocarnos que hacía que todos cultiváramos rabia y miedo.

Todo sería más fácil si hubiera decidido seguir el camino del resto de nosotros, pero prefería causar problemas y caos.

Caminé hasta la puerta del cuarto de Karoline, para dejar claro que quería que se mantuviera alejada de mi familia. Estaba furioso y dispuesto a pelear con ella, pero cuando me acerqué a la puerta, escuché un sollozo.

¿Está llorando?

Abrí el picaporte sin golpear y la encontré sentada en la cama. Karoline se frotó la cara y trató de esconderla de mí.

—Ya entendí. No hace falta que lo repitas. Me voy a mantener alejada de tu familia.

—Perfecto. Ten cuidado, especialmente con Jason.

—Lo haré.

Me quedé observándola hasta que Karoline levantó la cabeza para mirarme.

—¿Ahora puedes dejarme en paz?

—¿Por qué estás llorando?

—No estoy llorando. —Apretó los dientes y trató de tragar las lágrimas, pero solo las hizo más evidentes.

Mi curiosidad me hizo acercarme a ella y me senté a su lado en la cama. Karoline se apartó hacia el otro lado, tratando de mantenerse alejada de mí.

—Puedes irte, me quedaré encerrada aquí.

—Nunca dije que te quedaras encerrada.

—Hay maneras diferentes de decir eso. —Intentó disimular las lágrimas, pero terminó sollozando.

—Karoline.

—Vete.

Moví mi mano y tomé su mentón, acercándola hacia mí.

—Estoy hablando contigo.

—Estoy segura de que ya escuché todo lo que tienes para decir.

Karoline intentó escapar de mi agarre, pero antes de soltar su rostro, lo tiré hacia mí por puro instinto. Besarla no estaba en mis planes cuando entré al cuarto, pero no pude resistirme a la cercanía de su boca. Estaba ahí para exigir que cumpliera el contrato, pero era difícil cuando ni yo mismo podía hacerlo.

Subí mi mano por su muslo y la tomé por la cadera, acercándola a mí mientras mi lengua exploraba su boca. Acaricié su culo, apretándolo, haciendo que se frotara contra mí mientras mi lengua jugaba con la suya.

Bajé besando su mentón, pero cuando mordí su cuello, me sorprendió empujándome con las manos en los hombros.

—¡Detente!

—¿Qué?

—No me beses.

—¿Por qué no?

—Ya entendí, James, tú no quieres.

No era exactamente lo que mi erección estaba diciendo cuando se levantó de mi regazo en ese momento.

Me quedé con un malestar en la garganta, pero me levanté de la cama mientras la observaba. Mi verdadero deseo era acostarla sobre esas sábanas y hacerla gemir. Sin embargo, eso no era lo correcto y esta relación confusa me estaba volviendo loco.

—Necesito descansar. —Señaló hacia la puerta.

—También tienes que cenar.

—Lo haré después.

—¿Quieres que te examine? —Dí un paso más hacia ella, pero Karoline me empujó el pecho y me sacó del cuarto.

—Déjame descansar. —Golpeó la puerta y yo me quedé mirando sin saber qué hacer.

Estaba confundido sobre mis propios sentimientos, así que decidí que lo mejor sería irme a mi cuarto también.



Karoline

Capítulo cuarenta

Estaba cada vez más segura de que no quedaría bien cuando todo terminara. James había dejado muy claro lo que quería de mí, había un contrato formal que lo confirmaba. Aun así, quería engañarme con la posibilidad de vivir mi propio cuento de hadas.

Necesitaba dejar de pensar que podríamos estar juntos. No podía cambiar lo que él quería, pero eso también significaba que me quedaría sin los bebés. Por más que hubiera aceptado toda esa situación desde el principio, estaba siendo muy difícil, y no tenía idea de cómo me sentiría después.

Pensaba que podría resolver mi vida. Ya era solitaria y había perdido todo, no imaginaba que el vacío que vendría después sería aún mayor.

Esa mañana me desperté con esa certeza más fuerte, porque íbamos a hacer otra ecografía.

Después del incidente en la escuela de la sobrina de James, él pasó varios días hablándome poco. Ya debería haberme acostumbrado a esa situación y dejar de pensar que, de alguna manera, las cosas podrían ser diferentes.

No era su novia ni nada, solo un vientre de alquiler que estaba gestando a sus hijos. No podía apegarme ni siquiera a los niños que estaban creciendo en mí.

—¿Ya estás lista? —Me sorprendió su voz, que resonó al otro lado de la puerta.

—Todavía tengo que cambiarme.

—No podemos retrasarnos.

—Como si fuera el fin del mundo —murmuré bajo, pensando que no me escucharía.

Me preparé y fui hasta el comedor, sorprendida al ver a Jaqueline conversando con James. La rubia se giró hacia mí cuando escuchó mis pasos y me sonrió amigablemente.

—¿Cómo estás, Karol?

—Las náuseas están disminuyendo.

—Qué bueno.

—Vamos ya. —James resopló.

—Ella tiene que comer primero. —Su hermana ofreció una silla para mí y esperó a que me acomodara antes de empujarla más cerca de la mesa.

—Nos vamos a retrasar. —Continuó inquieto.

—Estoy segura de que el mundo no se va a acabar por eso —canturreó Jaqueline.

Estaba ansiosa por ver a los bebés y, al mismo tiempo, muy angustiada y nerviosa. Cada día que pasaba, más grandes se volvían y menos tiempo tendríamos juntos.

A pesar de la presencia de Jaqueline, que me daba la oportunidad de comer sin prisas, pensé que lo mejor sería no seguir demorándome. Tenía que ir, posponer ese momento no aumentaría el tiempo que tendría con los niños.

—Solo voy a cepillarme los dientes y tomar mi bolso —le dije a la rubia.

—Está bien. Te esperamos en la sala.

—Gracias. —Me dirigí al pasillo.


James

Capítulo cuarenta y uno

—¿Qué le hiciste?

—¿Yo? —Levanté una ceja cuando mi hermana se giró hacia mí con las manos en la cintura y una expresión inquisitiva.

—Sí, tú.

—No hice nada.

—Cuéntame otro chiste.

—He estado en mi mundo después de lo que pasó en la escuela de Jennie. —Crucé los brazos para no dejarme intimidar por la actitud de mi hermana.

—Todo sería mucho más fácil si no te comportaras como un idiota.

—¿Yo? ¿Un idiota? —Me sorprendió lo que acababa de decir mi hermana.

—Claro que sí.

—Fue ella quien apareció ahí, se puso a hablar con Jason y casi le cuenta todo a John.

—Sería más sencillo si no estuvieras arruinando todo.

—No lo estoy haciendo.

—Será más fácil cuando entiendas que los hijos no vienen sin familia.

—No empieces con eso otra vez...

No necesité decir más, porque Karoline se acercó y su presencia cerró el tema. La observé mejor cuando se detuvo frente a mí. No me había dado cuenta antes, pero su panza ya había crecido un poco, marcando una ligera curva en su blusa. Tuve el impulso de poner la mano sobre ella, pero me contuve.

Señalé la puerta y dejé que ellas pasaran delante de mí.

Aunque a veces la presencia de Jaqueline me molestaba, tenerla cerca hacía que el ambiente fuera más relajado con Karoline, ya que no habíamos hablado mucho desde la última vez que la besé y ella me pidió que parara.

Jaqueline intentaba convencerme de que no solo necesitaba a los bebés, sino también a Karoline, mientras yo luchaba con todas mis fuerzas por demostrar lo contrario. Pensaba que sería el mismo hombre que decidió ser padre, pero ya había cambiado lo suficiente para darme cuenta de que no lo era.

Fuimos hacia mi coche y Karoline se acomodó en el asiento trasero, dejando el del copiloto para mi hermana.

—¿Has tomado la medicación? —Jaqueline rompió el silencio.

—Tal como ustedes recomendaron.

—Qué bueno. ¿Estás ansiosa por tenerlos en brazos?

—La verdad, me gustaría que se quedaran aquí dentro para siempre. —Probablemente Karoline lo dijo sin pensar, porque se disculpó inmediatamente.

—No te preocupes. —Mi hermana mantuvo su tono amable—. Creo que es una reacción común en la mayoría de las mujeres en esta etapa.

No quería pensar en cuánto todo este proceso me estaba afectando. Tal vez, si hubiera hablado más directamente con mi hermano sobre ser padre antes de tomar la decisión, estaría un poco más preparado para la sensación de tener mi vida completamente cambiada.

Algunas cosas las sabía. La paz de mi casa nunca sería la misma. Dorothy necesitaría la ayuda de una niñera. La práctica ya era bien visible ante mis ojos desde el primer momento, pero los sentimientos...

—¡James! —Jaqueline me sacó de mis pensamientos y me di cuenta de que había parado en un semáforo y no aceleré cuando se puso en verde—. ¿Estás bien?

—Sí.

Me concentré en el camino y pronto llegamos a la clínica.

Dejé que Jaqueline hiciera varias preguntas y se interesara por todos los detalles del embarazo. Aunque quería mantener a mi familia alejada, estaba seguro de que mi hermana se irritaría mucho si no era ella quien realizaba el parto, aunque fuera normal.

No lo admitía, pero era bueno tenerla cerca en esos momentos.

—El embarazo de gemelos siempre conlleva más riesgos... —Escuché a Jaqueline hablar con la doctora Shaw mientras veía a Karoline entrar al baño para cambiarse.

Quería decir que no, pero estábamos extraños el uno con el otro y eso parecía empeorar cada día. Karoline era una mujer bonita, con un cuerpo atractivo, y cada vez que cedía a la atracción, era como si estuviéramos en una montaña rusa.

Salió con la bata del hospital y nuestros ojos se cruzaron. Me quedé en silencio, con los brazos cruzados, y ella giró la cara, como si quisiera evitarme. Eso era lo que quería desde el principio, pero no podía decir que me sentía cien por ciento cómodo.

—Acuéstate aquí. —La doctora ayudó a Karoline a acomodarse en la camilla.

—¡Allí están los dos bebés! —Jaqueline celebró a mi lado.

—Sí. —Miré alternadamente entre el aparato de ecografías y el rostro de Karoline. Ella hizo una pequeña mueca cuando el aparato la tocó, pero no dijo nada.

Todavía eran muy pequeños, pero ya podía ver sus cuerpecitos tomando forma, la cabeza y los bracitos, a diferencia de la primera ecografía, donde solo eran dos pequeñas bolitas.

—¿Será que también serán médicos?

—No lo sé. —La pregunta de mi hermana me pareció irrelevante en ese momento.

—Creo que Jennie no va a seguir nuestros pasos.

—¿Lo dijo?

—Quiere ser muchas cosas, pero no como el padre.

—Creo que es muy pequeña para decidir.

—A veces solo sabemos desde pequeños.

—Es...

Seguí monótono, mirando la imagen de mis hijos. Sabía que eran una pareja por el examen de ADN. Aún eran tan pequeños, pero ya estaba muy ansioso por tenerlos en brazos. Era raro decirlo, pero ese momento justificaba toda la confusión que había atraído a mi vida.

—Están formándose muy bien, doctor Vaughn.

—Genial.

—Envíenme las imágenes y los exámenes de sangre también —exigió mi hermana.

—Como lo desee, doctora Vaughn.

—¿Puedo cambiarme? —preguntó Karoline al levantarse de la camilla, y por reflejo la ayudé.

Miré a la doctora que la había examinado y asentí.

Salimos de la sala de ecografías y me quedé en silencio mientras Jaqueline hablaba con Karoline sobre algunas recomendaciones médicas. Karoline sonreía a mi hermana, bien diferente a la expresión que me había dirigido en los últimos días.

En cuanto llegamos al estacionamiento, mi hermana vino a hablar conmigo.

—Acabo de acordarme que le prometí a mamá que iría a la fundación a revisar algunas embarazadas que llegaron allí.

—¿Quieres que te lleve?

—No, voy a tomar un taxi. Tú ocúpate de llevar a Karol.

—Está bien.

—Llámame si necesitan algo.

—Claro.

—Adiós, Karoline. —Le dio un beso en la mejilla y se alejó, dejándonos a solas.

Nos miramos y me atreví a iniciar la conversación cuando ella se acercó a la puerta del copiloto.

—¿Tienes hambre?

—Siempre tengo hambre.

—¿Quieres ir a un restaurante?

—Creo que Dorothy debe haber preparado el almuerzo.

—La llamo y le digo que no vamos.

—Como quieras. —Se encogió de hombros.

—¡Perfecto! —Me acomodé en el asiento del conductor y esperé a que ella se pusiera el cinturón antes de arrancar.

Para ser honesto conmigo mismo, no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. La mayoría de las decisiones que tomé respecto a Karoline desde que la conocí habían sido impulsivas. Tal vez solo era el hecho de estar molesto por ella ignorándome, cuando siempre fui el centro de atención. Si fuera así, sería más fácil.

Conduje hasta un restaurante en el centro de Chicago, que quedaba a medio camino entre mi departamento y el hospital. Nos detuvimos en la puerta y le entregué las llaves al aparcacoches que se acercó a mí.

—Ni siquiera estoy vestida para ir a un lugar como este. —Karoline se encogió en el asiento.

—Vamos. —Di la vuelta y le extendí la mano—. No te preocupes por eso.

—Para ti es fácil decirlo.

—Vamos, Karoline. —Extendí la mano, esperando que la tomara.

—Está bien. —Agarró mis dedos y la empujé suavemente fuera del auto. En cuanto cerré la puerta del copiloto, el aparcacoches se llevó el vehículo.

Con una mano, tomé la de Karoline y con la otra la guié hacia la entrada del restaurante, donde una mujer nos recibió.

—Disculpen, pero hoy solo estamos atendiendo con reserva.

—James... —Karoline apretó mi mano, avergonzada, pero el hecho de que pronunciara mi nombre hizo que la recepcionista levantara la vista y me mirara directamente.

—Señor Vaughn...

—Espero que mi acompañante y yo no tengamos que dar media vuelta.

—Ah... No... Claro que no. Por favor, síganme. —Hizo un gesto para que la siguiéramos y entramos al restaurante.

Karoline observaba todo con atención, desde el candelabro de cristal hasta el piso brillante, pero yo no me molestaba en hacer lo mismo, porque ya había estado en ese lugar varias veces, con mis padres, mis hermanos o alguna cita.

—Aquí. —La recepcionista nos llevó a una mesa en un rincón y movió una silla, esperando que nos sentáramos.

—Gracias. —Karoline sonrió.

—De nada, señorita. Voy por los menús.

—No pensaba que un lugar como este estuviera tan lleno en pleno horario de almuerzo. —Ella recorrió las mesas con la mirada.

—Es un restaurante como cualquier otro.

—Lo sé, pero siempre imaginé esos lugares para cenas románticas. Probablemente por ver demasiadas películas.

—Generalmente se usan más para reuniones de negocios.

—Entiendo.

—¿Qué te gusta más comer? —Tomé un menú y le pasé el otro a ella.

—Elige tú.

—Te estoy dando lugar a que elijas lo que gustes.

—No entiendo nada de estas comidas de ricos.

—Es solo comida, Karoline.

—Prefiero un balde de pollo frito.

—Necesitas escuchar lo que mi hermano dice sobre las cantidades de arterias tapadas que trata por culpa de esas comidas. —Puse los ojos en blanco.

—Igual nunca voy a tener la oportunidad. —Se encogió de hombros y tragué saliva.

No necesitaba haber dicho eso, pero admito que di la oportunidad perfecta para que Karoline mencionara sobre mi familia.

—Ellos no entenderían mi situación.

—Jaqueline parece bastante inteligente, imagino que los demás también lo sean.

—Siempre hemos sido más amigos con ella.

—Entiendo. ¿También vas a esconderles a los bebés?

—No —respondí demasiado rápido y luego me di cuenta de que la siguiente pregunta podría ser mucho peor.

Afortunadamente, un camarero se acercó para tomar nuestro pedido, dándome tiempo para pensar un poco, aunque no me preparé lo suficiente para lo que diría a continuación.

—¿Les vas a decir que yo morí?

—Bueno, no...

—¿Vas a contarles la verdad?

—Creo que no tengo que explicarte nada sobre eso. La crianza de estos niños es responsabilidad mía.

—Claro. —Karoline cerró el rostro por completo—. No debo preocuparme por cómo será cuando ellos pregunten por la madre.

—Tú no... —Me detuve a medio camino de la frase cuando pensé en decir que ella no era la madre, porque lo era. Innegablemente y biológicamente, Karoline era la madre de los gemelos —. Tendré tiempo antes de que empiecen a preguntar.

—Sí.

—No tienes que preocuparte por eso.

—Es fácil firmar un papel y aún más fácil decirlo. —Colocó las manos sobre su vientre.

Tal vez este almuerzo pudo haber sido una idea mucho peor de lo que había pasado por mi cabeza en un principio.

Nos sirvieron los platos y corté un pequeño trozo de carne mientras la miraba. Karoline me había puesto en un aprieto. Todo el tiempo actué pensando que no quería una madre para mis hijos, pero ella me hizo cuestionarme cómo se sentirían ellos al respecto.

Mary Vaughn había sido una cirujana plástica de renombre que se convirtió en una mujer excéntrica después de casarse con el dueño del hospital, mi padre. Se inclinó por la terapia holística antes de retirarse y pasaba más tiempo en salas de Reiki que en cirugía. Mi madre tenía sus peculiaridades, y la vanidad era la mayor de todas. Lo peor de todo era que sería una mentira gigantesca si dijera que no había heredado eso. Aunque a veces la encontraba complicada y odiaba cuando me arrastraba a sus eventos, era mi madre, y no podía imaginar cómo habría sido mi vida si nunca la hubiera conocido.

—La carne está suave —dijo Karoline, mientras cortaba otro pedazo del filete poco hecho.

—Es el mejor restaurante de Chicago.

—Eso nunca lo sabré, porque no voy a probar todos. Y tenía una amiga que decía que el criterio personal es como un culo, cada quien tiene uno diferente.

—¿Qué pasó con esa amiga?

—¿Por qué preguntas? —Levantó una ceja.

—Nunca hablas de nadie.

—No me habías preguntado.

—Perdón.

—Está bien —dijo, mientras masticaba otro trozo de carne antes de seguir—. Cuando ya no estás disponible para las citas ni para las fiestas, los amigos desaparecen. Ahí es cuando descubres que, al final, nadie es amigo de verdad, porque no están cuando más los necesitas.

—¿Qué pasó?

—Mi madre tuvo cáncer. Hasta que murió fue una lucha ardua que dejó una deuda altísima. No perdí el apartamento solo porque no me dejó hipotecarlo, pero terminé pidiendo dinero prestado a un prestamista y perdí la dignidad.

—¿Llegaste a... —No me dejó terminar la frase.

—Solo me vendí para ti, y el adelanto del alquiler de vientre pagó mi deuda.

—Por eso necesitabas tanto el dinero de antemano.

—Sí.

—¿Todavía le debes algo a ese tipo? —pregunté, preocupado. Nunca tuve que meterme con alguien así, pero las historias que escuchaba no eran nada buenas.

Ella negó con la cabeza.

—Qué bien.

—Hacemos cosas desesperadas en situaciones difíciles, pero imagino que tú nunca has tenido que pasar por eso.

—Siempre he tenido dinero —admití, obligado.

—Es curioso pensar cómo algunos tienen tanto y otros tan poco. Tal vez eso del karma sea real. Al menos ellos tendrán una buena vida —dijo, poniendo las manos sobre su vientre y acariciándolo.

—Eso te lo puedo garantizar.

—¡Qué bueno!

—Tú también tendrás una vida cómoda de ahora en adelante.

—Sí, gracias...

—No parece muy emocionada.

—Hay cosas en la vida que son más importantes que el dinero.

—El dinero puede traerlo todo.

—¡Sí! —suspiró—. Incluso familia.

Me di cuenta de que hablaba de los bebés, pero no insistí en el tema.

Me sentía raro después de esa conversación. Escuchar las penas de Karoline me hizo sentirlas de alguna manera, y pensar en lo desesperada que había estado para someterse a mis condiciones. Además, no podía dejar de pensar en su pregunta. ¿Qué les diría a mis hijos cuando me preguntaran por su madre? ¿Sería fácil decirles que había decidido que no tuvieran una o simplemente que pagué por tenerlos de manera independiente?

—¿Puedo pedir postre? —Empujó el plato hacia un lado después de terminar de comer.

—Sí, claro.

—Gracias. —Hizo un gesto hacia el camarero mientras yo seguía pensando.

En la práctica, todo era más simple, no había sentimientos de por medio, ni los míos, ni los de los demás.

Karoline pidió un postre y yo rechacé lo dulce, quedándome observando los platos vacíos. Siempre pude tener todo lo que quise, pero eso no significaba que no tuviera consecuencias.



Karoline

Capítulo cuarenta y dos

Salir a almorzar con James fue muy diferente de lo que había imaginado. No pensé que estaría tan tranquila al contar los motivos que me llevaron a tomar las decisiones que tomé, pero no me arrepentía de hablar, porque mirar mis propios dolores me hacía sentirme menos culpable. Lo que no necesariamente hacía las cosas más fáciles. Dolía pensar que tendría que abandonar a mis hijos, sin importar cuáles fueran mis razones. Aún ni habían nacido, pero ya eran toda la familia que me quedaba. Lo peor era saber que nunca me conocerían ni tomarían conciencia de mi existencia.

Solo sería lo que decidí ser desde el principio, una madre subrogada.

—¿Quieres comer algo más? —Me sacó de mi ensoñación la voz de James.

—No.

—Entonces, vamos a casa.

—¿No vas al hospital hoy?

—Solo tengo una cirugía mañana temprano.

—Entiendo.

—¿Hay algo que quieras hacer?

—¿Yo?

—Sí.

—No. Podemos volver a tu departamento.

—Ok. —Hizo un gesto pidiendo la cuenta. Pagó el precio exorbitante de nuestro almuerzo y volvimos al coche.

—Tú... —comencé la frase, pero enseguida me callé, pensando que sería una tontería preguntar.

—¿Yo? —James sostuvo el volante y se giró hacia mí.

—Nada.

—Puedes hablar.

—No creo que sea algo que puedas contestarme.

—Si no preguntas, no hay forma de saber.

—¿Cómo vas a decorar el cuarto de los bebés?... Olvídalo...

—No va a ser mitad azul y mitad rosa. —Me sorprendió que respondiera con tanta naturalidad, porque después de meses conviviendo con él, ya me estaba acostumbrando a su habitual grosería—. ¿Te gustan los animales?

—Me gustan.

—Pensé en algo con animales. Sin ser demasiado infantil ni demasiado masculino o femenino. ¿Qué piensas?

—Está bien.

—Necesito que esté listo antes de que nazcan, y creo que voy a pedir que desmonten las

cosas del cuarto y llamar a una decoradora.

—¿Crees que lo necesitas?

—¿Desmontar? ¡Claro! Llené todas las habitaciones con muebles, pero ninguno está adecuado para dos bebés.

—Me refiero a la decoradora.

—¿No crees que lo necesite?

—Es un poco exagerado.

—Mi mamá llama a una hasta para cambiar el color de las cortinas.

—Mi mamá diría que es un gasto innecesario.

—Tuvimos vidas diferentes.

—Ni hablar.

—Deja la decoración en mis manos.

—Todo será decisión tuya. —Solté una risa que me sorprendió. Después del almuerzo, no me imaginaba riendo en el coche con James—. ¿No crees que sería mejor dejar que tu mamá participe en la elección?

—Definitivamente no pondría una decisión como esa en sus manos, me arrepentiría después.

—Pensé que tenía buen gusto.

—Tiene un complejo de grandeza y un instinto individualista muy marcado.

—Como todo Vaughn.

—Sí... —Tuvo que admitirlo, haciéndome reír—. No todo es tan perfecto a pesar de que tengamos dinero.

Su confirmación era algo que esperaba, aun así, me sorprendió, porque James no quería, bajo ninguna circunstancia, compartir información sobre su familia conmigo, mucho menos presentármelos, pero estaba abriéndose poco a poco.

—Imagino que Jason no...

—Él es problemático.

—¿Por qué?

—Eso es lo que todos quieren descubrir desde que nació. Fue peor para John.

—¿Qué pasó?

—Pasó cinco años pensando que su esposa lo había traicionado, y al final todo era una mentira de Jason.

—¿Y volvieron a estar juntos? —Me interesó saber.

—Sí.

—Es una buena noticia.

—¿Por qué? —Alzó una ceja.

—Significa que no todos los Vaughn son fríos y sin corazón. Hay esperanza para los bebés.

—No exageres.

Me encogí de hombros y volví la mirada hacia la ventana.

Continuamos en silencio hasta llegar al edificio y James estacionó el coche. En ese momento sentía menos rabia hacia él y esperaba que la situación permaneciera así el mayor tiempo posible. Necesitaba aceptar que tenerlo no era algo que lograría, para no seguir torturándome con falsas esperanzas.

—Ven. —Extendió su mano y la tomé sin pensarlo mucho, dejándome guiar hasta el ascensor—. Se cayó algo aquí.

Miré hacia abajo y vi que una gota de chocolate de la sobremesa se había deslizado sobre mi blusa.

—Siempre tan torpe. —Sonreí forzada.

—Solo un poquito. —Sonrió de vuelta y me sentí aún más avergonzada cuando nuestros ojos se encontraron.

James se quedó en silencio y lo único que más deseaba en ese momento era que acabara con la distancia entre nosotros y me besara. Tenía que dejar de lado esos impulsos, pero no podía, era más fuerte que yo. Cada vez que estábamos tan cerca y él no decía nada grosero o estúpido, no podía evitarlo. ¿Por qué no podíamos simplemente estar juntos?

Después de todas las tragedias de mi vida, era como si aún no hubiera dejado de soñar.

Comenzó a alejarse, pero antes de que pudiera irse, tomé su mano y la coloqué sobre mi barriga.

—¿Sentiste algo?

—Aún no...

Era cierto, aún era temprano para que los bebés comenzaran a moverse, pero sobre sentir... Si él supiera el torbellino que estaba haciendo que me volviera loca y que me estaba impulsando a tomar decisiones impulsivas.

—La barriga ya está creciendo. —Tocó la curvatura.

—Sí.

—¿Cuánto crees que pasará hasta que los sienta?

—Tal vez unas semanas más.

—Ya veo…

Me acarició más el estómago y dio un paso adelante. Solté un suspiro y contuve la respiración.

Cualquiera en el mundo diría que estaba loca. De hecho, lo estaba desde el momento en que acepté la propuesta. Al mismo tiempo, pensé que algunas locuras de la vida conducen a buenos momentos.

Volví a levantar la cabeza y su cara estaba junto a la mía. Se me aceleró el corazón y sentí la boca seca. Me humedecí los labios y observé cómo sus pupilas coloreaban de negro el apacible azul de sus ojos.

James movió su mano desde mi estómago hasta mi cintura, pero cuando me acercó, la puerta del ascensor se abrió. Pensé que sería la señal perfecta para que se alejara, pero se bajó y tiró de mí, entró en el pasillo y abrió la puerta del departamento.

—Ya lo sabes... —Empezó a decir, pero le toqué los labios con la punta de los dedos para silenciarlo.

Sí, lo sabía. Era cobarde lo que me estaba haciendo. Yo no era el amor de su vida, ni su novia. No debería querer vivir así, pero quería el atisbo de felicidad cuando estaba en sus brazos.

James me empujó contra la puerta cuando ésta se cerró y bajó su boca por mi cuello. Cerré los ojos y aspiré profundamente mientras me mordisqueaba la piel. Me sumergí en las sensaciones mientras sus pesadas manos recorrían el lateral de mi cuerpo hasta apretarme los pechos. Lo correcto era no volver a hacerlo y probablemente me arrepentiría al segundo siguiente, pero solo podía pensar en lo mucho que me gustaba que me tocara así.

Estaba confusa, muy confusa. Era difícil para cualquiera no estar en mi situación. Pensar racionalmente era la tarea más difícil del mundo. Él ya me había dicho varias veces que no quería nada conmigo, había aprendido, pero lo que sentía, bueno... Esa era otra historia.

Dejé de pensar cuando me agarró la cara y su boca se acercó a la mía. Me mordisqueó el labio de una forma que me robó el aliento y los sentidos y me derretí por completo.

Le pasé la mano por la cara, tocándole la mandíbula y bajando hasta la nuca, tirándole del pelo rubio y gimiendo en su boca cuando me apretó el pecho.

—¿Te gusta? —Me metió más mano con mirada pícara.

Sacudí la cabeza, asintiendo.

James se apresuró a sacarme la blusa y yo no opuse resistencia cuando me la quitó, haciendo lo mismo con mi sujetador. En cuanto su boca envolvió mi pezón, me estiré de puntillas y dejé escapar un gemido.

—Dorothy... —Me golpeó un soplo de realidad que me dejó completamente descolocado.

—Me pidió que la dejara ir al banco, probablemente aún no ha vuelto. —James no movió la boca para contestar, no parecía tan preocupado como yo, pero movió las manos para tomarme en brazos—. Vamos al dormitorio.

Asentí mientras cruzaba el apartamento conmigo en brazos y me llevaba a la habitación. Abrí la puerta de un tirón, dejando que se cerrara de golpe, y nos dio un mínimo de intimidad antes de que volviera a perder la cabeza.

Me acostó sobre las almohadas y su boca se acercó de nuevo a mis pechos. Me retorcí con cada oleada de placer mientras él chupaba, jugaba y lamía, con un efecto maravilloso.

Su boca recorrió el valle entre mis pechos, besó mi vientre con un poco más de cuidado hasta llegar a mi cintura, quitándome los pantalones y la tanga sin rodeos. No me imaginaba que volvería a hacerlo, pero cedí cuando me besó el interior del muslo y bajó hasta la ingle.

James sopló un aliento caliente, burlándose de mí, y yo arqueé el cuerpo en un acto reflejo, hundiendo los dedos en la sábana. Era muy observador y parecía haber aprendido una nueva forma de volverme loca.

Cuando su boca se acercó hambrienta a mí, no pude contener el gemido y me agarré a su pelo, incitándolo a seguir. Su lengua me recorrió, abriéndose paso entre mis labios mayores y subió lentamente hasta mi clítoris, haciéndome temblar de deseo durante el breve periodo que me pareció una eternidad. Tiré con más fuerza de su pelo mientras me agarraba las nalgas y me penetraba con la lengua.

—James... —gemí su nombre, mientras movía la cabeza de un lado a otro, cediendo al impulso de contonearme que fue detenido por la fuerza de sus manos.

Cuando me soltó para penetrarme con un dedo, perdí el aliento y me encontré con una nueva versión de mí misma. El placer me estaba poniendo caliente y las ganas me indicaban que ya casi había llegado.

Solo quería más y más...

Cerró los labios alrededor de mi clítoris y me chupó con tanta presión como podía ejercer con sus dedos. Me dejé llevar por el orgasmo, que llegó muy rápido con su dedo moviéndose dentro de mí.

Con los ojos en blanco y completamente sin aliento, aún estaba a merced de mi orgasmo cuando se retiró de entre mis piernas. Lo vi arrodillarse en la cama y quitarse la ropa, tirándolo todo al suelo hasta que pudo sujetarse la verga, pasándose los dedos por ella solo para llamar mi atención.

—Ven a devolverme el favor.

—Será un placer. —Me pasé la lengua por los labios mientras mi boca salivaba ante la propuesta.

Giré sobre la cama y me puse a cuatro patas, arrastrándome hacia él.

James me pasó la mano por el pelo y lo sujetó en una coleta mientras yo cambiaba mis manos por las suyas, agarrando su miembro. Lamí el glande, arrancándole un gemido, y decidí juguetear un poco antes de metérmelo en la boca. Pasé la lengua desde la base hasta la punta y seguí con los dedos. Sus reacciones fueron un buen parámetro para que continuara.

—Chúpamela. —Me tiró del pelo un poco más fuerte y me di cuenta de que se moría de ganas.

—No tiene sentido ser mandona conmigo ahora. —Soplé un beso.

—¿Vas a burlarte de mí?

—Tal vez... —Abrí la boca y chupé lentamente la punta, haciendo que él aumentara la presión sobre mi pelo.

Vi cómo se le iluminaban los ojos cuando lo tomé bajo mi lengua de una vez por todas, deslizándome hasta que la punta tocó mi garganta. Me soltó un poco el pelo y me dejó guiar los movimientos con las manos y los labios. James apoyó las manos en el colchón, echándose hacia atrás y rindiéndose a mis estímulos. Aumenté el ritmo con el que lo chupaba, saboreando su sabor, su volumen y su grosor.

—Detente. —Volvió a tirarme del pelo y me obligó a mirarlo. En ese momento, el palpitar entre mis muslos era demencial y no deseaba otra cosa que tenerlo adentro.

Me lamí los labios mientras lo miraba.

James me agarró de los muslos y me puso sobre su regazo. Se sentó en medio de la cama y yo doblé las rodillas sobre el colchón. Le rodeé el cuello con los brazos y acerqué mi boca a su oreja. Soplé aire caliente mientras me deslizaba sobre su erección y James me agarró el culo, presionando con fuerza mientras yo giraba para tenerlo dentro de mí. Le mordisqueé la oreja y me deleité con sus gemidos mientras me instaba a girar sobre su miembro. Arriba y abajo, de lado a lado, fue sencillo y natural encontrar un ritmo propio.

Eché la cabeza hacia atrás, dejando que el pelo me colgara, pero antes de que pudiera avanzar demasiado, James me tiró de la nuca y acercó mi boca a la suya, metiendo la lengua sin freno. Le devolví el beso con la misma intensidad, casi como si nos estuviéramos batiendo a duelo, pero era una batalla que ganaríamos los dos.

Sus manos firmes y pesadas recorrieron mi espalda, trazando la línea de mi columna y aumentando aún más los efectos que James estaba teniendo en mí. Rodé con más fuerza cuando volvió a agarrarme por la cintura y bajé la boca hasta su cuello, sintiendo los pelos de su barba rubia que empezaba a crecer.

Cedí a la necesidad de aumentar el ritmo y frotar aún más mi clítoris contra su pelvis. El placer crecía y me desplomé sobre él al llegar al orgasmo, entregándome a gemidos y respiraciones agitadas.

James me empujó hacia atrás y se acostó encima de mí, sin dejar de penetrarme hasta que encontró su propio placer. Le toqué la cara y me besó los dedos mientras sentía su líquido llenarme.

Permanecimos en esa posición hasta que nos recuperamos del momento.

—Tengo que...

—Quédate conmigo un poco más. —Lo abracé.

James no dijo nada, pero tampoco se levantó de la cama, permitiéndome acurrucarme en su pecho hasta que me dormí.


James

Capítulo cuarenta y tres

Quería que la vida fuera más simple, como las decisiones que teníamos que tomar. El plan de tener hijos sin involucrarme física ni emocionalmente con una mujer parecía perfecto y me libraría de problemas futuros, pero también traería otros.

¿Qué les voy a decir a los niños cuando pregunten por su madre?

Era una pregunta válida, pero no la había considerado antes. Criar a mis hijos sin madre parecía mejor que tener que involucrarme con una mujer, una tarea en la que claramente estaba fracasando.

Cuando me desperté por la mañana y vi a Karoline desnuda en mis brazos, supe que no era la primera ni la última vez. No pude evitar que sucediera una y otra vez... tenía que admitirlo: me gustaba acostarme con ella. Karoline era atractiva, sensual, tenía un cuerpo hermoso. Y sin contar la extraña intimidad que compartíamos desde la primera vez, porque yo siempre había usado preservativos, después de todo me había acostado solo con prostitutas. Pero con ella no usaba preservativos...

No éramos una pareja...

Me deslicé fuera de la cama y ella siguió dormida, tranquila y relajada.

Pero ¿cómo sería si fuéramos una pareja? Me pregunté mientras la observaba desnuda, a mi disposición. Teníamos un contrato, en teoría debía respetarlo por mi propio bien, pero ya habíamos roto más cláusulas de las que podía imaginar.

Desde que Karoline llegó a mi casa, no me había involucrado con otra mujer. Podría decir que era por falta de tiempo, pero parecía algo más que eso.

Pensaba que tenía tiempo de sobra, pero no había pensado qué decirle a mi familia cuando les presentara a los gemelos. Para hacer un bebé se necesitaba un hombre y una mujer, y sin duda me preguntarían sobre la madre de ellos.

No quería involucrarme y estaba luchando contra ello, pero...

Me puse la ropa interior y los pantalones cortos y salí del cuarto después de agarrar mi celular. Busqué a Dorothy y noté que no estaba en el apartamento. ¿No volvió? Probablemente no. Mientras viviera solo no me preocupaba mucho por su presencia, siempre y cuando el lugar estuviera ordenado.

Me tiré en el sofá y le mandé un mensaje a Jaqueline, mi confidente, la única que sabía en qué lío me había metido.

James:
¿Dónde estás?

Jaque:
En el salón.

James:
¿De belleza?

Jaque:
¡No! De fiestas. Hoy es el cumpleaños de Adan, ¿lo olvidaste?

James:
Lo olvidé.

Jaque:
Te espero aquí a las 19 h.

James:

Tengo una cirugía por la tarde, no sé cuánto va a durar.

Jaque:

Sé un buen médico, salva a tu paciente y luego ven. No acepto un no como respuesta y estoy segura de que John tampoco estará feliz si no vienes. No pudimos estar en los primeros cumpleaños de Jennie, pero Adan es todo nuestro.

James:

Está bien. Iré.

Jaque:

Trae a Karoline.

James:

No empieces.

Jaque:

Creo que sería el momento perfecto para que la conozcan.

James:

¿Y crees que sería fácil hablar con ellos?

Jaque:

“Hola, familia, ella es Karoline, estamos cogiendo y voy a tener gemelos”. Listo.

James:

¡Jaqueline!

Jaque:

¿Dije alguna mentira?

Me quedé un rato mirando el móvil, pensando en la forma de decirle que se equivocaba, pero no pude hacerlo. Me sentía aún más incómodo.

James:

No hay mentira, pero no es la mejor forma de hablar con ellos.

Jaque:

Yo sabía que todavía seguías acostándote con ella.

James:

No debería, pero lo estoy. Aunque esto se va a acabar.

Jaque:

El que tiene que parar eres tú. Disfruta el momento, ustedes forman una bonita pareja y van a tener bebés.

James:

No sé qué les voy a decir.

Jaque:

¿Decir?

James:

Cuando me pregunten por la madre. Porque no tienen una...

Jaque:

Ay, James, si no te conociera tan bien, pensaría que eres un idiota.

James:

¡Espera!

Jaque:

No vas a tener que decir nada porque no vas a dejar que crezcan sin madre. Ni se te ocurra decir que quieres ser padre soltero, no estamos hablando de juguetes, sino de otras dos personas que necesitan un padre y una madre. Por más imperfectos que sean Mary y Donald, no seríamos los mismos sin ellos. Apoyé tu idea de ser padre, pero no voy a quedarme de tu lado en este capricho tonto. Si tú y Karoline no van a ser felices para siempre, está bien, los matrimonios se rompen, pero los niños aún la van a necesitar.

James:

Karoline y yo no somos una pareja.

Jaque:

Solo porque eres un narcisista.

James:

Ah, gracias por la parte que me toca.

Jaque:

Las verdades duelen.

James:

Firmé un contrato con ella.

Jaque:

Cancélalo y haz otro. Uno de matrimonio.

James:

Ya estás exagerando.

Jaque:

Solo quiero abrirte los ojos. ¿Crees que Jennie amaría tanto a John si él intentara alejarla de Cristal?

James:

Es diferente.

Jaque:

No estarías tan preocupado si estuvieras seguro de eso.

James:

No quiero nada con ella.

Jaque:

¡Claro! Si no quisieras, no habrías dormido con ella otra vez. Esto no es un juego, ¿sabías? Los sentimientos de las demás personas son tan importantes como los tuyos. ¿Qué tipo de padre crees que vas a ser si no puedes pensar en eso?

No pude responder. La forma en que mi hermana me habló hizo que me hundiera en el sofá y me sintiera realmente el idiota que ella decía que era.

Me quedé mirando el teléfono, buscando las palabras adecuadas para salir victorioso de esa discusión, pero no las encontré.

El celular sonó y vi la foto de Jaqueline en el identificador de llamadas.

—¡Hola! —dije.

—No vas a escapar de mí —respondió ella con firmeza al otro lado de la línea.

—No estoy escapando.

—Ya lo sé.

—Haces que todo suene como un cuento de hadas.

—Y tú te olvidas de lo importante que es permitirnos y creer —Jaqueline hizo una breve pausa, pero al ver que no iba a decir nada más, continuó—. ¿Recuerdas a ese niño?

—¿Niño? —Me acomodé en el sofá, tratando de entender a dónde quería llegar.

—Uno de siete años que me contaste una vez. Lo internaron por una crisis de convulsiones. Tenía un tumor en el cerebro que ni tú hubieras podido operar. No le daban seis meses de vida, pero entonces su madre empezó una cadena de oraciones y durante un mes toda la sala pediátrica se llenó de devotas religiosas.

—Y el tumor desapareció... —Recordé la historia, que de hecho fue la que más me sorprendió en toda mi carrera—. Debe tener unos diez años ahora.

—Y sigue vivo.

—No por mi ayuda. —Solté el aire con fuerza, recargando la cabeza en el respaldo del sofá.

Era una historia increíble, pero no entendía por qué mi hermana la mencionaba.

—A veces ocurren cosas para mostrarnos que no tenemos control de todo. Eres un excelente cirujano, pero no eres Dios, Él puede curar cualquier cosa.

—Aun así, muchos niños mueren —bufé.

—Nosotros hacemos lo mejor que podemos y dejamos el resto en Sus manos.

—Ya entendí.

—¿De verdad? Entonces dime, ¿por qué no quieres reconocer tu relación con Karoline?

—Me gusta ser soltero.

—¿Por qué?

—Nadie me jode.

—¿Y ella te jode?

—La mayor parte del tiempo.

—¿Es tan insoportable?

—No... Jaqueline, ni siquiera estás saliendo con alguien. ¿Por qué crees que tienes que darme consejos amorosos?

—Tal vez no tenga un novio decente porque todos los tipos se comportan como idiotas, como tú.

—¡Ya basta de esta conversación! —Elevé el tono, ya un poco cansado—. ¿No tienes preparativos de fiesta que atender? Apuesto a que Cristal te necesita.

—No cometas el mismo error que John.

—Son situaciones completamente diferentes.

—¿Sí? El ego le costó mucho tiempo con la mujer y con la hija.

—Hasta luego, Jaqueline. —Corté la llamada, cerrando el tema.

Para ella parecía sencillo: aceptar mi relación con Karoline y romper el contrato. Sin embargo, dudaba que eso fuera a garantizar mi felicidad.

Había un punto indiscutible. No pensé en las consecuencias cuando creé todo ese plan. Quería a mis hijos, pero ¿estaría dispuesto a aceptar el paquete completo?

Salí al pasillo y me detuve en la puerta de mi cuarto. Vi a Karoline desnuda, con el cabello esparcido sobre la almohada blanca. Su belleza no estaba en discusión desde el día que vi una foto de ella, pero una relación iba mucho más allá de eso. No sabía si estaba preparado, mientras sentía como si Jaqueline me hubiera puesto frente a una encrucijada y me estuviera forzando a tomar una decisión.

Ella comenzó a moverse en la cama y abrió los ojos lentamente. Pasaron algunos segundos antes de que me notara de pie en la puerta.

—¿Has estado ahí mucho tiempo?

—Solo unos segundos.

—¿Ya llegó Dorothy? —Se sentó en la cama—. Necesito ir a mi cuarto.

—Hoy no estará aquí.

—¡Ah! —Se frotó los ojos, todavía adormilada—. Se me había olvidado.

—¿Tienes un vestido de fiesta?

—¿Un vestido? —Frunció el ceño—. No...

—Entonces, vístete así nomás. Vamos a salir a comprar uno.

—¿Puedo saber por qué?

—¿No quieres conocer a mi familia?

—¡Claro que quiero! —Sus ojos se abrieron como si un choque hubiera alejado el sueño de su rostro—. ¿De verdad?

—Vamos, no me hagas cambiar de idea. —Entré al cuarto y fui al baño a cepillarme los dientes.

Karoline pasó corriendo a su cuarto.



Karoline

Capítulo cuarenta y cuatro

Aún no podía creer que James realmente estuviera dispuesto a presentarme a su familia. No tenía idea de en qué circunstancias lo haría, mucho menos qué diría, pero aún así estaba súper emocionada.

Los meses que había pasado con él eran suficientes para que pudiera prever lo que diría. *Esta es la madre sustituta que está gestando mis gemelos*. Eso era lo que había aceptado al final, pero al menos no sería más un secreto. También habría más personas que podrían darme noticias de los niños cuando tuviera que separarme de ellos. Tal vez entre ellas encontraría a alguien con un buen corazón que pudiera calmar el mío, que seguramente sufriría al tener que dejarlos.

Pensar en ellos me hizo acariciar mi barriga nuevamente. Estaba creciendo, poco a poco, cada día más, y la idea ya no era solo una posibilidad, sino un hecho. Esas dos vidas dentro de mí, cada día más grandes. Quería mucho poder ver sus caritas, al mismo tiempo que deseaba que se quedaran dentro de mí para siempre, para que nunca tuviéramos que separarnos.

—Ven a desayunar —dijo James.

Retiré la mano de mi barriga sobresaltada cuando apareció en la puerta del cuarto.

—No podemos esperar para salir, porque necesito estar en el hospital en menos de dos horas.

—Ya estoy lista —dije, caminando hacia el pasillo y parándome frente a él—. ¿Quieres que prepare algo para comer?

—Hice panqueques.

—¿Sabes cocinar? —Levanté las cejas, sorprendida.

—Me defiendo. —Colocó la mano en mi cintura y me guió hacia la cocina.

Me acomodé en una silla alta junto a la barra y James puso un plato frente a mí con dos panqueques, un poco de mermelada de frutas y un jugo de naranja.

—Gracias.

—No te demores.

—Está bien.

—¿No vas a comer?

—Ya comí.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Corté un pedazo de panqueque con el tenedor y lo metí en la boca.

—Claro. —Se apoyó en la barra de la cocina y me miró directamente.

—¿Dónde voy a conocer a tu familia?

—En el cumpleaños de mi sobrino.

—¡Ah! —Sonreí, pero traté de no emocionarme demasiado, porque temía que me diera un golpe de realidad—. ¿Ya compraste su regalo?

—¿Regalo? —James levantó una ceja rubia.

—¡Sí! A los niños les encantan los juguetes.

—Pero él ya tiene todo.

—No se trata de tener o no tener algo, sino de ser recordado. El costo del regalo y el objeto en sí tienen menos significado que el acto de darlo.

—¿Desde cuándo filosofas?

—No es filosofía. —Me encogí de hombros mientras me inclinaba un poco hacia adelante para seguir comiendo—. Solo me gusta recibir regalos, pero no tengo a nadie que se preocupe por mí como para darme uno.

—Entonces come más rápido, porque tenemos que pasar por la tienda de juguetes.

—¡Está bien! —Me emocioné por el hecho de que le había gustado mi idea.

Cuando terminé, James recogió los platos sucios y los puso en el fregadero, luego me dio la mano para que bajara de la silla.

—¿Cómo van las náuseas?

—Las náuseas han disminuido y hace tiempo que no he vomitado.

—Eso es bueno.

—Sí.

—Vamos. —Con la mano en mi espalda, me guió hacia la salida del apartamento y bajamos hasta el estacionamiento.

Me llevó a un centro comercial que no quedaba muy lejos del apartamento. Estacionó en una de las plazas asignadas y subimos al elevador hacia el piso de las tiendas. Hacía mucho tiempo que no entraba a un lugar como ese. Sin amigos que me invitaran, ese tipo de plan había

quedado completamente de lado.

—¿Hay alguna tienda que te guste?

—No. Acepto tus sugerencias.

—Esos vestidos se ven bonitos. —Me señaló una vitrina y estuve de acuerdo.

Nos acercamos más y me quedé mirando uno azul, hasta la altura de las rodillas. Era hermoso, pero di un paso atrás, tambaleando, cuando vi el precio.

—¿Qué pasó? —James notó mi sorpresa.

—¿Dos mil dólares?

—¿Te gusta este?

No respondí, todavía estaba asombrada cuando me condujo hacia el interior de la tienda.

—Buenos días, bienvenidos, ¿en qué puedo ayudarles? —Una vendedora se acercó a nosotros.

—¿Tienen ese en talla 38 para que ella lo pruebe? —indicó James.

—Sí, ahora lo traigo.

—Gracias. —Me froté las manos una contra la otra. Todavía me sentía un poco incómoda, pero me fui soltando con el tiempo.

Cuando la vendedora llegó con el vestido, la seguí hacia uno de los probadores y James se acomodó en un pequeño sofá blanco, esperando que volviera.

Cerré la puerta del probador, me quité la blusa y los pantalones jeans para ponerme el vestido. Me hizo ver en el espejo una mujer diferente a la que solía ser, con más clase y bien cuidada.

Salí y James me observó detenidamente, de pies a cabeza, examinando cada detalle. El tiempo que se tomó me dejó tensa.

—¿No te gusta? —Contuve la respiración mientras esperaba su respuesta.

—Estás hermosa.

—Gracias. —Suspiré aliviada.

—¿Quieres probarte otros?

—Me gusta este.

—A mí también.

—¿Lo vamos a llevar? —La vendedora miró a James.

—Sí.

Fui al vestidor a ponerme mis cosas y, cuando volví, entregué el vestido a la vendedora que esperaba. James ya estaba cerca de la caja sacando su billetera del bolsillo.

Después de ahí, me llevó a elegir unos zapatos y, por último, el regalo para su sobrino. Me dejó con las bolsas en el apartamento y se fue al hospital a realizar una cirugía.


James

Capítulo cuarenta y cinco

Salí del hospital tras asegurarme de que la operación había sido un éxito y di instrucciones a mis residentes para que acompañaran al paciente cuando se despertara. Pasé por la sastrería habitual, agarré un traje y me fui a casa.

El apartamento estaba en silencio cuando entré. Seguí por el pasillo hasta la puerta del dormitorio de Karoline y la vi frente al espejo. Se estaba alisando el pelo ondulado después de ponerse el par de pendientes que habíamos comprado en el centro comercial.

—¿Quieres ayuda con el collar?

—¡James! —Jadeó cuando me vio.

—¿Quieres o no?

Asintió con la cabeza.

Colgué la percha del traje en el picaporte de la puerta y entré en la habitación. Me coloqué detrás de Karoline y le aparté el pelo hacia un lado mientras esperaba a que me entregara el collar. Estaba más perfumada que de costumbre. También se había arreglado para la ocasión. Si ya me había parecido una mujer hermosa, su atuendo me impresionó aún más.

En ese momento fue como si aceptara algunas cosas y otras empezaran a tener sentido.

Deslicé los dedos por su nuca tras abrochar el cierre del collar y noté que se le erizaba el vello.

—Estás preciosa.

—Gracias. —Se estremeció cuando la besé en la nuca.

Le di la vuelta a Karoline y la sujeté por la cintura. Levantó la cabeza y sus ojos se encontraron directamente con los míos. Le tomé la cara con una mano y le sujeté el mentón con los dedos.

Karoline cerró los ojos e inclinó la cara hacia delante, frunciendo los labios para mostrar que estaba lista para ser besada. Su postura me hizo sonreír, pero no la decepcioné, junté nuestras bocas y la acerqué más a mí.

Mi mano en su cintura se deslizó hasta su culo y me atreví a meter la mano en la falda de su vestido, tocándola directamente y Karoline se frotó contra mí.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —Aparté los labios para preguntar, pero no le quité las manos de encima.

—Tú eres quien debería saberlo. —Se rió entre dientes.

—¿A alguien le importará si llegamos tarde?

—A mi no me importa. —Ella gimió cuando deslicé mi mano hacia delante y bordeé su vulva por debajo de su tanga.

Me aparté de Karoline, solo para darle la espalda de nuevo e inclinar su cuerpo hacia delante, apoyando las manos en una cómoda. No me pregunté si debía hacerlo o no mientras le rodeaba la cintura con el vestido y le bajaba la tanga. Puse una de mis manos entre sus piernas e hice que Karoline las separara. Toqué directamente su canal y sentí cómo su líquido mojaba mis dedos. Jugué con ella, frotando mi dedo por fuera y estimulándola para que se mojara más.

—¡James! —gimió mi nombre mientras clavaba las uñas en el mueble en el que estaba apoyada.

—No podemos tardar mucho. —Tomé su mano para bajarme la cremallera de los pantalones.

—¡Que caliente que estoy! —Karoline se dio la vuelta para mí, incitándome, y yo estaba seguro de que no iría a ninguna parte antes de que tuviéramos sexo.

Pasé mis manos por su suave culo, bordeando los músculos y me agarré a su cintura, acercándome tanto que mi verga rozó su entrada. Sentí su humedad sobre mí y me puse aún más caliente.

Utilicé una de mis manos para introducirme en ella y gemí junto con Karoline mientras conectábamos. Ella sacó aún más el culo cuando le apreté la cintura y tiré de ella hacia atrás. Estaba muy caliente y la excitación era demasiado intensa.

Recordé que estaba embarazada y contuve mis embestidas, realizando movimientos más controlados dentro y fuera de ella. El hecho de que me contuviera aumentaba mi placer, ya que era una leve tortura luchar contra el impulso de penetrar con más fuerza.

Me deleité con su perfume, chupándole la nuca mientras su culo se chocaba contra mí. Con una mano tiré de su pelo, apartándolo para morderle la oreja y ella gimió aún más fuerte. No dejé de penetrarla hasta que sentí que estaba a punto de acabar, pero antes de ensuciarla la saqué, deteniendo el esperma con la mano.

Karoline permaneció apoyada en la cómoda, con las piernas abiertas y dejando escapar jadeantes respiraciones, pero me di cuenta de que aún no había alcanzado su orgasmo, así que metí la mano libre entre sus piernas y le toqué el clítoris. Volvió a gemir mientras se frotaba contra mi mano, pidiendo más, y no paré hasta dárselo.

Ella se limitó a asentir, sacudiendo la cabeza mientras se recuperaba.



Karoline

Capítulo cuarenta y seis

A veces estamos viviendo momentos que no queremos que acaben nunca. El mío empezó esa mañana, cuando me desperté con James mirándome y continuó durante el resto del día. Tenía la sensación de estar soñando y solo deseaba no despertar.

—Ven —dijo James, extendiendo la mano para que saliera del coche.

En cuanto noté que habíamos llegado a un salón de fiestas, mi estómago se sintió extraño. Sin embargo, no pensaba que la náusea tuviera que ver con mi embarazo. De repente, me tensé y pensé que mi día perfecto podría terminar ahí mismo.

—Tu mano está sudando —comentó James, mirándome mientras caminábamos hacia la entrada, donde un guardia verificaba los nombres en la lista.

—¿Estás seguro de que es buena idea? —le pregunté.

—¿Qué cosa?

—Traerme aquí.

—Pensé que era tú lo que querías.

—Sí, pero…

—Tranquila, aparte de Jason, no tienes que temerle a nadie.

—Ok...

Entramos al salón y vi una típica fiesta infantil, con personas vestidas de superhéroes y juguetes por todas partes. Los niños corrían de un lado a otro, mientras los adultos estaban sentados alrededor de las mesas, conversando.

—¡James! —Escuché la voz de Jaqueline, y ambos nos giramos hacia ella al mismo tiempo.

—Hola —saludé.

—¡Karol! —Me sorprendió que su hermana me abrazara—. Qué bueno que decidiste traerla, hermano —le dijo a James después de separarse de mí.

—Seguí tu consejo.

—¡Qué bien! Vamos, la familia está por allá.

—Vamos... —dije en voz baja, sintiendo que mi estómago se revolvía aún más. Si había algo que no podía hacer, era vomitar frente a algún miembro de su familia.

Sonríe después de que James diga quién eres, me dije a mí misma. Probablemente se interesarían más por los gemelos que estaba esperando y pronto me olvidarían o, al menos, no me pondrían en una situación incómoda. Eso esperaba.

Jaqueline siguió adelante. La rubia estaba preciosa con un vestido rosa bebé. El par de tacones la hacía lucir aún más alta y radiante.

Con cada paso, sentía mi corazón latir más rápido, y me di cuenta de que no podría escapar cuando me detuve frente a una mesa, donde reconocí al hermano mayor de James. Había una pareja de ancianos, que supuse que eran sus padres, aunque la mujer parecía mucho más joven de lo que debía ser.

—Familia, James trajo a Karol —anunció Jaqueline señalándome, y supe que esa era la

peor forma de ser presentada a la familia de alguien, porque todos me miraron de inmediato.

—¿Karol? —repitió la mujer que debía ser la madre de James—. ¿Quién es Karol? —Me escaneó de tal forma que casi pensé que tenía visión de rayos X.

—Mi novia —dijo James, abrazándome por la cintura, y yo quedé aún más en shock.

¿Novia? ¿Qué?

—No es una noticia que se dé así, hijo —dijo la mujer, incómoda.

—Nada de eso, Mary. —El padre de James fue mucho más amable—. No hay mejor momento para conocer a una nuera que en una fiesta familiar. —Me extendió la mano—. Un placer.

—Gracias. —Sonreí.

—Es muy linda, James, felicitaciones.

—Tengo buen gusto, papá.

Los dos se rieron entre ellos.

—Bienvenida —dijo la cuñada de James, abrazándome, y el hermano de James también se presentó.

—Siéntate aquí, Karol —dijo Jaqueline, tomando una silla y señalando un lugar en la mesa para que me acomodara.

—Gracias.

Fui al lugar indicado y James se sentó junto a mí.

—¿En qué trabajas, querida? —preguntó Mary Vaughn, inclinándose hacia mí—. Nunca te vi en el hospital.

—Sin interrogatorios, mamá —la reprendió James.

—Solo tengo curiosidad. Debería haberme preparado mejor para la presentación de una novia.

—Nuestros hijos ya son adultos, Mary.

—Aún así, Donald. Son nuestros hijos.

—Trabajo en cosméticos, nunca he ido al hospital.

—Ah, ¿y cómo se conocieron?

Me sentí incómoda y tragué saliva. No sabía qué decir exactamente, pero James fue más rápido y me sacó de la situación incómoda.

—En una clínica privada. Fui a dar un diagnóstico a una vieja conocida y vi a Karoline en la sala de espera.

—¡Ah!

—¿Se lo contaste a Jaqueline y no a mí? —protestó la señora, haciendo un puchero.

—Tenía que asegurarme de que Karol no se asustara.

Jaqueline se rió y la mujer negó con la cabeza.

James me rodeó con su brazo y me acercó más, susurrándome al oído.

—Dejemos la parte del embarazo para otro día.

—Ok.

Todavía estaba en shock, tratando de asimilar lo que estaba pasando. De todas las posibilidades que habían pasado por mi cabeza, ninguna me hizo pensar que me presentaría como su novia.

La madre de James no parecía muy contenta con mi presencia, pero el resto de la familia me recibió bastante bien, incluso el patriarca. Donald parecía genuinamente emocionado por tener otra nuera.

—Ya era hora de que mi hermano formara una familia fuera del hospital —me dijo John, mientras me servían una rebanada de pastel.

Familia...

Todo lo que más deseaba era tener una familia y ser parte de la de James. Mientras la noche avanzaba, estaba más convencida de que estaba soñando despierta, pero sentía un miedo terrible de despertar. Ese miedo solo se intensificaba con el paso del tiempo.

—Tu cabello es bonito.

Me giré al escuchar la voz de la niña rubia que estaba de pie junto a mí. Llevaba un vestido de princesa y su cabello estaba recogido en un moño, que contrastaba con el disfraz de Spiderman de su hermano pequeño.

—Gracias, Jennie.

—¿Sabes mi nombre?

—Sí.

Miró a su tío y sonrió, como si supiera que él me había hablado de ella. Lo que la niña no sabía era que yo también la había visto en la obra escolar que casi estropeo.

—¿Vamos a tomarnos una foto? —Señaló una cabina en la que se amontonaban niños.

—¿Conmigo?

Asintió.

—Ok. —Me levanté y dejé que la niña me arrastrara.


James

Capítulo cuarenta y siete

Estaba observando a Karoline cuando escuché a John acercarse a mí.

—A Jennie le gusta ella —dijo John.

—Tu hija gusta de todo el mundo. —Puse mi copa sobre la mesa para mirarlo.

—Solo de las buenas personas. —John hizo un movimiento con la cabeza y me levanté para seguirlo hasta un rincón del salón. Supuse que quería alejarse de los oídos atentos de nuestra madre, y lo agradecí por eso—. ¿Así que ella era una paciente en una sala de espera, eh?...

—Perdón por la mentira, hermano. No quería hablar de ella en ese momento, menos con Jason cerca.

—¿Él sabe de ella? —John dio un trago a su bebida.

—No creo... Espero que no. Recuerdo lo que hizo contigo y con Cristal, y no quiero correr el riesgo de pasar por algo similar.

—Te entiendo y me alegra escuchar eso. En serio, me hace muy feliz verte con alguien. Los beneficios van más allá de lo físico, hermano. —Me dio una palmada en el hombro y eso me hizo sonreír.

—Pensé que ibas a burlarte de mí.

—¿Por qué?

—Yo estaba seguro de que no me involucraría, que siempre tendría a todas las mujeres

que se me antojaran.

John se rió, lo que me hizo extrañar su reacción.

—Menos mal que dejaste ese pensamiento idiota.

—¿Idiota?

¿Y él y Jaqueline de qué lado estaban?

—No se puede tener todo, hermano. O tienes a alguien o estás solo. Es mucho mejor estar acompañado. —Sus ojos recorrieron el salón hasta que encontraron a su esposa—. No fueron solo los cinco años lejos de Cristal los que me dejaron solo, los que viví antes de conocerla también lo fueron, solo que no tenía con qué compararlo. Hay cosas que el dinero no compra, y esa felicidad es una de ellas.

—Creo que lo entiendo. —Busqué a Karoline y la vi salir de la cabina de fotos riendo con mi sobrina, como si se lo estuvieran pasando muy bien allí dentro.

—¡Papá!

Miré hacia abajo y vi al pequeño Adan abrazando la pierna de mi hermano. John se agachó y levantó al niño en brazos.

—Hola, campeón.

—¡Sí, un super campeón! —balbuceó el niño.

—Eres es un Vaughn de pura cepa, niño —dije, burlándome, lo que hizo que John soltara una carcajada.

—Y mira que el niño ni pasa tanto tiempo contigo.

—Como si yo fuera el único narcisista.

—Eres el mayor de todos, sin duda. Quiero ver qué pasará cuando tengas a tus propios hijos.

—Lo descubrirás en menos de cinco meses.

—Espera... —John puso al niño en el suelo y miró a Karoline, observándola bien. El vestido disimulaba un poco la barriga, que aún no era lo suficientemente grande como para que la gente lo notara de inmediato, pero yo lancé un buen anzuelo para mi hermano—. ¡Felicidades, James! —Me abrazó.

—Gracias.

La sensación que tuve al contarle eso a mi hermano y ver la alegría por la noticia fue indescriptible. Pensaba que era un momento que debía guardar solo para mí, pero compartirlo hizo que me sintiera aún mejor.

—Voy a tener que darle la razón a mamá. ¡Deberías habernos contado!

—Una noticia a la vez, John.

—¿Nadie más sabe?

—Jaqueline lo sabe desde el principio.

—Menos mal. Me imagino cómo se pondría nuestra hermana si dejas que otra persona se encargue del seguimiento. ¿Has estado ocultándolo tanto tiempo? ¿Por qué? ¿Cuándo vas a casarte con ella?

—Voy con calma, John.

—A pesar de que nuestra diferencia es pequeña, sigo siendo el mayor, y si te puedo dar un consejo, no dejes para mañana lo que puedes hacer hoy.

—Gracias.

—¡Papá, ven! —Adan comenzó a estirarse, queriendo arrastrar a su padre con él, y eso puso fin a mi conversación con John.

Mi hermano mayor no me había dado las mismas reprimendas que Jaqueline. A diferencia de ella, él no sabía toda la historia, pero también me hizo pensar.



Karoline

Capítulo cuarenta y ocho

Tan pronto como regresamos al auto al final de la fiesta, pensé que el sueño que había vivido con James finalmente llegaría a su fin. Ya había pasado de la medianoche, mi carruaje se convertiría en calabaza.

—¿Qué te pasa? —me preguntó James cuando me senté en el asiento del copiloto, frotándome las manos con nerviosismo.

—Es...

—Dime, Karoline.

—¿Por qué les dijiste que soy tu novia? —dejé escapar la pregunta, culpándome de inmediato por arruinar el momento.

—¿No te gustó?

—Solo pensé que dirías otra cosa.

—¿Qué?

—Que soy el vientre de alquiler de tus hijos —solté, haciendo que mi corazón latiera más rápido, al punto de doler en el pecho.

—Creo que es mejor que no sepan que empezamos de esta forma.

—¿Empezamos...?

Me sorprendí cuando él maniobró el auto y giró hacia una calle menos transitada, se detuvo cerca del borde de la acera y reclinó el asiento del conductor lo más que pudo.

—¿Qué estás haciendo?

—Ven aquí. —Me extendió la mano y me hizo saltar la palanca de cambios para que me sentara en su regazo, de cara a él.

James encendió la luz del techo y apartó mi cabello de mi rostro para mirarme mejor, dejándome aún más confundida.

—Estoy asumiendo las responsabilidades sobre lo que deseo.

—Sigo sin entender. —Colocó mis manos sobre sus hombros y apreté la tela de su saco.

—Tienes razón, Karoline, no puedo decirles a nuestros hijos que crecieron sin ti solo porque yo lo quise así. Esa es una elección que no puedo tomar.

—¿Nuestros...? —La palabra salió temblorosa de mis labios. Él nunca se había referido a los bebés de esa forma.

—Sí, nuestros... —Retiró su mano de mi rostro y la puso en mi barriga—. No puedo negar que los hicimos de la manera en que lo hace cualquier pareja normal. He estado rompiendo el contrato consciente e inconscientemente todos los días. Ya está más que claro que no voy a poder cumplirlo.

—¿Soy tu novia? —me arriesgué a preguntar.

—¿Te gustaría serlo?

—Sí. Quiero...

Sentí que mi barriga se movía y James abrió los ojos sorprendido.

—¡Se movieron! —exclamé al sentir a mis hijos por primera vez.

—Creo que están de acuerdo con nosotros.

—Sí. —Sujeté su rostro con una mano en cada mejilla y lo jalé para besarlo.

Cuando mi lengua encontró la suya, me emocioné, porque no era solo un momento más con fecha de vencimiento, sino la posibilidad de un "felices para siempre".

—Te encuentro tan sexy con ese vestido —dijo contra mi boca, mientras tiraba de mi cabello en la nuca.

—¿De verdad? —Me froté contra su regazo, haciendo que su erección se notara.

—Sí. —Movió sus manos para agarrar mi trasero, y solté un gemido cuando me hizo frotarme más contra él.

—Estamos dentro del auto, James.

—Te prometo que ni te quito la ropa interior. —Subió su boca por mi cuello, llegando hasta mi oreja.

—Está bien... —Era difícil resistirme con él de esa forma.

James abrió la guantera y sacó un condón.

—Es para no ensuciarte.

—Está bien. —Me recosté y volví a besarlo mientras mi entrepierna se frotaba contra la suya. A pesar de la ropa que nos separaba, la fricción aún se sentía increíble.

Levanté un poco la cadera para que sus manos pudieran llegar a la cremallera de mi pantalón. James sacó su miembro de la ropa interior y lo cubrió con el condón. Rozó mi lencería de encaje contra él, haciendo que vibrara. Tenía tantas ganas que ni parecía que ya habíamos tenido sexo antes de venir a la fiesta. Sin embargo, esta vez era diferente, ya no éramos dos extraños cediendo a la conveniencia, sino que teníamos etiquetas y algo más.

Con una mano, él tomó mi rostro, empujándome para que lo besara de nuevo, mientras con la otra apartaba mi lencería y me penetraba. Gemí mientras lo besaba y me entregaba al momento, moviendo las caderas con más fuerza, mientras él también me empujaba.

James apretó mi culo y me hizo moverme más rápido. Me entregué por completo, disfrutando de cada segundo, que fue breve pero intenso.

Caí sobre su pecho en el momento en que él alcanzó el clímax en el condón.

Nos quedamos así un rato hasta que volví a mi asiento y recolocaba mi lencería.

—Tu sobrina es un encanto.

—Lo es —asintió mientras se recompuso—, pero nuestra hija será aún más.

—No creo que sea una competencia.

—No lo es. —Sonrió de una forma que me hizo suspirar—. ¿Vamos a casa?

—Sí.

James arrancó el auto y maniobró de vuelta a la avenida.


James

Capítulo cuarenta y nueve

Estaba contento mientras caminaba por el hospital. No tenía idea de que me sentiría mucho mejor al aceptar que quería el paquete completo, no solo mis hijos; tener una familia era algo bueno. No era de las personas que se rendían fácilmente, pero John tenía razón. Tenerla a ella era diferente a simplemente acostarme con varias mujeres sin crear lazos.

Admiraba lo que mi hermano tenía y sentía que estaba cerca de encontrar algo así. No había sido exactamente por los medios correctos, pero todo parecía estar encajando.

—¡James! —me llamó John mientras me cruzaba con él en el pasillo del área de cirugía. Estaba con el uniforme y pensé que estaría por entrar en alguna operación.

—¡Hola! —respondí.

—Cristal hará tacos el viernes en la noche. Así puedes traer a Karoline a casa.

—¿Se lo dijiste? —le pregunté.

—Ella es mi esposa, le cuento todo, pero no entiendo por qué estás ocultando tanto.

—Estoy disfrutando del momento sin tanto alboroto.

—Mamá te matará cuando se entere.

—Puedo manejar a Mary Vaughn.

—¿Nos vemos el viernes?

—Estaremos allí.

—Le avisaré a Cristal. —Entró a la sala de cirugía y yo seguí mi camino por el pasillo.

Tenía dos pacientes que visitar, además de uno que debía dar de alta antes de regresar al apartamento. Antes mi vida era el hospital, pasaba días ahí sin echar de menos la casa de mis padres ni el apartamento en el que viví después de mudarme, pero ahora notaba que me faltaba algo para querer regresar.

Tenía una novia embarazada esperándome para hablar sobre los bebés, hacer el amor o simplemente discutir la decoración de las habitaciones.

Me había equivocado tanto sobre no formar lazos que, en ese momento, hasta era capaz de darles la razón a mis hermanos: había sido un idiota. Aceptar eso fue el primer paso para darme cuenta de que podía ser otro hombre y que tener mi familia era todo lo que siempre había buscado, solo que no lo podía admitir.

Tomé una ficha y entré a la habitación de un paciente.

—Buenos días, Helena, ¿cómo se siente hoy?

—Estoy cansada, un poco mareada, y a veces se me nubla la vista.

—Es una reacción común debido al proceso quirúrgico que pasó, pero pediré a un oftalmólogo que la vea, ¿de acuerdo?

—Gracias, doctor.

Me acerqué a ella y me quité el estetoscopio de los hombros.

—Aparte de eso, ¿siente algo más?

—Una quemazón en el estómago, mi boca está hasta amarga.

—¿Está pudiendo comer?

—Con dificultad.

—Necesita comer, si no, se quedará aquí conmigo para siempre.

—No sería una mala idea. —Se rió un poco y eso me hizo sonreír también.

Mi paciente era una señora de sesenta y cinco años, pero era lo bastante jovial como para bromear conmigo.

—Perdón si soy invasiva, doctor Vaughn, pero no lleva anillo. ¿Es viudo?

—Nunca me casé.

—¡Ah!

—Digamos que estoy aprendiendo a comprometerme.

—Es guapo, debe estar disfrutando mucho de la vida. Yo también fui así, no me casé, tuve muchos novios pero ningún hijo y ahora tengo que depender de mis amigos de la iglesia para que me acompañen al hospital.

—Es bueno tener amigos.

—Pero echo de menos tener a alguien.

—No soy un experto en temas de amor, pero creo que nunca es demasiado tarde.

—Tiene razón, doctor.

Sonreí y me aparté un poco.

—Si me promete que se esforzará por comer, le traigo una tarta el día de su alta.

—Así lo haré.

—De acuerdo.

Le guiñé el ojo y me reí cuando ella suspiró. Salí de la habitación y fui a ver a otros pacientes.

Ya era noche cuando llegué a mi apartamento. Abrí la puerta y vi a Karoline sentada en el sofá, con una mano sobre su barriga y la otra sosteniendo un libro de clásicos infantiles. La vi leer un fragmento de la historia de Aladino y me acerqué lentamente para no interrumpirla.

—¡Hola! —me dijo, sonriendo, cuando me detuve al lado del sillón.

—¿Qué haces? —Me incliné para besarla.

—Leí en una revista que es bueno contar historias o cantarles a los bebés. Se acostumbrarán a mi voz.

—Ya había oído sobre eso. —Recorrí el sofá y me senté a su lado—. ¿Cómo te sientes?

Ella tomó mi mano con un movimiento ágil y la puso sobre su barriga. Sentí cómo se movía uno de los bebés y mi sonrisa se amplió.

—Están muy activos hoy.

—Creo que les gustó la historia.

Subí la blusa de Karoline para tocar su barriga directamente y coloqué ambas manos

sobre la superficie. Los bebés volvieron a moverse y me acerqué para hablarles.

—¿Les gustó la historia o la voz de mamá?

Ellos siguieron moviéndose, realmente estaban muy agitados, y Karoline se emocionaba con eso.

—Creo que están bailando aquí dentro —dijo, poniendo su mano sobre la mía.

—Cuidado con las costillas de mamá —le dije, besando su barriga, y Karoline se rió.

Apoyé mi cabeza y dejé mi rostro sobre su barriga por un momento. Pensaba que solo me sentiría padre cuando los tuviera en brazos, pero ese momento ya era increíble y aumentaba aún más mi expectativa.

—Karol, encontré a John hoy y nos invitó a comer tacos en su casa el viernes.

—¿En serio?

—Sí, ¿no quieres ir?

—¡Quiero! Será genial ver a los niños de nuevo. Aunque mi barriga está mucho más grande que el mes pasado, cuando fuimos a la fiesta.

—No te preocupes, John ya sabe.

—¡Ah, qué bien! Será muy divertido conversar con ellos.

—Me alegra que estés emocionada.

—James... —dijo, tomando mi mano y llevándola de nuevo a su barriga.

—¿Qué pasa?

—¿Qué opinas de Cloe y Charles?

—¿El príncipe de Inglaterra?

—Sí...

Mordí mi labio, pensativo.

—Si tienes otros nombres está bien, pero no me has dicho nada aún...

—Me gusta Cloé.

—¿Te gusta?

Asentí, acariciando su barriga.

—¿Y si es Chad en lugar de Charles? —Me acerqué más y Karoline apoyó su cabeza en mi hombro.

—No tiene que ser necesariamente otro nombre con C. También están Jake o Jacob...

—Creo que los Vaughn ya tuvieron suficientes letras jotas de iniciales de nombres. —Hice una mueca y ella soltó una carcajada.

—¿Matthew?

—¿Doctor Matthew Vaughn...? Creo que suena bien.

—¿Y si no quiere ser médico? —preguntó, moviendo mi cabello y buscando mi mirada.

—Es una tradición familiar.

—Pero ellos pueden querer ser otra cosa. No podrán...

—¿Qué te parece si decidimos un detalle a la vez?

—¡James!

—Podrán ser lo que quieran... —me vi obligado a consentir—. Solo no quiero que se conviertan en un Jason.

—Creo que el problema de tu hermano va mucho más allá de su elección profesional.

—Siempre lo estropea todo.

—Lo compadezco.

—¿Compadecerlo? —Casi salté del sofá y los bebés se revolvieron en su barriga—. ¿Por qué compadecer a Jason? Si ni siquiera lo conoces bien.

—Jaque me habló de las drogas.

—Él eligió ese camino. Tuvo todas las oportunidades del mundo, igual que cualquiera de nosotros.

—No siempre se puede ser igual que todos, James.

—No necesitaba ser igual, solo menos problemático. —Bufé—. No sé qué salió mal con mi hermano. Solo estoy seguro de que él es la prueba de que nacer con dinero no garantiza que seas alguien en la vida.

—Él es alguien.

—Cambiemos de tema. —Me incliné para besar su barriga de nuevo—. ¿Cuál aún no les has contado? —Tomé el libro de historias—. Es mi turno de leerles.

—Después de que comamos. —Me esquivó y se levantó del sofá.

La acompañé hasta el comedor y me senté con ella para hacer la comida.

Me gustaba esa rutina y sentía que cada día me iba a gustar más.



Karoline

Capítulo cincuenta

—Dame la mano —dijo James, ayudándome a salir del coche cuando paramos frente al apartamento donde vivía su hermano mayor.

Con el paso del tiempo, me estaba volviendo más torpe, y mi barriga pesaba más cada día, pero era de esperar, ya que estaba esperando dos bebés. Después de la muerte de mi madre, lo había perdido todo, pensaba que me quedaría sola para siempre. Apenas podía creer el cambio radical que mi vida había sufrido desde que decidí alquilar mi vientre.

Mi mamá siempre decía que Dios escribe recto con líneas torcidas, y ahora comenzaba a creerlo. Había pasado por tantas situaciones en la vida que jamás creí que experimentaría la felicidad que estaba viviendo.

James me guió hasta la entrada del edificio, donde nos autorizaron a entrar y pudimos llegar al elegante vestíbulo con espejos y decoración de mármol. Subimos en el ascensor, y al llegar a su piso, se detuvo frente a mí. Continuó sosteniendo mis manos con una de las suyas y con la otra apartó un mechón de cabello que se me había cruzado por la cara.

—Quiero llevarte a hacer más compras.

—¿Por qué?

—Te ves aún más hermosa con vestidos bonitos.

—Con el tamaño que está tomando mi barriga, probablemente perderé todo eso después de que nazcan los bebés.

—No es un problema tan grave. Compramos ropa de maternidad y después otras cuando

tu cuerpo vuelva a su forma.

—Está bien. —Sonreí, y James se inclinó para darme un beso en los labios.

Recorrimos el pasillo y James tocó la puerta de su hermano. No pasó mucho tiempo antes de que su cuñada abriera, saludándonos con una sonrisa.

—¡Hola, bienvenidos!

—Gracias.

No tenía familia, y de repente, me estaba sintiendo parte de la familia de James, lo cual me hacía muy feliz.

—Traje una botella de vino —dijo James, sacando la bolsa del brazo y entregándola a su cuñada.

—Gracias. ¡Pasen, entren! —Ella dio un paso atrás y nos abrió el paso hacia la hermosa y espaciosa sala de estar.

El apartamento parecía un poco más grande que el de James, pero igualmente elegante y bien decorado.

—¡Tío James! —Jennie corrió hacia él, y James se inclinó para levantarla en brazos.

—¡Hola, princesa! ¿Cómo estás?

—Bien. —Dejó caer la cabeza sobre su hombro para mirarme directamente—. ¡Hola, Karol!

—Hola, Jennie.

—Estás bonita.

—Gracias, tú también estás preciosa.

—¿Es un bebé? —Se inclinó hacia adelante, y James la equilibró para que pudiera tocar mi barriga.

—Sí. De hecho, son dos bebés. —Puse mi mano sobre la de ella.

—¿Dos?

—Un niño y una niña.

—¿Todos a la vez?

James asintió.

—¡Guau, qué genial!

—¿Verdad?

La niña asintió con la cabeza, mostrando que sí.

—Recuerdo cuando Adan estaba dentro de la mamá. Su barriga creció así. Y no dejaba de crecer. Pensé que iba a explotar.

—No explotará. —Acaricié su manito.

—Qué bueno, ¿no?

—Sí.

—¿Dónde está mi hermano? —preguntó James a su cuñada.

—Aquí estoy. —John apareció con el hijo más pequeño de la mano.

El niño daba pasos tambaleantes con la ayuda de su padre, pero pronto debería ser capaz de correr por toda la sala sin ayuda.

—Adan está aprendiendo a usar el orinal, fui a ayudarlo.

—Hola, campeón.

—¡Hola!

—Vamos a sentarnos. —Cristal nos indicó que nos dirigiéramos al comedor, donde ya estaba la mesa puesta.

Sin duda, esa fue una de las noches más memorables de mi vida, en la que realmente era la novia de James y podía compartir con su familia mientras nuestra propia familia crecía dentro de mí. Ver a sus sobrinos aumentó aún más mi expectativa de tener a mis propios bebés. Ver sus caritas, escucharlos hablar conmigo… pero eso, sin duda, ocurriría pronto.


James

Capítulo cincuenta y uno

—Aquí está, doctor Vaughn. El anillo, tal como me lo pidió. —El hombre abrió la carpeta y sacó de ella una caja de terciopelo, entregándomela.

La tomé para examinar la pieza y revisé el solitario de diamante en forma ovalada, rodeado por un aro plateado.

—Buen trabajo.

—Siempre que necesite algo, puede pedírmelo. Haré todo lo posible por atenderlo, incluso si tengo que ir al hospital.

—Me pondré en contacto para que se encargue de las alianzas.

—De acuerdo.

El hombre se levantó de la silla frente a mi escritorio y me saludó con un gesto de la mano mientras caminaba hacia la puerta.

—Hasta luego, doctor.

—Hasta pronto.

El sujeto salió de la sala y yo seguí observando el anillo. Había sido una semana agitada para mí, así que pedí que el joyero me entregara el anillo personalmente. Tenía planeando pedirle matrimonio a Karoline pronto y me sentía ansioso.

Quizás habría sido más fácil si me hubiera dado cuenta antes de que no solo quería tener

hijos, sino una familia, como la de mi hermano. Sin embargo, en ese momento pensaba que no podía haber hecho nada diferente, porque tal vez no habría conocido a Karoline y no estaríamos viviendo ese momento.

Guardé el anillo en el bolsillo de mi bata y me levanté. Tenía que dar de alta a un paciente, hacer algunas recomendaciones a mi equipo de residentes y reunirme con Karol.

Salí de la sala y recorrí varios pasillos hasta que me sorprendió ver a Jason en mi camino. No tenía idea de qué estaría haciendo el más joven en el hospital, pero nunca era una buena señal.

—Supongo que John aún no te ha visto aquí o ya habría llamado a seguridad.

—Creo que el señor perfecto debe estar ocupado con otros asuntos. Tal vez hasta esté engañando a su esposa con alguien de patología.

—¡Maldito, cállate! —Fruncí el ceño y Jason se rió como si fuera una broma—. ¿Qué haces aquí?

—Vine a buscar a mamá. Llevo como dos días intentando llamarla y no responde desde que me negué a internarme otra vez.

—Debe haberse dado cuenta de que no vale la pena seguir dándote vueltas.

—¡Lo que sea! ¿Sabes dónde está?

—Nuestra madre no viene al hospital con frecuencia desde que se jubiló. Si no la encontraste en casa, es probable que esté en alguna de sus actividades filantrópicas.

—Voy a buscar a papá.

—Deberías hacerle caso a mamá e internarte de nuevo.

—No vine aquí a pedirte opiniones, James. Al fin y al cabo, seguro estás muy ocupado porque vas a ser padre.

—¿Cómo lo sabes? —Apreté los dientes, dando un paso hacia él, y mi hermano soltó una carcajada que solo me molestó más.

—Vi a tu chica con Jaqueline en obstetricia.

—Si hiciste algo...

—Ni siquiera me vio, por si te preocupa que mi encanto sea más grande que el tuyo.

Apreté los dientes. Conocía a mi hermano desde que éramos niños y sabía cómo jugaba. Solo estaba tratando de desequilibrarme, pero no podía caer en su trampa.

—Pensé que el brillante James Vaughn nunca se enamoraría. Esas cosas eran cosa de John.

—¿Quién dijo que estoy enamorado? —Hinché el pecho.

—¿Y no lo estás? —Jason insistió.

—No.

—Solo estoy con ella por los niños. No somos como John y Cristal.

—Pensé que ya te habías rendido a la idea de una familia...

Y me rendí...

—¡No! —Abrí la boca para hablar—. La embaracé y ahora tengo que lidiar con eso, pero creo que la responsabilidad no es algo que tú entiendas, ¿verdad?

—Puede ser, pero tal vez ni tú. Ya que llegaste al punto de embarazarla.

Me encogí de hombros.

—Si me permites, tengo que atender a un paciente. Uno de nosotros dos tiene que trabajar. —Empujé a mi hermano a un lado y pasé por él, dejándolo en medio del pasillo.

Había dicho esas cosas esperando que él se alejara de Karoline. No quería que nos hiciera lo mismo que le hizo a John y Cristal.



Karoline

Capítulo cincuenta y dos

Solo estoy con ella por los niños. No somos como John y Cristal...

Había creado esperanzas y construido un castillo que fue derrumbado por la ola que vino con las palabras que escuché a James decir. Todo era culpa mía, pero nos habíamos acercado tanto desde la fiesta del sobrino que pensé que él realmente podría llegar a amarme. Fui tonta.

Si sentía el corazón hecho trizas, era completamente responsable por haber permitido que llegara a esa situación. No medí las consecuencias y me lancé sin pensar en lo que me podría costar.

Si James aún quisiera cumplir el contrato, podría quedarme no solo sin él, sino también sin los bebés. No quería que eso pasara.

Había ido a buscarlo, pero salí corriendo sin escuchar el resto de la conversación. En ese momento me sentía una gran idiota.

Fui al hospital porque comencé a sentir dolores. Llamé a Jaqueline y me encontré con ella para que me revisara. Afortunadamente solo eran contracciones falsas, todo estaba bien conmigo y con los bebés, pero no podía decir lo mismo sobre mi relación.

Me había sumergido tanto en la ilusión de que estaría con James que no me preocupé por nada más. Quería regresar a casa y fingir que no había escuchado, pero parecía difícil, porque comencé a llorar de una manera que no podía detener.

No sabía exactamente qué hacer para lidiar con mi decepción.

—¿Está pasando algo? —Un médico me detuvo en el pasillo y solo negué con la cabeza,

continuando mi camino.

No podía contarle a él ni a nadie allí que el jefe había roto mi corazón. Sobre todo porque prácticamente lo había entregado en bandeja para que él lo hiciera.

¿Qué esperaba?

Un hombre como James Vaughn no se enamoraría de alguien como yo.

Cuando me di cuenta, ya había tambaleado hacia fuera del hospital y caminé hasta una parada de autobús.

Tan pronto como dejé caer el peso de mi cuerpo en el banco, las lágrimas comenzaron a fluir más intensamente y no podía detenerlas, no importaba cuánta fuerza hiciera.

No estaba exactamente enojada con James. Él no me había prometido nada. Fui yo quien se engañó, quien se ilusionó y ahora tenía que enfrentarlo. Él estaba conmigo por los niños, porque lo hice ver que ellos necesitaban a la madre, pero eso era todo…

Le hice señas a un autobús y subí. Necesitaba un tiempo sola, hasta que pudiera dejar de culparme por haber sido tan idiota.

Hace meses había cerrado mi apartamento y no regresaba. Pensé que no lo haría, pero fue el primer lugar que se me vino a la mente cuando me pregunté qué hacer. Volver a mi antigua casa me recordaría de dónde venía y quién era.

Debería estar agradecida, al menos James no me obligaría a separarme de mis hijos, pero en cuanto al amor suyo… Ya estaba pidiendo demasiado.

Después de bajar en una parada y caminar varias cuadras, entré al edificio a paso lento. Con mi barriga cada vez más grande, me costaba moverme con facilidad. Podía quedarme allí un rato, con suerte él me llamaría para saber dónde estaba, si no le importaba por mí, al menos lo

haría por los bebés. Quién sabe, tal vez para entonces podría deshacerme de las lágrimas y de toda la ilusión que había alimentado en los últimos meses.

Me costó encontrar la llave en mi bolso y entré al lugar. Estaba lleno de correspondencia bajo la puerta, pero la mayoría no era importante y otras eran de deudas que ya había pagado.

Había un leve olor a polvo que me hizo toser. Todo estaba en el mismo lugar que lo dejé, pero no tenía la misma organización ni limpieza que Dorothy solía darle. Sin embargo, necesitaba recordarme que ese era mi lugar.

Me senté en el sofá y me incliné hacia adelante, entregándome a las lágrimas que no podía contener. Podía llorar todo lo que quisiera, mientras empezara a comprender la verdadera realidad de donde estaba. Ya había logrado mucho al dejar de ser solo una incubadora para ser considerada la madre de los niños, no podía pedir también su amor.

Escuché un ruido en la puerta y me asusté. Alguien estaba intentando abrir. No me había dado cuenta de que podían haberme seguido.

—¿Quién es? —pregunté, aunque ya sabía que era.

La puerta fue forzada y el picaporte cedió.

—Has estado perdida, Karol...

—Ca… Carter... —respondí, sobresaltada, y me recliné en el respaldo del sofá.

—¿Qué haces aquí?

—He estado rondando por la vecindad esperando a que aparecieras, pero pensé que ya habías muerto. Afortunadamente pasó algo mucho mejor... —Me miró de pies a cabeza y me encogí, instintivamente, para proteger mi barriga.

—Lárgate de aquí.

—No deberías echar a viejos amigos. —Se rió, mientras pasaba su mano por la cintura donde llevaba un arma, lo que me hizo tragar en seco.

—No eres mi amigo.

—Claro que sí. Los negocios siempre me acercan a las personas. Y tengo mucha curiosidad por saber qué pasó contigo. No tenías ni dónde caerte muerta y no sabías cómo me pagarías. De repente apareces con dinero y meses después aquí estás, usando ropa cara y embarazada. ¿Quién es el rico que te mantiene?

—No hay nadie.

—No soy tonto.

—Te lo estoy diciendo en serio.

Apretó los dientes y dio algunos pasos hacia mí.

—Mantente lejos de mí. —Extendí las manos.

—Entonces, te lo preguntaré de nuevo. ¿Quién es el tipo?

—Ya te dije que no hay nadie, por favor. —Comencé a sollozar, mi llanto de frustración se convirtió en pavor por la aparición de Carter.

—¿Crees que soy idiota? —Agarró mis hombros y me sacudió.

—Por favor, ten cuidado.

—¿De quién estás embarazada?

—No lo sé.

—¿Te convertiste en prostituta, eh? —Se burló de mí, pero encontré una forma de escapar de él sin contarle sobre James. Aunque estaba muy molesta, no quería que un delincuente fuera tras él.

—Sí. No tenía otra opción para conseguir el dinero que necesitaba para pagarte. Son varios tipos. Ellos me dan dinero y cosas caras.

—¿Te embarazaste de alguno de ellos?

—No se sabe.

—Dudo que seas tan tonta. —Apretó mi garganta y tragué con dificultad por el miedo.

—Eso no es asunto tuyo. —Apreté los dientes.

—Si es gracias a mí que conseguiste esos tipos, entonces me debes algo.

—¡No te debo nada!

—Quiero saber quién va a tener que pagar la pensión alimentaria y quiero una parte.

—¡Lárgate de aquí!

—¿Crees que me voy a ir tan fácilmente? —Se rió, haciendo que me estremeciera de pies a cabeza, llena de miedo.

Mi celular empezó a sonar, pero antes de que pudiera sacar mi bolso, Carter fue más rápido y me lo arrancó de las manos. Solo tomó mi celular y tiró el resto de mis pertenencias al suelo.

—Hola, James...

—No, no... —Comencé a quejarme y me levanté para intentar quitarle el celular a Carter, pero me empujó de nuevo hacia el sofá.

—Ah, James Vaughn... ¡Vaya! Karoline y yo estábamos hablando de ti. Ella estaba a punto de contarme quién era el rico que la mantenía...

—¡James, cuelga!

—¡Cállate, puta! —Me dio una bofetada tan fuerte que me dejó atontada y me hizo perder el conocimiento por unos segundos.


James

Capítulo cincuenta y tres

Golpeé la puerta del consultorio de mi hermana y esperé a que ella dijera algo para abrir.

—No puedo demorar, tengo una paciente en cinco minutos —dijo ella, levantando la mirada de la pantalla del computador y mirándome fijamente.

—Solo quería saber si la Karol estuvo por aquí —dije, sosteniendo el picaporte de la puerta mientras la miraba.

—Sí. Está teniendo algunas contracciones y se preocupó, pero está bien ella y los bebés.

—¿Dónde se fue?

—A verte.

—¿Eh?

—Le mostré dónde estaba tu consultorio y le dije que probablemente estarías allí. Si no estabas, podría preguntar por algún empleado en el pasillo.

—No la vi. ¿Será que el Jason…?

—¿Jason estuvo aquí? —dijo ella, abriendo los ojos sorprendida.

—Si ese hijo de puta le hizo algo… —Cerré los puños y los dientes, sintiendo que la furia subía como si fuera una olla a presión.

—¡Tranquilo, James!

—¡Tranquilo las pelotas! Ella está embarazada, Jaqueline, y tú sabes lo que nuestro hermano es capaz de hacer.

—Llámala. Averigua dónde está, antes de que entres en pánico.

—¡Está bien! —Saqué el celular del bolsillo, sintiendo la caja con el anillo de compromiso, lo que me puso aún más ansioso.

El teléfono empezó a sonar y tardó un par de tonos antes de que ella atendiera.

—¿Karol?

—Hola, James…

—¿Quién eres tú y por qué estás con el celular de mi mujer? —La voz masculina que escuché me puso aún más nervioso.

—James…

—Soy James Vaughn, ahora dime quién eres.

—Ah, James Vaughn… ¡Vaya! Yo y Karoline estábamos hablando de ti. Ella estaba a punto de contarme quién era el rico que la estaba manteniendo…

—¿Quién es? —Jaqueline se levantó y se puso a mi lado, notando la preocupación en su rostro.

—James, ¡cuelga! —La voz de Karoline se oyó apagada desde el fondo.

—¡Cállate, puta! —Escuché un ruido extraño en la llamada, lo que me hizo que mi corazón latiera más rápido.

—¡No le hagas nada!

—¿O qué? —Rió él, lo que me hizo darme cuenta de que estaba tratando con alguien tan psicópata como nuestro hermano menor—. Soy un hombre de negocios, señor Vaughn. Quiero saber qué va a ofrecerme para no hacerle daño a esta muñeca. Supongo que esa pancita es culpa suya.

—Si haces algo…

—No voy a hacer nada, y creo que todos podemos salir con lo que queremos…

—¿Qué quieres? —Trataba de controlar mi respiración, pero era difícil no entrar en pánico al pensar que Karoline, embarazada de mis bebés, podía estar en manos de un criminal.

Recordé que se había involucrado con un prestamista para pagar los gastos del tratamiento de su madre. Esa fue la razón por la que aceptó ser madre subrogada, pero no tenía idea de cómo él la había encontrado.

—Sabes perfectamente qué es lo que quiero.

—¿Cuánto?

—Podemos empezar con cincuenta mil dólares en efectivo.

—Voy a tener que ir al banco. Va a tomar un rato que me entreguen ese dinero.

—Estoy seguro de que puedes conseguirlo pronto. Después de todo, estamos hablando de tu chica, ¿verdad?

—¿Dónde quieres que te entregue el dinero?

—Consigue el dinero primero, luego hablamos. —El tipo colgó de inmediato.

—¿Quién era? —Jaqueline me tomó de la manga de mi bata cuando terminé la llamada.

—Creo que un prestamista secuestró a Karoline.

—¿Cómo? —Jaqueline también estaba alterada, su respiración se hizo más rápida.

—No lo sé.

—¿Qué quiere?

—Dinero.

Pasaba por situaciones difíciles en la mesa de cirugía todos los días, pero mis manos siempre se mantenían firmes. Esa fue la única vez en que las vi comenzar a temblar.

—La vamos a traer de vuelta. —Mi hermana me abrazó. Eso debería haber calmado mi desesperación, pero no ayudó.

—Avísale a John, necesito salir e ir al banco.

—¡Está bien! Ve tú. Yo voy a hablar con nuestro hermano. Debe tener contactos en el ejército o algo así, tal vez alguien en la policía que pueda ayudarnos.

—No quiero que le haga daño a ella ni a mis hijos.

—Todo va a estar bien. —Jaqueline trataba de darme consuelo, pero sus promesas vacías no me ayudaban.

Pasé por su lado y salí del hospital con mi bata puesta. Había una agencia bancaria en la siguiente cuadra, donde esperaba poder sacar el dinero.

Ya estaba dispuesto a pagar cualquier cantidad antes para tener a mi familia, así que

ahora haría aún más para mantenerla.



Karoline

Capítulo cincuenta y cuatro

—¿Ya te dije que me encantan los hombres enamorados? —Carter estaba riendo cuando colgó la llamada con James.

—Estás equivocado. —Me masajeé la mejilla donde me había pegado.

—¿Sí?

—James no está enamorado de mí. Solo le importan los hijos.

—¿Los?

Tragué saliva al darme cuenta de que había hablado de más.

—Para tu bien, es mejor que le importe.

—Lo que estás haciendo es extorsión.

—Yo lo llamo negocios.

—Ya te pagué todo lo que te debía. No tienes que seguir detrás de mí...

—¿Y perder esta oportunidad? —Me señaló—. Estás usando ropa cara, el cabello bien cuidado. Me pregunto qué más te habrá ofrecido y quiero aprovechar un poco. Como buenos amigos que somos, deberías ayudarme.

—¡No voy a ayudarte a sacar dinero de James!

—Ah, claro que sí. Lo quieras o no. —Se inclinó sobre mí y me encogí nuevamente—. Ahora levántate. Ve a prepararme un café. Tengo hambre y poca paciencia. Será mejor que tu novio no tarde mucho con mi dinero.

Estaba asustada con Carter, ya lo conocía lo suficiente como para saber que era capaz de hacer cualquier cosa para conseguir lo que quería. Sin embargo, mi mayor temor era que le hiciera algo a mis bebés.

Carter podía hacerme lo que quisiera, mientras no comprometiera mi embarazo.

—¡Vas a hacerme el café! —gritó, asustándome.

Me levanté y fui a la cocina, por suerte quedaba un poco de café molido que podía servir para hacer una taza para él, y lo acompañé con algunas galletas que encontré al fondo del armario.

Estaba poniendo el agua a hervir cuando escuché sonar mi celular.

—Hola, doctor Vaughn. Estuve investigando y descubrí que usted es un neurocirujano muy famoso. Espero que no haya tenido problemas para conseguir mi dinero...

Trataba de concentrarme, pero Carter estaba lejos y no podía escuchar lo que James decía.

—¿Sabes dónde vivía? Estamos esperándote aquí. Ven solo. Estoy armado y podría ser muy malo para una embarazada si tengo que disparar... ¡Perfecto!

Mi corazón se aceleró aún más y estuve a punto de quemarme la mano con la tetera. Estaba temblando y me costó colar el café. Lo puse en una taza y la equilibré con un platito hasta entregársela a Carter.

—Toma.

Tomó un sorbo y la tiró al suelo. Tuve que saltar hacia atrás para que el líquido no me alcanzara.

—¿Qué mierda es esto?

—Café.

—¿No había uno decente?

—Era lo que quedaba.

—¿Pensaste que si me servías café viejo me iría y te librarías de mí?

Negué con la cabeza.

—Escucha bien, puta de mierda. No es porque estés con un hombre rico que eso te hace más inteligente.

—Yo no dije eso.

—Más te vale no olvidarlo.

Me quedé en silencio mientras él gruñía.

—Reza para que llegue rápido antes de que pierda la paciencia.

Contuve las lágrimas y recé para que, al menos por los bebés, James llegara pronto.


James

Capítulo cincuenta y cinco

Me detuve frente al edificio donde Karoline solía vivir. El lugar parecía en peores condiciones de lo que había estado cuando la saqué de allí. Solo de pensar que podría estar siendo retenida como rehén, mi corazón se apretaba aún más. Esa era la clase de angustia que no quería experimentar de nuevo.

Bajé del coche con la bolsa que contenía el dinero y entré al edificio sin necesidad de identificarme en la recepción, pues no había recepción. Recordaba que Karoline vivía en el tercer piso, así que subí las escaleras. Llegué a la puerta que ya no estaba forzada.

Era justamente el tipo de sufrimiento que intentaba evitar cuando pensé que Jason podría intentar algo contra ella.

—Abre. —Escuché una voz del otro lado y, cuando entré al cuarto, me encontré con una pistola apuntándome mientras el tipo rodeaba el cuello de Karoline con su brazo.

—¡Suelta a Karoline! —dije dando un paso al frente, pero me detuve cuando el tipo sacó la traba de la pistola y apuntó a mi pecho.

—Aquí las órdenes no las das tú.

—Traje el dinero —respondí, balanceando la bolsa.

—Pon la bolsa en el suelo.

Asentí y me agaché para dejar la bolsa sobre el piso.

—Ahora empújala hacia acá.

—Suelta a Karoline primero.

—Ya te dije que no estás en posición de exigir nada —dijo, girando la pistola y presionándola contra la sien de Karoline.

—James... —dijo ella, pálida por el miedo, y eso solo me aterraba aún más.

—¡Suelta a Karoline!

—¡Empuja el dinero!

—Está bien. —De una patada, empujé la bolsa hacia él.

Se inclinó a revisar el dinero y empujó a Karoline hacia mí. La rodeé con mis brazos lo más rápido que pude, como si pudiera ser su escudo.

—Vamos a salir de aquí.

—Sí.

Dejé al tipo contando el dinero y tiré de Karoline hacia el pasillo. Ya íbamos bajando las escaleras cuando ella comenzó a sollozar.

—Perdón… no quería que él…

—Tranquila. —La abracé.

—Carter no te va a dejar en paz.

—Sí lo hará. Solo ven conmigo. —La animé a caminar más rápido y, tan pronto salimos del edificio, entraron los policías que me habían estado observando desde lejos.

Rápidamente, el edificio fue rodeado. Karoline se acurrucó más en mi pecho cuando comenzamos a escuchar un intercambio de disparos, que no duró mucho. Supuse que habían capturado al delincuente.

—¿Trajiste a la policía? —me preguntó, apartando su cabeza de mi rostro para mirarme.

Asentí.

—Carter podría…

—Solo actuarían cuando estuvieras segura, eso me lo garantizaron —dije, pasándole la mano por la cara y quitándole los cabellos que se le habían pegado por las lágrimas. Me irritó ver el moretón en su piel frágil—. Mientras yo estaba en el banco, John y Jaqueline contactaron a la policía, y un agente del FBI me encontró en el banco.

—¿Entonces significa que lo van a arrestar?

—Sí.

—¡Qué bien! —Karoline me abrazó y nos quedamos así por un rato. Todo lo que quería era que se calmara. No tenía idea de lo que ese tipo podría haberle hecho, y solo pensar en eso me ponía nervioso.

La llevé al coche y abrí la puerta del copiloto para que se acomodara.

—¿Qué hacías aquí? Mi hermana me dijo que ibas a buscarme en el hospital, pero no lo hiciste —dije, apoyándome en el coche, esperando su respuesta.

—Yo… —Comenzó a llorar, y no entendía qué había pasado hasta que recordé mi desagradable encuentro con mi hermano menor.

—Me viste con Jason.

Karoline asintió.

—¿Qué escuchaste?

—Lo suficiente.

—Karol…

—¡No, James! —levantó la mano para interrumpirme—. Lo supe desde el principio. Solo soy un medio para que consigas a los niños. Si me hice ilusiones, la culpa fue toda mía. Tenemos un contrato…

—Karol, te amo —la interrumpí antes de que pudiera seguir hablando y reafirmar lo tonto que había sido.

—¿Me amas? —Sus ojos se abrieron como platos.

—Sí, te amo.

—Pero lo que dijiste…

—Lo dije por decirlo —aseguré, inclinándome para acariciar su rostro y enjuagar una lágrima con mi mano—. Jason hizo todo para separar a John de Cristal, y yo solo no quería correr el riesgo de que hiciera lo mismo con nosotros. Pensé que diciendo eso sería mejor que él supiera cómo me siento realmente.

—¿Y cómo te sientes?

—Que fui un idiota al pensar que no tener el amor de una mujer en mi vida no era importante, pero convivir contigo me mostró lo equivocado que estaba.

Ella temblaba y sus ojos no dejaban de mirarme. Entonces la tomé por el mentón y

acerqué su boca a la mía. Solo quería que Karoline sintiera lo que yo sentía.

—Los bebés son lo más importante, pero tú también lo eres.

—¿De verdad?

—Lo juro. —Me incliné para besar su vientre, luego tomé su boca nuevamente, y el llanto de Karoline fue disminuyendo—. ¿Me perdonas por lo que escuchaste? —Detuve el beso y sostuve su rostro entre mis manos.

—¿No me vas a dejar sola?

—Nunca. —Limpié sus lágrimas con el pulgar—. Lo prometo.

—Yo también te amo, James.

No esperaba que mi sonrisa fuera tan grande al escuchar esas palabras.

Debería haber escuchado mejor a John, a Jaqueline, tal vez a mi propio padre, y habría sentido eso antes. Era completamente diferente de llenar mi vida con relaciones vacías, pero no quería a nadie más a mi lado y pensaba que no habría conocido a Karoline de otra forma.

—¿Vamos a casa?

—Sí.

Rodeé el coche y tomé el volante. Antes de arrancar, me giré hacia ella y puse la mano en su barriga.

—Los amo.

Los bebés se movieron y Karoline sonrió.

—Nosotros también te amamos.



Karoline

Capítulo cincuenta y seis

—¿James? —Me desperté por la mañana y me giré en la cama, buscándolo.

Después de lo que había vivido el día anterior, la avalancha de emociones que oscilaba entre el miedo a ser abandonada y escuchar su declaración de amor, todo lo que más quería era poder estar cerca de él.

Me senté en la cama, preguntándome si había dormido demasiado y si él se había ido al hospital. Puse la mano sobre mi vientre y sentí a los bebés moverse, seguramente ellos se despertaron antes que yo.

Fui al baño y, cuando salí, me extrañó una música suave. No sabía de dónde venía, pero me sentí atraída por el sonido. Seguí el pasillo hasta encontrar una puerta abierta. El cuarto que había sido desocupado para recibir a los gemelos en sus primeros años debería estar vacío, pero me sorprendió encontrar dos pequeñas cunas en el centro. La melodía venía de uno de ellos y me impulsó a acercarme. Dentro, había una cajita de música, al lado de otra más grande que contenía papel picado, un anillo y dos pares de zapatitos.

Toqué el papel y me di cuenta de que los pedacitos formaban parte del contrato que había firmado con James respecto al embarazo. Él lo había roto...

—¿Karol?

Me asusté cuando James apareció detrás de mí.

—¡Hola! —Mi corazón se apretó y respiré con más fuerza—. ¿Qué es esto?

—Monté las cunas de madrugada.

—¿El anillo...?

James lo sacó de la cajita y me puse aún más nerviosa cuando se arrodilló frente a mí.

—Karoline Dover... ¿Aceptas ser mi esposa para que pueda amarte, protegerte y tenerte a mi lado todos los días de mi vida?

—James... —Me quedé completamente sin palabras y me pellizqué para asegurarme de que no estaba soñando.

—No tienes que responderme ahora...

—¡Sí! Quiero, claro que quiero.

Él sonrió como si fuera el sol, iluminando el cuarto, y se levantó para besarme. Toqué su lengua con la mía mientras él deslizaba el anillo de compromiso por mi dedo.

—Te amo, Karol —dijo mientras apartaba mi cabello de la oreja para besarme con más pasión.

—Yo también te amo, James —le respondí contra sus labios.

—Te voy a pedir dos cosas. —Dejó de besarme, pero envolvió mi cintura con sus brazos, manteniéndome junto a su pecho.

—¿Cuáles?

—Primero, quédate alejada de mi hermano menor o de cualquier tipo de hombre peligroso, incluidos los prestamistas usureros.

—Lo haré.

—Y segundo, intenta no perder la cabeza cuando mi mamá empiece a dar su opinión sobre la fiesta de la boda.

—¿Debo tenerle miedo a ella?

—No.

—¿Puedo pedirle algunos consejos de supervivencia a Cristal?

—Claro que sí.

—Si tu mamá no me echa, todo estará bien. —Subí la mano hasta su rostro, acariciando su mandíbula cuadrada con la punta de los dedos.

—No voy a dejar que nadie te saque de mi vida.

—¿Nunca?

—Nunca.

James me atrajo hacia él y comenzó a besarme. Me sumergí en el sabor de su boca y dejé que él me guiara hacia afuera del cuarto, de vuelta a la habitación.

—¿Y Dorothy? —pregunté cuando él cerró la puerta con llave.

—Está en la cocina.

—James...

—Haz poco ruido que ni se va a enterar. —Se quitó la camisa y se acercó a mi cintura para quitarme la mía.

Levanté los brazos y dejé que la pieza cayera al suelo, volviendo a besarlo. Mientras nuestras cabezas se movían buscando el mejor encaje, sus manos recorrían mi cuerpo, dejándome cada vez más caliente.

Comencé a dar pasos hacia atrás hasta que me senté en la cama, y James me quitó el short. Se deshizo de lo que quedaba de su ropa y vino sobre mí. Su mirada me calentó y provocó que la pulsación entre mis piernas aumentara.

—Ponte a cuatro patas —me pidió, ayudándome a girar.

Con la barriga creciendo me costaba un poco, pero esa era una posición cómoda y yo realmente quería estar con él. Apoyé las manos en las almohadas y sentí cómo se acomodaba detrás de mí.

James me sostuvo de la cintura y se inclinó para morderme la oreja, provocando que un escalofrío recorriera todo mi cuerpo. Me restregué contra él, sintiendo su miembro erecto, y James empezó a rozarlo contra mí, pero no lo penetró de inmediato, mantuvo una lenta tortura hasta que estuve lo suficientemente lubricada.

Clavé los dedos en la almohada cuando empezó a penetrarme y no pude evitar gemir al sentirlo por completo dentro de mí. Sus dedos resbalaron por mis nalgas, aumentando mi excitación, y comencé a moverme, incitándolo a seguir.

James me sostuvo de la cintura con una mano mientras con la otra recorrió mi nuca y me tomó del cabello. Mi barriga pesaba, pero puse más fuerza para mantenerme firme, sin dejar de animarlo a continuar.

Por reflejo, vi el brillo del anillo en mi dedo. *Novia...* Pronto me convertiría en la señora Vaughn y no podía estar más feliz.


James

Epílogo

El grito de Karoline resonó por toda la habitación y me dolió el corazón.

—Jaque, ¿no se puede aplicar más medicación? —preguntó alguien preocupado.

—¿Acaso parece que no eres médico? Queremos que ella esté despierta y haga fuerza para que los gemelos nazcan —respondió mi hermana, con tono serio.

—Si le hacen una cesárea...

—La recuperación sería mucho peor. —Me miró con expresión firme—. Será solo el marido el que se quede aquí, ¡y deja de interferir en mi trabajo!

—Pero...

—¡James! —gritó Karoline, llamándome, con tono de reproche, lo que me hizo sentir aún más angustiado.

Quería hacer algo, nunca me había sentido tan cerca de un paciente sin poder actuar. Sentía que de alguna manera estaba fallando con Karoline.

—¿Qué necesitas? —Me detuve a su lado y acaricié su frente, empapada de sudor por el esfuerzo.

Ya había perdido la noción del tiempo, no sabía cuántas horas habíamos pasado en esa sala, y ella no había tenido ni un minuto de alivio.

—Sostén mi mano.

—¿Eso es todo?

—¡Sí! —gritó nuevamente, agudo, mientras hacía más fuerza.

Sostuve su mano sudorosa entre las mías, y ella la apretaba cada vez más fuerte con cada contracción. Quería poder compartir su sufrimiento. Si pudiera aligerar su dolor, mi preocupación no sería tan grande.

Yo solía ser el sanador, el que tenía las soluciones, pero ahí solo era un padre.

—Te amo —dije, apoyando mi frente en la suya, y Karoline apretó mi mano con más fuerza.

—Yo también te amo.

Otro de sus gritos resonó en la habitación, y finalmente escuché el llanto. Jaqueline tomó a uno de los bebés y lo entregó a la enfermera.

—¡Continúa, Karol! Falta uno más.

Mi esposa hizo más y más fuerza, hasta que un segundo llanto se unió al primero.

—Lo lograste. —Acaricié su rostro.

—Sí.

Le besé la frente.

—¿Dónde están mis hijos? —Karoline hizo un esfuerzo para estirar los brazos.

—Aquí están —Jaqueline y la enfermera los pusieron sobre su pecho.

Los ojos de mi esposa se llenaron de lágrimas, y no pude evitar sentir lo mismo.

Mis hijos...

—Los llevé dentro por meses, y encima salen con la cara del padre. —Se quejó, haciendo que mi hermana y los demás profesionales de salud se rieran.

—No exageres, acaban de nacer.

—Mira esos ojos azules. —Rió, mirándome—. Tan lindos como los tuyos.

Sonreí mientras me inclinaba a besar la cabecita de cada uno de los recién nacidos.

—Gracias por darme la oportunidad de tenerlos.

—Son nuestros —puntualizó.

—Sí, son nuestros hijos, mi amor.

Después de todo el sufrimiento que viví durante el parto, no había otra palabra que pudiera definir ese momento más que alegría.

Informazioni sull'autore

Jéssica Macedo, 28 anni, è brasiliana e fa parte della classifica Under 30 di Forbes Brasil, la classifica dei giovani più promettenti del Paese. Vive a Belo Horizonte con il marito, la figlia e tre gatti. Scrive per bambini e adulti, fantasy, avventura, romanticismo e, soprattutto, letteratura hot, un vero fenomeno editoriale tra i lettori.

È una delle autrici più vendute su Amazon in Brasile e in Europa e i suoi libri sono disponibili in sei lingue. Jessica ha iniziato a scrivere all'età di nove anni ed è diventata autrice all'età di 14 anni con l'uscita del suo primo libro, "Vale das Sombras". Con oltre 200 libri pubblicati, è scrittrice, editrice, designer e sceneggiatrice. Ha partecipato all'adattamento di uno dei suoi romanzi, “Eternamente Minha”, in un lungometraggio trasmesso sulla piattaforma Cinebrac. Oggi Jéssica è il nome principale di un team di autrici, in maggioranza donne, che compongono il catalogo del Portale Editoriale Grupo, da lei fondato a partire dalle sue esperienze in altre case editrici.

Scopri gli altri libri dell'autore sui social.

Facebook - http://www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram - www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Sito web dell'autore Amazon - https://www.amazon.fr/stores/J%C3%A9ssica-Macedo/author/B07FVVRC1X


Jéssica
Macedo
escritora

Leggi anche:



Link: https://amzn.eu/d/4OxIhse

Sinossi:

Abandoné todo después de una gran decepción; dejé atrás mi vida y todas las comodidades que venían con la fortuna de la familia para salvar soldados en el campo de batalla. Me distancié, me aislé y me convertí en un hombre aún más frío de lo que ya era.

Pasaron años hasta que mi padre me llamó de vuelta. Estaba viejo, necesitaba jubilarse y quería que yo asumiera los negocios familiares. Me convertiría en el director del hospital y volvería a ejercer como cirujano cardiotorácico. Sin embargo, el pasado que me había hecho irme era el mismo que volvería a atormentarme.

Cristal Castilho era todo lo que quería evitar. Tras nuestra ruptura, ella hizo que perdiera la fe en las personas y me cerrara para siempre. Deseaba no volver a verla jamás, hasta que un día llegó al hospital con un grave problema en el corazón. Eso revolvió mi pasado e hizo que mi vida se diera vuelta.

La odiaba, pero descubrí que teníamos una hija juntos y que solo conocía la mitad de la historia. Yo era el culpable de todo lo que había pasado; cometí errores que podrían ser irreparables al confiar en quien no debía. Pero para poder redimirme, necesitaba salvarla.



Link: https://amzn.eu/d/1DsV8wo

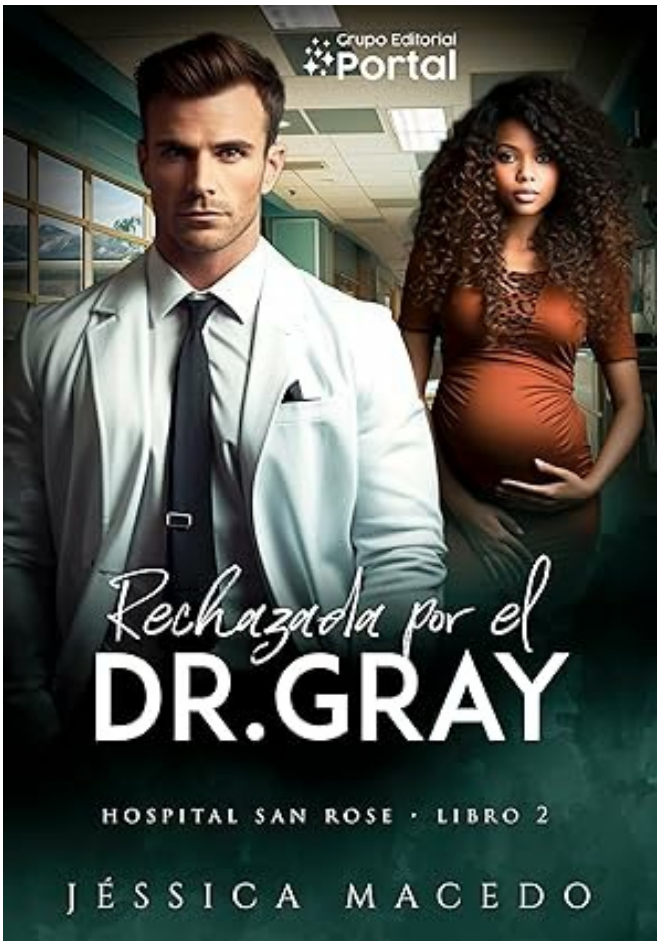
Sinossi:

Debería haber sido el día más feliz para una pareja, pero él le rompió el corazón...

Ian Gray es el director general del hospital San Rose, una institución que su familia fundó hace años. Detrás de su apariencia impecable y distante, esconde una herida profunda que lo ha sumergido en un mar de amargura.

Priscilla Menezes tenía el corazón hecho pedazos por el hombre que alguna vez creyó que era el amor de su vida. La dejó plantada en el altar, sin darle una sola explicación, dejándola con un vacío inmenso. Días después, descubrió que estaba embarazada, pero él no quiso escucharla, ni siquiera cuando intentó contarle que iba a tener una hija, fruto de ese amor con el que una vez se ilusionó, pensando que sería eterno.

Nunca imaginó que volvería a ese hospital, ni mucho menos que se reencontraría con el hombre que la destrozó. Sin embargo, un accidente con su bebé la dejó sin opciones, aunque sabía que no estaba preparada para enfrentarlo de nuevo, ni para lidiar con el dolor de su rechazo.



Link: https://amzn.eu/d/2vG5i1M

Sinossi:

Guapo, arrogante y lo bastante rico como para actuar como si fuera el dueño del mundo, el doctor Gray era odiado por la enfermera Yasmin Jackson.

Ivan Gray es un neurocirujano de renombre y heredero del hospital San Rose. Soltero empedernido y mujeriego, a diferencia de su hermano gemelo, nunca había pensado en comprometerse con nadie.

Yasmin Jackson es una enfermera dedicada que trabaja en uno de los hospitales más grandes de Miami. Es amable y querida por todo el personal y los pacientes, pero no soportaba tener que lidiar con el heredero prepotente del hospital. No quería asistir a un cóctel elegante de inversionistas, pero su supervisora insistió en que la acompañara. Después de unas copas de más, la tensión sexual entre ella y el doctor Gray estalló.

Al día siguiente, ambos prefirieron fingir que nada había pasado, pero fue imposible cuando Yasmin descubrió que estaba embarazada. Ivan decidió no creerle y rechazó la posibilidad de que el bebé fuera suyo.

Social network (dall'editore)

Sito web dell'editore: https://grupoeditorialportal.com.br/

Instagram: https://www.instagram.com/grupoeditorialportal/

Facebook: https://www.facebook.com/grupoeditorialportal/

Shopee: https://shopee.com.br/grupoeditorialportal



